

EL CLUB DE LOS OSOS TRAVIESOS

Antonio Gómez Rufo

*A Sir Pelham Grenville Wodehouse,
el más divertido escritor británico,
que se murió a los noventa y cuatro
años porque le habían nombrado Sir el
mes anterior y ya no le quedaba nada
por lo que protestar.*

*"El verdadero mal de la vejez
no es el debilitamiento del cuerpo:
es la indiferencia del alma."*
André Maurois

En el Café Principal se reúnen todas las tardes, desde hace más de veinte años, catorce señores de cierta edad con el único propósito de pasar las horas y consumir entre toses, carraspeos, quejidos y malhumores la vida que se les va yendo con implacable constancia e irrespetuosa celeridad, cruel fuga del tiempo que parece no incomodarles en absoluto porque ninguno de ellos duda de que, aunque ha estado todo lo que han vivido, aún mejores son las perspectivas de cuanto les queda por vivir.

Preside la tertulia don Simón Estébanez de Villajocundia, académico de la Lengua y catedrático emérito de la Universidad, amigo de la buena vida y aficionado a pasear una capa raída los meses con erre y andar más ligerito de ropa los restantes, sin contar julio ni la primera quincena de agosto, claro, cuando cualquier textil sería innecesario de no ser por las buenas maneras y el decoro que nuestro personaje ha mantenido siempre.

Cuando don Simón no puede asistir, su lugar en la tertulia es ocupado por don Secundino Malparto Yqué, profesor de Literatura jubilado y poeta perseverante y mordaz, que lo mismo plagia una estrofa a Quevedo que se saca del mollar un soneto prodigioso ante el que cualquier concurso floral cae en sus manos, y su importe metálico en sus otrora lastimosos bolsillos vacíos. Don Secundino preside mejor que don Simón, al decir de los restantes contertulios, pero su desgracia de haber nacido en 1911 le impide cualquier competencia con éste, que vio la luz por vez primera en 1910, evidencia

irremediable que ninguna falsificación documental puede alterar a estas alturas, porque el privilegio presidencial recae en quien ostenta la más señalada longevidad, resultado de un acuerdo no escrito que se estableció en el momento de la fundación del grupo. Los restantes miembros de la tertulia con aspiraciones de alcanzar la presidencia y, correlativamente, el alto honor de dar y retirar la palabra a quienes se extralimiten en su uso o la empleen mal, habrán de esperar con paciencia óbitos o incapacidades transitorias, pues el de mayor edad de entre los aspirantes, don José Trompeta y Trompeta, aún no ha cumplido los ochenta y cuatro y el más joven, don Gregorio Tocino y Gordo, para su desconsuelo, apenas si acaba de cumplir setenta y nueve, y no sólo tiene que soportar sin gestos visibles de desagrado que le llamen Goyito sino que, a más *inri*, de continuo escucha con resignación que aún es un niño y mucho tendrá que esperar para alcanzar privilegios y reconocimientos expresos.

Los demás miembros de ese Club navegan entre una edad y la otra, alguno más castigado por la biología, como es natural, pero todos igualmente enérgicos, malhumorados y lúcidos, tanto si la ocasión lo requiere como si no es necesario tal menester.

Se reunieron por vez primera hace veinte años, tal vez más, ninguno quiere recordarlo; pero el caso fue que, años después, a don Camilo Toses Matoses se le ocurrió llamar al grupo “El Club de los Osos Traviesos” y todos, sin excepción, aceptaron la denominación porque les gustaba el sustantivo, indudablemente más que el adjetivo. Su centro de encuentros ha sido siempre el Café Principal, bajo los soportales de la Plaza Vieja, y pensaron que a su reiterado conciliábulo era mejor denominarlo Club que Círculo u otra referencia geométrica, aunque a don Manuel Pi y Salsosa, que por algo fue matemático ilustre, ilustrado y agnóstico, las referencias numéricas le traen al recuerdo memoranzas masónicas y no le son desagradables del todo. Así pues, el Club de los Osos Traviesos, entre bromas

y veras, tuvo un origen casual, ha mantenido un desarrollo feliz, disfruta de un presente más semejante a un hogar que a una tertulia y su futuro podría calificarse de espléndido.

Sorprende que en tantos años, y promediando la edad de sus integrantes, no se hayan producido bajas, considerando tan dilatada existencia. El decano, presidente y moderador, don Simón Estébanez de Villajocundia, cuenta con unos robustos noventa años, y tan sólo falta a la cotidiana cita siete u ocho días al año, allá por el mes de febrero, cuando una gripe benigna se suele cebar en sus bronquios y su mujer le prohíbe salir de los aledaños de la estufa, imponiéndole quedarse en casa preso ante el televisor, guste o no de la programación que corresponda. Y don Gregorio Tocino y Gordo, el benjamín de la pandilla, está aún lejos de cumplir los ochenta, para lo que le faltan nueve meses y cinco días, plazo que cuenta con verdadera fruición por ver si así le dejan de tratar como a una criatura desvalida y le reconocen su cualificación.

Ezequiel, el camarero del Café Principal, reparte las infusiones, los cafelitos y las jarras de agua con idéntico esmero y sin equivocarse nunca; es el único que llama don Gregorio a Goyito y el único también que respeta su edad con idéntica equivalencia que a los demás procura. En ocasiones siente una indisimulada tristeza porque acaba de cumplir los sesenta y cuatro años y apenas le queda uno para jubilarse, y aunque muchas veces ha estado tentado de solicitar humildemente permiso para que, cuando llegue su hora, le acepten sentarse tan sólo a escuchar y a compartir carraspeos con los miembros del Club, jamás se ha atrevido siquiera a insinuarlo, entre otras muchas razones porque sabe que no le corresponde por formación y, sobre todo, porque los Osos le llaman niño, chaval y otras denominaciones sinónimas que ponen de manifiesto el abismo generacional existente entre él y sus clientes, aunque ni él lo note en demasía ni ellos vayan a reconocerlo nunca. Desde su inevitable chaquetilla blanca repetidamente impoluta, sus

botones dorados en pechera y puñar, su tez pálida, su alopecia exagerada y esas gafas de concha negra antiguas y sin coquetería, Ezequiel admira esta explícita demostración de eterna juventud, animosidad perenne e ilusionada existencia que tanto echa a faltar en sí mismo, sobre todo desde lo de su mujer, aquella tragedia ocurrida tres años atrás en la carretera comarcal cuando, a saber por qué, un camión se empeñó en seguir su camino a través del coche familiar en vez de efectuar un pequeño rodeo y aunque él salió relativamente indemne del estruendo, su mujer tuvo que ser recompuesta no sin cierto esfuerzo por un experto equipo forense para que los allegados lograsen enterrar algo parecido morfológicamente a un ser humano.

Sorprendente es también la historia de don Timoteo Malo de Barriga, de ochenta y un años en la actualidad, personaje multifacético no tanto por la variedad de sus actividades y capacidades sino por las diversas caras que está siempre presto a mostrar, tan pronto hipócritamente afable y generoso, como insidioso y malévol, sin razones aparentes que justifiquen semejantes cambios en su talante, carácter y forma de conducirse con el prójimo. De biografía compleja, por no decir algo peor, don Timoteo es un anciano odioso y poco conversador, y con una biografía cuando menos espeluznante: nada importa que hasta su mujer tuviese que dejarlo porque llegó al extremo límite de no poder soportarlo, ni que al fin encontrase refugio en una pelandusca con la que vive arrejuntado desde hace tres lustros; la peor de sus maldades es la tendencia a procurar el mal ajeno, en lo que se esmera, algo que no se sabe si concuerda o no con su catolicismo ultramontano y su dogmatismo totalitario. Franquista puro y duro, de la sección más fanática, don Timoteo se ve obligado a callar sus opiniones políticas para que a don Simón y a don Jacinto, sobre todo, no se les suban las bilis y lleguen a estados de arritmias peligrosas para sus aceptables estados de salud. Por él, sobre todo por él, está prohibido hablar de política en la tertulia, y por eso casi nunca se habla, aunque los comentarios cotidianos de los acontecimientos se interfieran en

muchas ocasiones, derivando hacia posicionamientos y amagos de patatuses y subidas de tensión arterial nada aconsejables para según y qué edades.

Don Timoteo Malo de Barriga no se incorporó al grupo en sus inicios sino que tuvo que solicitarlo varias veces durante un par de años. Los demás, ante su insistencia, aceptaron debatir su admisión y las ventajas e inconvenientes que tal decisión conllevaba, tratándose además de quien se trataba. Tras muchos meses y alguna que otra negativa tajante, fue la intervención de don Práxedes Sanfermín Veleta, inspirada como siempre, la que finalmente obtuvo la conformidad general para aceptar la presencia "a prueba" de don Timoteo, un discurso vehemente, como todos los suyos, pero de una ponderación admirable.

Se hizo saber a Ezequiel que don Timoteo Malo de Barriga podría tomar asiento entre ellos cuando le placiese, con la condición de "a prueba", y que así habría de comunicárselo en cuanto volviese a adentrarse en el Café, de lo que Ezequiel tomó buena nota con su desparpajo y predisposición conocidos. Y a la tarde siguiente, con un solemne "buenas tardes", contestado por unos y otros con mayor o menor cordialidad en el tono, don Timoteo pudo tomar asiento en la silla que aproximó Ezequiel, concretamente entre don Gregorio Tocino y Gordo y don Eduardo Pequeño Valle, quienes se prestaron a abrir un hueco bastante para la acomodación del recién llegado.

La silla de don Simón Estébanez de Villajocundia, el presidente del Club de los Osos Traviesos, aún permanece vacía. Don Simón fue miembro del Consejo Asesor de don Manuel Azaña durante la II República Española y, tras la finalización de la guerra civil, pasó unos años en Ciudad de Méjico y algunos más en California, dictando unos cursos en su Universidad, hasta que obtuvo permiso de don Joaquín Ruíz Jiménez, a la sazón ministro de Educación, para reintegrarse a su cátedra sin penosidad alguna ni menoscabo de su dignidad. Casado con doña Francisca Mota del Cuervo, es padre de siete hijos y abuelo de diecinueve nietos de excelente salud. Su esposa, por el

contrario, fue siempre mujer de constitución débil y los siete partos, aún siendo fáciles, no ayudaron a afianzar su precaria fortaleza. Con todo, su vitalidad resplandece todavía sin dar muestras de agotamiento, con ochenta y ocho años confesados, y ha establecido un hogar sólido en el que manda ella y en el que don Simón, que es agnóstico y cree en pocas cosas, de lo único que está verdaderamente convencido es de que así ha de ser y por tal la complace en todo cuanto le pide, que no suele ser poco.

De carácter mesurado y voz modulada, su único defecto es la tendencia a dormir cuando un tertulio le aburre con alguna historia, sin el menor miramiento, y en cambio se molesta de forma exagerada si no se le presta la atención debida cuando, de tarde en tarde, deja a un lado su conocida concisión expresiva y disertada sobre algún asunto sobre el que asegura haber reflexionado, cerrando los ojos, echando la cabeza hacia atrás y acompasándose con una mano gesticulante, interese o no cuanto está exponiendo. Por lo demás, es un presidente correcto, al que le gusta conservar el poder y que desprecia de manera explícita las maniobras de algún que otro tertulio que conspira de manera evidente para sucederle o remplazarle.

Todos sus amigos hablan de él con mucho respeto, mostrando el afecto que le tienen, pero él esconde una espinita clavada porque nunca le reconocen algo que para él tiene muchísima importancia. Por eso termina resultando pesado cuando, de vez en cuando, pregunta:

- ¿Les parece a ustedes que ahora les hable de mi reconocimiento internacional por mis aportaciones filológicas, concretamente en lo que se refiere al nacimiento de la letra "ñ", tan española, cuando sostengo que al inicial conjunto "nh" le sucedió la costumbre de tender la aspiración del signo vertical de la "h" sobre la letra que le antecedía e hizo superflua la existencia de ésta, conservando la tilde horizontal sobre la primera?

- No, gracias, don Simón. Otro día.

- Hay que ver cómo son ustedes... ¡Hay que ver!

Y entonces don Simón entorna los ojos, adopta una actitud no muy diferente a la que puso el Cardenal Cisneros cuando recibió el decimotercer desplante de doña Juana la Loca, instantes antes de incapacitarla definitivamente, y se reclina en su silla, nada satisfecho con la actitud de sus amigos, con la mirada sombría, el aspecto abatido y las manos inquietas, tamborileando con los dedos sobre la mesa. Y resignado.

También están aún vacías las demás sillas de este rincón del Café Principal. Pero muy pronto se irán ocupando. Y es que están a punto de dar las cuatro y media de la tarde en el viejo reloj de la Plaza. Es decir, que la tertulia está a punto de comenzar...

A eso de las cuatro y cuarto de la tarde, todos los días excepto los domingos, Ezequiel pone sobre las dos mesas del rincón el cartelito de *reservado*. Ningún miembro del Club suele llegar antes de las cuatro y media, pero un día se le ocurrió a don Amadeo dejarse caer a las cuatro y veinte y, aunque no hizo mueca alguna que revelase contrariedad o impaciencia, el camarero se tomó el incidente como un imperdonable descuido y como una nota desfavorable en su impecable hoja de servicios, un expediente que habría de abrirle la deseada puerta de acceso al Club cuando llegase la hora de su jubilación. Los interminables siete minutos que permaneció don Amadeo de pie, junto a la barra, mientras los ocupantes de una de las mesas terminaban de apurar el café y pagaban la cuenta, supusieron para Ezequiel una experiencia desoladora que por nada del mundo desearía ver repetida.

Y es que el primero que llega es don Amadeo, apoyándose con gallardía en su bastón. Con una parsimonia infinita se va despojando de los guantes de cuero gris, del gabán azul marino y, finalmente, del sombrero gris marengo con la coqueta pluma de pavo real en la cinta. Antes de terminar de sentarse, una vez colgado el gabán en la percha y el pulcro sombrero depositado con mimo sobre la mesa de mármol, Ezequiel ya está dejando el café cortado y una jarra de agua con varios vasos alrededor.

Don Amadeo Serafín del Campo: traje impecable, cuello duro y un bigote tan elegante que le procura ese aspecto envidiable. Nadie diría que

tiene ochenta y ocho años. Es un hombre refinado, de maneras exquisitas y un estilo bárbaro, y eso no es nada porque, además, su carrera profesional fue tan brillante que llegó a ser subsecretario del Ministerio de Agricultura y autor de unos libros muy interesantes sobre la flora mediterránea y la repoblación forestal. Don Amadeo es muy cumplido y, aunque tenga sus prontos, es de una corrección absoluta. Lo que ocurre es que no puede evitar sentirse alejado de todo cuanto suponga cualquier mezcla de ideas entre personas como él, conservador, católico y muy pulcro, y lo que él llama "comunistas", que son todos aquellos que no leen el ABC, carezcan de modales o se declaren feministas, ecologistas u otras cosas por el estilo. En el fondo tiene un cierto complejo: no quiere que se conozcan sus tendencias y disimula con elegancia su amaneramiento, aunque no puede evitar manifestar a la menor ocasión su odio hacia las mujeres.

- Buenas tardes, don Amadeo.

- Buenas tardes, Ezequiel. ¿Alguna novedad?

- Nada nuevo. Mire, aquí llega don Manuel. ¿Lo de siempre don Manuel?

- Lo de siempre es que usted me pregunte que si lo de siempre. Está usted muy mayor, Ezequiel. Empieza a notársele.

- Discúlpeme, don Manuel. Lo traigo volando.

Don Manuel Pí y Salsosa es un ilustre matemático que dedica sus horas de ocio a intentar desenmarañar el problema del 'cubo', ese artilugio que los niños manejaban sin la menor dificultad cuando estuvo de moda y que a él le ha robado el sueño durante semanas enteras en los últimos quince años. Don Manuel Pí es viudo y también poeta, pero sus versos no tienen repercusión alguna pues los trabaja al modo en que Muñoz Seca se sirvió de ellos para ciertas estrofas de su obra *La venganza de don Mendo* -epigramático, simbólico, ático, gramático, simpático, hiperbólico...- y así no hay manera de avanzar mucho en las composiciones rimadas. Carece de hijos y vive con una

sobrina de las de verdad, no de las que la Pragmática Real prohibió que acompañasen a clérigos y siervos de Dios en las excursiones aventureras a América durante los tiempos del Descubrimiento, la Conquista y el Imperio. Don Manuel luce una barba abundante, blanca y sin arreglar y a sus ochenta y cuatro años aún conserva la esperanza de ser elegido miembro de la Real Academia, en cuanto se produzca la siguiente vacante. Y es que su vitalidad no tiene parangón y su sensatez y cortesía son elogiadas por todos.

Al llegar, Don Manuel Pí y Salsosa ha saludado con indiferencia a don Amadeo, que pone un ensayado gesto de entornar los ojos. No es que se lleven mal; es que ambos son parcos en efusiones. Se va quitando el mismo abrigo gris que gasta desde 1958 y guarda en el bolsillo derecho la bufanda, de un blanco impecable, doblándola con mimo. Don Amadeo, a quien no se le escapa un detalle en lo que se refiere a modas y vestuarios, repara en su destello y no se contiene:

- No me explico cómo puede usted conseguir esa blancura tan radiante en su bufanda. Siempre la lleva usted, no sé cómo calificarla... ¡Nívea!

- Mi sobrina se encarga... Probablemente influenciada por alguno de esos anuncios tan convincentes de la televisión, es de suponer.

- Pues lo de la bufanda es sorprendente. Porque, fíjese usted en lo curioso del caso: en cambio, sus camisas son otra cosa... Más..., cómo diría, se nota que tienen más uso, más...

- Unas camisas excelentes, don Amadeo, ¡excelentes! El sastre camisero que me las hacía ya murió, el pobre. Con iniciales bordadas y todo, nueve duros. ¡Nueve duros! Ya no se hacen camisas así. Ahora costarían..., no lo sé, no creo que las hiciesen por menos de diez mil pesetas.

- Me recuerda usted a don Severino -ríe don Amadeo-. Siempre refiriéndose a cuando por un duro se compraba un saco de patatas, ¡con saco y todo!

- Verdad, verdad... -asiente y sonríe también don Manuel-. Procuraré corregirme.

Guardan silencio ambos. Don Manuel está pensando en su sastre, el pobre Feliciano Yébenes, tan formal, tan pulcro, tan cuidadoso en las terminaciones de todos los trabajos. En una ocasión le había confesado que en su juventud aspiraba a ser proveedor de la Casa Real, pero con el nuevo Régimen había perdido todas las ilusiones. "Y es que son todos unos mamarrachos vistiendo, ¿sabe usted? Políticamente serán como sean, que en eso yo no me meto, pero como clientes, unos ordinarios. Lo que yo le diga". Don Amadeo, en cambio, está pensando en los magníficos sastres que le han atendido toda la vida, todos muy sensibles también, por eso se entendían a la perfección, aunque ellos se hubiesen casados y se hubieran cargado de hijos. Pero, qué trato, qué amabilidad, qué señores eran. Desde luego podía estar orgulloso don Manuel de haber dado con aquel sastre (seguro que sería Migorta, o Yébenes, o Dimas, uno de los tres), profesionales tan impecables y atentos que un ojal mal cosido les impedía dormir en paz y un retraso en una entrega se les antojaba una catástrofe mayor que la muerte de Manolete o el hundimiento del Titanic. Don Amadeo se ha quedado extasiado las buenas maneras de los sastres pantaloneros y don Manuel, sin llegar a privarse, se acuerda de las manos ágiles, inverosímiles y habilidosas de los sastres camiseros, que en un vuelo corregían una sisa y en un suspiro enderezaban los cuellos, admirables en su altivez y dureza de almidón. Ambos han guardado silencio porque los dos han coincidido en idéntico pensamiento, aunque desde perspectivas muy distintas.

Mientras tanto, entran juntos en el Café don Eduardo y don Práxedes, charlando de banalidades a tenor de la placidez de sus rostros, relajados y serenos. Lo último que dicen antes de acercarse a la mesa y dar las buenas tardes a los presentes, debe de hacerles mucha gracia, porque al cabo se aproximan con una amplia sonrisa.

- ...porque reconózcalo, don Práxedes. A usted le ha salido una mujer muy buena, doña Mercedes quiero decir.

- Sí, sí -concede don Práxedes-. Muy buena, muy buena... No sabe lo que me está durando...

Don Eduardo Pequeño Valle ríe abiertamente y don Práxedes se suma a la broma. Don Amadeo y don Manuel sólo perciben las sonrisas finales.

- Conforta verles de tan buen humor -les dice al fin don Manuel, interrumpiendo su rememoranza-. ¿Alguna noticia grata?

- No -arquea las cejas don Práxedes-. Las cosas de don Eduardo, ya saben. Su reconocida capacidad para celebrar con exageración cualquier comentario, por nimio que sea.

- Ahora está exagerando usted, don Práxedes -le corrige éste.

- Cuéntenoslo, amigo Pequeño -inquire don Amadeo-. Que seguro que ha tenido una salida de las tuyas.

- No, no. Es que hoy viene con una recámara algo cáustica contra su mujer.

- ¿Algo cáustica? -parece molestarse don Práxedes-. ¡No puedo tener más razón! ¿Saben ustedes lo que he tenido que comer hoy? ¡Coliflor! ¡Y esta noche se quejará si mi flato le incomoda! ¡Pues más me incomoda a mí! ¿Se hacen ustedes cargo? La pobre, que está muy vieja... Y es que ya son ochenta y tres años...

- Tres menos que usted, si no llevo mal la cuenta -dice don Amadeo, tan incomprensiblemente impertinente como notoriamente inoportuno.

- Y cinco menos que usted, don Amadeo. ¡Cinco menos que usted! -le devuelve el comentario don Práxedes con dureza, traspasándole el iris con una mirada muy parecida a la que disparó Cleopatra sobre Marco Antonio la mañana que le anunció su regreso a Roma con la esclava Liris, de la que se había encaprichado. Luego se calma un poco, vuelve a pensar en su esposa y continúa-: Pero no se trata de eso. Es que no podemos ni debemos establecer

determinadas comparaciones entre ella y yo. En mi caso, me encuentro estupendamente y ella, por el contrario...

- ¿Se encuentra mal Mercedes? -se interesa don Camilo Toses Matoses, que acaba de llegar y está despojándose del sombrero mientras hace la pregunta -. ¿Algún achaque serio?

- En absoluto -replica don Práxedes-. Lo único que ocurre es que está muy vieja. Es lo que estaba comentando a estos amigos. Y es que ahora sospecho que siempre me ha tenido engañado, que es mayor que yo...

Don Práxedes acaba de cumplir ochenta y seis años. Mirobrigense de origen y educado en Madrid, fue ministro de Educación y Descanso y ejerció a lo largo de toda la vida distintas actividades deportivas, lo que le conserva delgado, estilizado y con una planta envidiable, como lo son sus corbatas, dicho sea de paso. Autor de distintos tratados sobre la ciencia de la micología, en la que puede ser considerado un experto, practicó el montañismo y el alpinismo, actividades muy adecuadas para los políticos de toda la vida, a los que tan bien conoció. Por eso, acaso, hoy sea más demócrata que nadie, se ha hecho socialista y no duda en asegurar que tampoco ve tanta diferencia “entre lo que él hizo como ministro y lo que hicieron estos chicos”. Su complejidad ideológica, a medio camino entre la confusión y el espasmo, causa perplejidad con frecuencia, sobre todo cuando oscila entre el catolicismo antivaticanista y el ateísmo cristiano, que gusta de definir como "lo que sería el cristianismo si no existiese la plaga de los curas". Anticlerical y beato, también es, dependiendo del día y del humor, quemaconventos. En fin, un poco rebuscado todo, si no fuese por su ecuanimidad, su elocuencia y sus afortunadas expresiones, siempre pomposamente expuestas, como un Castelar de Café o un Cicerón en la Asamblea General de la ONU.

Casado con doña Mercedes Alcázar Sanjuán y padre de un hijo sesentón que permanece soltero por vocación, que no por afinidad con don Amadeo, compite con don Secundino Malparto Yqué en la exposición de sus aventuras

mujeriles, en las que asegura ser todo un experto. Y cuando se le compara con don Secundino, ríe sobrado:

- Vamos, hombre, por Dios. ¡No hay color!

- Eso habría que verlo -tercia don Secundino.

- Por favor, por favor... Lo vemos todos los días... -se vuelve a reír don Práxedes. Y luego, a propósito del grosor de las gafas de su amigo, añade-: Y lo de verlo usted, ya me extraña, si consideramos su derrumbe oftalmológico.

El caso es que, siendo ambos seductores reconocidos, las formas de don Práxedes con respecto a las técnicas para abordar y seducir al sexo femenino son diferentes, según dicen; más deportivas, por llamarlo de alguna manera. Y es que don Práxedes es deportista para todo, hasta para sus escarceos amorosos; hasta, incluso, en su incapacidad absoluta para saber perder.

Junto a don Práxedes se sienta don Camilo Toses Matoses, un hombre muy joven, sólo tiene ochenta años, y seguramente el más ilustre de los contertulios, o al menos cuyo prestigio social es más reconocido. Es más: durante bastante tiempo se especuló con que sería el inminente Premio Nobel español de Literatura, cuando correspondiese a nuestra lengua el galardón, pero hasta ahora todo se ha quedado en agua de borrajas. Exiliado por anarquista desde 1939, vivió hasta 1977 en América, en donde publicó decenas de relatos, miles de artículos y una treintena de novelas de repercusión y éxito. En cambio, desde que regresó a España, ninguna editorial ha querido publicar ningún texto salido de la obra de su ingenio, y hoy, lejos de su querida CNT y de su no tan apreciada mujer, que se quedó en Caracas, añora los viejos tiempos y sueña con que alguno de sus hijos -no sabe cuántos-, desperdigados por todo el continente, le llame un día para charlar un rato o le escriba, porque don Camilo, como el coronel Aureliano Buendía, de García Márquez, tampoco tiene quien le escriba.

Hoy carece de pasiones políticas, es libertino como ayer fue libertario y sólo aspira a que le dejen en paz, lo que no consigue nunca porque él mismo

es incapaz de hacer las paces consigo mismo. Y a pesar de su decidido abandono de la política, es quien más de cerca sigue los acontecimientos diarios y el miembro del Club que con mayor frecuencia saca a relucir opiniones sobre la situación actual, siempre reprimido por don Simón, que lo tiene prohibido. Por ello, suele quejarse.

- Es cierto, nunca me deja hablar.

- Ya conoce usted las normas, don Camilo.

- Pero es que están sucediendo cosas que claman al cielo, presidente.

- Ni así. De política se discute en casa y ante el espejo. Lo demás son ganas de perder el tiempo. Y ahora discúlpenme ustedes, que preciso de una micción. En mi ausencia, preside don Secundino, ya lo saben.

Don Eduardo Pequeño Valle es el tercero de los que acaban de llegar. Este veterano ateneísta, de ochenta y seis años, fue Abogado del Estado, está casado con doña Ursula Purificación del Niño Jesús Atienza y le viven tres hijos de los cinco que concibió su esposa, de los cuales ha recibido el don de cuatro nietos como cuatro golfos, que cada uno anda en lo suyo: uno en Babia, que así se llama su infernal grupo musical; otro en los Estados Unidos, probablemente encarcelado en un presidio federal, se supone que en Alcatraz, San Francisco, u otro similar; la tercera liada con un yonki drogadicto y la pequeña viviendo con un grupo de amigas dedicándose todas ellas al arte dramático, por llamarlo de alguna manera, que lo que hacen, según don Eduardo, es pasarse el día haciendo cochinas sexuales con la excusa de preparar fragmentos escenificados para sus clases de interpretación en la Escuela. Don Eduardo fue miembro militante y activo de la Unión General de Trabajadores durante toda su vida, pero ahora mantiene ciertas discrepancias. En sus tiempos escribió muchos ensayos, destacando su gran obra titulada "*La vida del ciervo común*", muy alabada en su momento por don Miguel Delibes, si atendemos a su propia versión. Ateo recalcitrante, cada domingo acompaña a su mujer a la misa de una en la iglesia de San Ginés, y cada

noche se santigua mientras se mete en la cama, rezando entre un prolongado suspiro una cantilena que dice "un día más, un día menos", tras lo cual duerme como un bendito ocho horas seguidas, e incluso más. Dice él, y lo dice con gravedad suma, que mantiene desde hace dos años una relación amorosa con una jovencita de espléndido cuerpo y despejada mente, una muchacha de veinticuatro años que le mimaba y recrea ciertas tardes de lluvia, cuando la tertulia se da por terminada, y aunque todos sospechan que es pura invención (se refiere a ella con tan diversos nombres que existe una relativa guasa acerca de la confusión bautismal que debió sufrir el cura en semejante trance), todos aceptan su locuacidad y le permiten con abierto regocijo que fabule en torno a las innumerables "hazañas" que bajo la voluptuosidad de Martita, Marita, Merceditas, Marujita, o como quiera que se llame cada tarde, ha conseguido realizar. Aunque él insista:

- Se llama Marujita. No la lleen ustedes más.

- Muy bien. A mí éso no me importa, don Eduardo -suele zanjar el asunto don Simón, el presidente.

- Pues a nosotros nos tiene muy intrigados -comenta don Gregorio, Goyito-. Porque ayer se llamaba Martita.

- Eso no se lo consiento, señor Tocino -se indigna don Eduardo-. Ayer se llamaba como hoy, Marita.

- Creía haberle entendido Marujita -se asombra el presidente.

- Pues a ver si escucha bien, don Simón. Que en este Club somos todos muy serios y su obligación es velar porque siga siendo así. Y además, no sé a qué demonios viene ahora hablar de mi vida privada. Con tanto chisme, va a terminar enterándose hasta mi esposa.

- Tranquilícese usted, don Eduardo. Aquí somos todos muy discretos y lo comprendemos todo. Incluso hasta su relación con... ¿Marita?

- Marujita.

- Como usted diga.

Desde el ventanal del Café, la tarde empieza a retirarse. Hace frío afuera, se ve en la cristalina transparencia del aire y en el vaho tímido que se enfrenta a la intemperie despedido desde las fosas nasales de los transeúntes apresurados. Durante el día ha estado el sol coqueteando con unos nubarrones blancos de febrero que pasaban despacio, como sin saber adónde ir, pero ahora, atardecidas las horas, han llegado otras nubes más oscuras. En el Café, por el contrario, se está bien. La calefacción funciona y la gente puede sentarse cómodamente a charlar sin el engorro del abrigo ni la bufanda. El aroma de la calma se ha adueñado del local, en donde el humo de los cigarrillos, las vaharadas del café caliente y el olor de los fritos del aperitivo son del todo inapreciables.

Café Principal. Casa fundada en 1943. Así reza una placa dorada claveteada debajo del reloj redondo parado en las siete y veinticuatro de un día cualquiera, desde luego anterior a 1970, cuando empezó a reunirse allí el Club de los Osos Traviesos. La placa de latón reluce y destaca, lo que demuestra el interés de don Vicente Pavón, el dueño, por resaltar el inicio de las actividades del recinto, pero se nota que el tiempo actual le importa mucho menos, habida cuenta de la inamovilidad de las agujas del reloj de madera de esfera macilenta, descuidada. Las mesas, conservando la mejor tradición, son de mármol, con las patas de hierro forjado; las sillas, más modernas, son de madera, con el respaldo y el cular en imitación a piel, una textura que durante el verano llega a incomodar porque propicia la exudación por las partes menos nobles de la anatomía humana, y además tapizadas, por llamarlo de alguna manera, en color beige sucio, lo que cualquiera podría considerar de un mal gusto sin paliativos. Las paredes, más prudentes, están recubiertas de madera oscura, por supuesto no de nogal, pero se conservan bien barnizadas gracias al repaso quinquenal a que son sometidas en los primeros días de septiembre; los techos, por el contrario, no han disfrutado de una mano de pintura desde la inauguración del local, y puede que ni aún antes

tuviesen tal privilegio, y su amarillenta podredumbre viene distrayendo durante muchos años a los parroquianos desocupados gracias a la curiosidad de los itinerarios de los resquebrajamientos y las grietas que, a su capricho, corren de aquí para allá. Unos techos mendicantes de atención y resignados al olvido, sostenidos por cuatro hermosas columnas de imitación jónica también del mismo color, aunque libres de rasguños, fracturas y fisuras porque su capa de pintura, con casi total seguridad, se ha dejado reparar alguna que otra vez, puede que por mandato imperativo en alguna inspección municipal. La barra del Café, ancha y sólida, abigarrada de vitrinas protectoras de fuentes no muy generosas (panchitos, aceitunas y otros entremeses menores), es de madera recia, carcomida en los extremos y brillante en el centro de su combamiento, y coronada por un elaborado y artístico grifo de marfil y oro por el que mana cerveza si con un artilugio muy parecido a una palanca se la presiona con oficio hacia abajo. El dueño, don Vicente Pavón, como ya se ha dicho, permanece detrás de la barra todo el día, desde que se abre el establecimiento a las diez de la mañana hasta que decide cerrarlo, a las once y media o así en los meses de otoño e invierno y pasada la medianoche en cuanto el tiempo climatológico lo permite o aconseja.

Tiene a su lado, de continuo, a su sobrino Fidel, un hombre ya canoso que lleva una década esperando heredar. Y al otro lado de la barra, para atender las mesas, están Pancho y Ezequiel, de quien ya conocemos algunos aspectos de su peripecia vital. De Pancho cabe decir que puede que tenga ahora unos treinta años, que es apocado, servicial y limpio, que apenas habla y que come todavía menos, parece alimentarse del tabaco que fuma sin descanso. Un poco distraído, se le han marchado sin pagar algunos jovenzuelos en estos tres años que lleva en el Café, y también algún que otro respetable caballero, todo hay que decirlo, pero don Vicente se ha limitado, en tales circunstancias, a elaborar un pensamiento recriminatorio basado en alguna cita desafortunada de José María "El Tempranillo" cuando se pillaba

el dedo pulgar con el martillo del trabuco, y a amenazarle con descontarle el importe de la nómina del correspondiente mes

En un cuchitril ubicado detrás de la barra, una mujer en edad difícil (puede que haya cumplido los cincuenta) atiende una cocina en la que se preparan sandwiches y filetes a la plancha para meter entre pan, y alguna que otra fritanga, esporádicamente. Se supone que se llama Genoveva, aunque vaya usted a saber, y habla todavía menos que Pancho. Gruñe, eso sí, y ni don Vicente se atreve a contrariarla. Su mandil a rayas (¡Delantal, esto es un delantal! -rezonga cuando uno se confunde-), puede que fuese verde y blanco en algún momento, pero aquellos animosos colores béticos ya no son lo que eran, ni mucho menos. En todo caso, el personal del Café Principal forma un buen grupo, aceptablemente bien dirigido y sin intromisiones en las faenas de cada cual, respetadas por los demás como si fuesen tan ajenas como en realidad lo son. Y es que el local funciona, el negocio da para vivir y sólo es Ezequiel quien, huérfano de familia y buscando una nueva para compartir las largas tardes en cuanto la inminente jubilación le alcance, parece vivir a la deriva en las procelosas aguas de la tristeza y la necesidad.

Hubo un "limpia" durante los años sesenta y setenta, pero se murió de joven y don Vicente decidió que ya nadie se limpiaba los zapatos y que, además, la máquina del tabaco le dejaba más beneficio. Así es que todavía se recuerda a Manolo, con su característica sabiduría popular aprendida en los arrabales de la ciudad, en una infancia callejera y una adolescencia límite con la delincuencia, y nadie ha venido a ocupar su lugar porque no era preciso y así, de paso, se le rendía el mejor homenaje de los posibles, el de no haber sido sustituido. Gran final, sin duda, para un cerillero de Café, y más concretamente para el inolvidable Manolo, aunque no se lo mereciese o aunque entre sus modales y los de un gorila que se acaba de clavar una astilla en la planta del pie izquierdo existieran diferencias difíciles de establecer, como recuerdan los más veteranos clientes.

Son las cinco menos veinte en el reloj de don Amadeo Seraffín del Campo cuando a través de los ventanales ve aproximarse a don Ismael Rojo del brazo de don José Trompeta y Trompeta, muy lentamente, entretenidos en alguna conversación referente sin duda a los males imaginarios de don Ismael, que cada vez que pilla por sorpresa al pobre don José *Retrompeta*, que es médico, le cuenta tres síntomas inequívocos de una enfermedad incurable y fatal que indudablemente padece. Don José procura ser amable, le quita duelos y lo tranquiliza, y esto es muy agradecido por don Ismael, que se sosiega un poco para el resto del día. Don Amadeo les ve llegar al Café, parsimoniosos, deteniéndose a cada poco para que don Ismael pueda explicar a su contertulio con grandes gesticulaciones y grave mirada la inminencia de un ataque o de un mal irreversible. Finalmente, como cada tarde, a la altura de la puerta, don José detiene por última vez su paso, se expresa en unas breves frases dictadas con seriedad, sonrío después, le palmea con cariño en la espalda y ambos entran en el local animosos y desenfadados.

Don José Trompeta y Trompeta acaba de cumplir los ochenta y tres años y permanece soltero. Fue un gran médico, un aceptable pintor aficionado y dueño de una timidez tan extrema que nunca le permitió acercarse a las mujeres, salvo por razones estrictamente profesionales. Antes de confesar el redoble de su apellido en la intimidad, prefirió permanecer soltero, y aunque era sobradamente conocido por su habilidad como cirujano, el doctor Trompeta nunca quiso exponerse al ridículo de identificarse por su denominación heredada, porque la única vez que lo hizo, a principios de los años treinta, fue respondido con una risotada de la que todavía se acuerda con un escalofrío. Su timidez patológica ha mejorado desde que se integró en esta tertulia, y los compañeros del Club aseguran que don José es un hombre divertido, aficionado a contar chistes verdes y que está un poco... chiflado, si se sabe lo que se quiere decir. Porque se pone años, aunque lo niegue, siempre se pone dos o tres años de más para no parecer tan joven, y además

tiene rarezas, como la de ponerse un calcetín de cada color, porque dice que le trae buena suerte, por no mencionar que se niega a salir de casa los lunes, porque dice que los lunes sólo salen de casa los albañiles, que los señores no tienen por qué salir los lunes... Y cosas así. Pero también es verdad que su carácter es bueno, y su vanidad, un poco indisimulada, se debe a su doble condición de médico y de pintor. Por lo demás es buen amigo y excelente conversador, no carece de ingenio y su afición a América, en donde nunca ha estado, le permite encontrar siempre un ejemplo costumbrista tribal para establecer paralelismos con los sucesos que se comenten.

Casi todos los días parece un hombre satisfecho. Como un indio en su piragua o Moctezuma después de desayunarse la pulpa de cincuenta tomates, como diría él. Sonríe apenas y suele reclinarsse en su silla con aire de observador severo mientras hablan los demás. Y sólo se altera cuando es blanco de los ataques de histeria cotidianos de don Ismael.

Porque aunque sea el que menos hable, don Ismael es el que más se queja. Don Ismael Rojo Igualada es, por vocación, un gran hipocondríaco. Ejerció la abogacía con amplio renombre, es miembro de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación y un más que señalado poeta, del que sin duda ustedes conocerán su celeberrimo poemario "A un olmo no tan seco, no tan seco...", en donde aportó ciertas respuestas ideológicas y se comprometió, a su manera, con su tiempo y sus contemporáneos. Porque es eso que se llama "un hombre de derechas de toda la vida", y aunque en él no anide fanatismo alguno, tampoco deja de expresar sus convicciones católicas y conservadoras. Pero lo que mejor expresa, con todo, es lo de las piedras de su riñón, su perezosa próstata, sus manchas en la frente -cancerosas, qué duda cabe, asegura- y esas tosezuelas matutinas que le anuncian una inminente enfermedad cardiorespiratoria de desenlace fatal. Y así desde hace más de treinta años.

- Es que ustedes no han sufrido lo que yo he sufrido.

- Nos hacemos cargo -suelen decirle, para no discutir.

- Y no tienen piedras en la vesícula. Porque, ¿verdad que ustedes no tienen piedras en la vesícula?

- Yo creo que no, don Ismael -dice don José-. Pero pensaba que sus piedras habían encontrado acomodo en los riñones, en el izquierdo, para ser más exactos.

- También en el riñón, doctor. También...

- No sabe cómo lo siento.

En la tertulia, no obstante, no le hacen mucho caso, a pesar de su viudedad y de que todos sepan que sus tres hijos -por no citar a sus nueve nietos- no le manifiestan respeto ni consideración alguna. Conocen que don Ismael sólo dispone de este grupo para desahogarse, pero tantos años de queja han dotado a los restantes miembros del Club de una especie de coraza antiquejidos imposible de transpasar.

Don Secundino Malparto Yqué, llega al Café al filo de las cinco menos cuarto. Cada día tiene que buscar la mesa del rincón, se muestra incapaz de orientarse a pesar de que hace el mismo recorrido desde hace más de veinte años, y es que el pobre apenas ve, sus gafas son una lupa ya casi inútiles y camina muy torpe, dudando a cada paso si en el siguiente sus frágiles rodillas van a sostenerle el cuerpo. Noventa años son muchos años, él lo dice de vez en cuando para disculpar su torpeza, pero así y todo lo primero que hace, en cuanto se aproxima al grupo, es buscar si don Simón ha llegado, pues en caso contrario le corresponde presidir el Club, y esa actividad de mando no le desagrade en absoluto. Pero como apenas ve, mientras se quita con dificultades el abrigo e intenta llegar a la percha para colgarlo allí, pregunta, como quien no quiere la cosa, en dónde está don Simón, para saludarle.

Don Secundino Malparto Yqué, nacido un año después que don Simón, en Requena, Valencia, es poeta desde su más tierna infancia (a los siete años componía versos endecasílabos con una facilidad pasmosa, de lo que se curó

el día que su padre, desesperado, le llevó a una casa de mala nota y fue desflorado por una hetera de cincuenta y dos años, a partir de lo cual se limitó a componer cuartetas irónicas y décimas jocosas, que si bien no le menguaban la afición por lo menos la reformaba en otras rimas más breves y menos insoportables). Miope y de rostro apergaminado, lleva unas gruesas gafas redondas de concha negra, con cristales abigarrados de vidrios distintos conformando círculos concéntricos a través de los cuales, sobre todo del último, el más pequeño de todos, se transparenta una pupila negra que le brilla acuosa en cuanto logra distinguir en la cercanía algo parecido a una mujer. A él le atribuyen la conocida expresión sobre las adolescentes. Sucedió cuando miraba, tras las verjas de un patio de colegio, a unas niñas de once o doce años jugando en el recreo y fue sorprendido por un conocido. Las gafas le brillaban, estaba absorto, y el conocido se le acercó:

- ¿Qué, don Secundino, mirando a las colegialas?

Y él, con la más rotunda gravedad que imaginarse pueda, respondió:

- Sí, en efecto. ¡Y pensando en qué grandes mujeres han debido ser!

Don Secundino tiene ciertas aspiraciones a la presidencia del Club, de hecho lo preside en ausencia de su titular como ya se ha dicho, pero sobre todo lo que le gusta es hablar y ser escuchado, contar historias pícaras y alardear de ciertas conquistas amorosas sobre cuya verosimilitud se carece de pruebas, como dice don Justo, pero que tampoco son puestas en solfa por nadie, excepto por éste, naturalmente.

- ¿Que no hay pruebas? ¡Esto es inaudito! ¡Todas las que usted precise, general! ¡Será posible...!

- Es más -le apoya don Camilo Toses Matoses desde el fondo-. No hace ni diez años que doña Pilar, ¿recuerda usted, don Secundino?, le hizo guiños en el balneario, tomando las aguas. Usted seguro que no se dio cuenta, claro, porque ve menos que un calamar con diarrea, pero yo sí que me fijé. Yo estaba allí.

- ¡Yo veo lo que tengo que ver, señor mío! ¡Todo lo que necesito! -se encrespa don Secundino. Y luego, más calmado, añade:- Pues claro que lo vi, y aquello no fue nada, don Camilo. Que luego en los baños termales, acuérdesse usted, qué miradas, qué provocación, cuanta lujuria en sus movimientos al tenderse en el barro. ¡Y todo para que yo me fijase! Tome nota, don Justo, que otra cosa no, pero mujeres... ¡Las he tenido así!

Salta a la vista que tampoco don Secundino acepta con gran entusiasmo que don Justo Mayo Florido ponga en cuestión su biografía amorosa. Da la sensación, cuando así ocurre, que se siente un poco decepcionado. De todas formas, después de cada refriega con don Justo, don Secundino guarda silencio, con total corrección, sin incomodarse, lo que le agradecen porque todos piensan que se debe a su buen carácter, aunque en realidad lo haga porque, si alguna vez quiere llegar a ser presidente, sabe que ha de comportarse así.

- ¿Así es que aún no ha llegado don Simón? -pregunta ingenuamente.

- Todavía no ha llegado -le informa don José, con una leve sonrisa. Y añade:- Puede presidir usted.

- Bueno, bueno -exagera su modestia don Secundino-. Esperaremos unos minutos. Estará al caer.

Pero el que aparece excitado, a paso vivo, y se aproxima veloz es don Gregorio Tocino y Gordo, Goyito, que siempre lo hace así, como si le persiguieran tres pilluelos armados con pistolas de agua e intenciones aviesas, o trajese alguna nueva cuyo conocimiento por el grupo requiriese de una urgencia inaplazable.

Le llaman Goyito aunque aparentemente no le guste y es el benjamín del Club, sólo setenta y nueve años. Ello le obliga a respetar a sus mayores, aunque esté siempre conspirando para acceder a la presidencia que ostenta don Simón. El, claro está, lo niega:

- ¡Eso no es verdad!

- Lo sabe todo el mundo.
- No disimules, Goyito, hijo, anda... -don Práxedes le impone silencio.
- Es que yo no conspiro...

Entonces don Práxedes le vuelve a mirar, como regañándolo, y Goyito se recuesta en la silla, un poco avergonzado.

Don Gregorio es cronista de la Villa, ha ejercido el periodismo durante toda su vida y ha ganado varios premios literarios por sus libros de temática local, en la que es un experto. Aunque vivió la República y se involucró lo bastante (los de la UGT pagaban muy bien las crónicas y las proclamas, suele argumentar en su defensa), con posterioridad frecuentó otros círculos, indudablemente más conservadores, y fue acogido sin grandes dificultades por los venerables miembros del Instituto de Estudios Locales, el clan de los Cronistas de la Villa y la prensa provincial. Ahora está jubilado y ya no escribe nada.

Luce una hermosa barba, muy cuidada, tiene una calvicie más que regular y viste bien, con gusto y armonía de colores, sin ninguna estridencia, por otra parte. Trajes grises o príncipe de Gales, camisas blancas o azules, corbatas discretas, abrigo azul marino... Goyito pudo ser un dandy pero se ha quedado, por fortuna, en un hombre elegante, correctamente elegante. Llega siempre corriendo a la tertulia sin razones que lo justifiquen y siempre con la misma frase en los labios.

- ¿Llego tarde?
- ¿Tarde? ¿Para qué? -le interroga con socarronería don Amadeo.
- No sé -parece incomodarse Goyito-. Por si me he perdido algo.
- Un día va a perder usted el resuello, Goyito -le riñe don Secundino, tomando asiento-.
- Pierda usted cuidado, amigo Malparto -le replica Goyito-. Yo, cuando me canso, me paro. Ese es mi secreto.
- Pues no está mal visto, no -afirma con solemnidad don Camilo.

- Aquí todo está siempre muy bien visto, ¿verdad don Secundino? -ríe Goyito.

- ¡Un poco más de respeto, muchacho! -se incomoda por la evidente alusión a su miopía-. ¡Más respeto o me veré obligado a tomar medidas! Ya llegará usted a mi edad, ya... Y entonces veremos si está usted tan bien como lo estoy yo. ¡Qué niño, por Dios!

- Muy bien dicho -afirma don Práxedes-. Recuerdo ahora que en cierta ocasión don José María Gil Robles, siendo diputado en la Asamblea Constituyente de la Segunda República, esbozó en un discurso algunas reflexiones acerca de la...

- ¿Hablando de política, don Práxedes? -le interrumpe don Eduardo-. Como llegue don Simón y le sorprenda, va a tener usted que oírle.

- Le oigo yo y es lo mismo -interviene don Secundino-. No olvidemos que estoy presidiéndoles a ustedes.

- Yo sólo quería argumentar ciertos matices a propósito de la necesaria disciplina y respeto que hay que exigir a los jóvenes para con sus mayores. Pero si hablar de Gil Robles es hablar de política... ¡Hay que fastidiarse!

- Ya se está usted enfadando, don Práxedes -dice don Justo Mayo Florido acercándose a la mesa, sonriente y campechano-. Cada día está usted más cascarrabias, se está usted contagiando de don Jacinto.

- Le ruego que no aluda a quien, por no estar presente, no puede defenderse -le mira con dureza don Secundino-. Sabe usted a la perfección que es norma de inveterada tradición entre nosotros...

- Y además yo no soy ningún cascarrabias, señor mío -le corrige don Práxedes-. Me limitaba a...

- A enfadarse -ríe don Justo-. Pues bueno, si eso le hace feliz, bien está.

Don Justo Mayo Florido es un general retirado que se quedó viudo y no tiene hijos. Don Justo tiene ochenta y cinco años y, a pesar de su edad, conserva íntegras sus facultades (salvo ciertas lagunas en la memoria sin

mayor importancia), entre las que ha destacado siempre su chispeante ingenio, su capacidad para gastar bromas y su perenne buen humor, hasta el punto de que ni en el cuartel fue capaz de mantener por mucho tiempo la seriedad entre la soldadesca, como la llamaba. Que le encantan las mujeres es cosa sabida, pero que a sus años continúe persiguiéndolas es algo que causa una inevitable perplejidad. El, como es natural, lo niega:

- Habladurías, habladurías... No es cierto, yo ya no estoy para perseguir a nadie.

- Si usted lo dice -se encoje de hombros don Manuel.

- Y además les voy a decir otra cosa, algo que ustedes no saben. Cuando yo era teniente...

- Nos lo ha contado mil veces, don Justo... -suspira don Secundino.

- No señor. Les habré contado otra cosa, pero ésta seguro que no.

- ¡Lo del chusco de pan! -dicen a coro, como disparados por un resorte, los trece Osos y Ezequiel, el camarero, que por un momento se ha detenido junto a la mesa para escuchar.

- Oh, perdón -se excusa de inmediato Ezequiel.

- ¡Está bien!

- Pero yo, general, no recuerdo esa historia -Ezequiel adopta un aire interesado.

Don Justo mira a los demás con una amplia sonrisa de satisfacción en los labios, se incorpora en su silla y mira fijamente al camarero. Los demás adoptan las más variadas actitudes, desde la de don José, que cierra los ojos, hasta la de don Práxedes, que anuncia que precisa de una micción, pasando por quienes, como don Ismael y don Camilo, se desploman en sus asientos, o como don Gregorio y don Amadeo, que inician un bostezo que de inmediato contagia a don Severino. Tan solo don Timoteo y don Manuel permanecen en un estado similar al que debió adoptar Richard Burton cuando se enteró de que Liz Taylor le dejaba por sexta vez. Don Secundino, por primera vez

desde que es presidente en funciones, tiene dudas acerca de lo que debe hacer, y mira a unos y otros en busca de una resolución definitiva. Y llama la atención el hecho de que, repasando rostros y actitudes, muestre un resplandor de perplejidad cuando descubre a don Amadeo, tan elegante él, extrayéndose sin el menor pudor un inexpugnable moco asentado en un recoveco poco accesible de su fosa nasal izquierda, lo que le distrae por un instante y le obliga a hacer un gesto inapreciable de incompreensión. Después, de nuevo concentrado en la decisión más justa, toma la palabra.

- En fin, don Justo -silabea don Secundino-. Si se siente usted incapaz de vencer su incontinencia verbal, no se prive de relatar de nuevo tan conocido suceso, pero los compañeros del Club manifiestan con notoriedad las más variadas actitudes al respecto, aunque extraordinariamente coincidentes en el fondo. Y no sé si habrá notado usted que, por lo general, no se aprecia un entusiasmo explícito. Al menos, no un gran entusiasmo, desde luego.

- De todas formas, lo contaré. Que aquí todo el mundo parece tener derecho a hablar menos yo, desconozco la razón. Voy a contárselo, Ezequiel.

- No, por Dios. Por mí no se moleste...

- Está bien, comprendido. Me callo.

- No se lo tome usted así, general, por favor- se apena don Secundino siempre que alguno de sus contertulios sufren alguna frustración-. Si usted cree que de verdad es ilustrativa la anécdota...

- Que no lo es -comenta indiferente don Amadeo, interrumpiendo por un momento la excavación arqueológica por los interiores de su apéndice nasal.

- No diría yo tanto, no diría yo tanto... -replica el general con cara circunspecta y no del todo feliz-. Todo lo contrario.

- Bueno, acabemos ya. ¿La va a contar o no, general?

- No.

- ¡Venga, no sea usted pesado, don Justo! -son varios los contertulios que saben que, cuanto antes empiece, antes acabará. Y que, como de todas formas la acabará contando...

- He dicho que no.

- Pero, ¿por qué? -se interesa don Eduardo.

Y, tras guardar unos segundos embarazosos de silencio, el general contesta muy quedamente:

- Porque se me ha olvidado. Lo siento. Ya no me acuerdo qué iba a contar...

Don Severino y don Timoteo llegan también juntos, dando las cinco en punto en el reloj. Viste el primero un gabán negro sobre el que luce su estrella de alférez provisional, cinco puntas doradas sobre un rectángulo negro, y esconde los puños de su camisa para disimular sus bordes deshilachados. Cuenta una épica hazaña sucedida en 1938, en plena guerra civil, sin duda atribuyéndosela, mientras don Timoteo Malo de Barriga, haciendo como que le escucha, avanza decidido hacia la mesa, sin otra pretensión que la de comprobar si le han respetado su silla en el lugar que tiene asignado, desde el que domina bastante bien las conversaciones que se producen a un lado y otro, por si ha de enfrentarse a alguna maldad o defenderse, respetuosa y tímidamente, eso sí, de alguna de las frecuentes agresiones de las que es objeto.

Don Timoteo Malo se jubiló como profesional de la Inspección de Aduanas, su ideología es ultraderechista, le abandonó su mujer y logró vivir en concubinato con doña Lola, quien sólo por ello es candidata firme a los altares en una próxima broma papal. Es hijo de guardia civil, lo que silencia sin razones que lo justifiquen, y tal vez por guardar en sus venas un rencor que le provino de cierta transfusión de sangre de hiena que debió realizársele a los tres años, el señor Malo es un personaje fementido, desleal, insidioso,

falaz, oscuro y maniobrero, empeñado en aparentar ser peor incluso de lo que es y, aún así ser para echar a correr y no parar.

- Para mear y no echar gota, don Timoteo -don Simón suele opinar así en voz baja cuando don Timoteo, creyéndose en posesión de la razón, cuenta alguna de las sucias maniobras que han jalonado su vida-. Su caso personal es como para mear y no echar gota.

- Si usted lo dice, don Simón. Pero no creo yo que sea para tanto...

- Pues a mí nuestro presidente, y perdone si le ofende, me parece incluso benévolo -apostilla don Jacinto Rosas Lirio.

- En todo caso, yo diría que su manera de ser podría encontrarse a medio camino entre Herodes y Hitler, si se me permite -se suma don Eduardo Pequeño Valle.

- Prohibido hablar de política, señores -corta el presidente-. Respetemos las normas.

- ¿De política? ¿He hablado yo de política?- aparenta indignarse don Eduardo.

- No sabía yo que hubiese un Hitler torero -ironiza don Jacinto.

- De cualquier manera recuerdo que hablábamos de las peculiaridades de don Timoteo -puntualiza don Secundino.

- ¿Peculiaridades? ¿Qué peculiaridades? -intenta defenderse el aludido.

- En efecto -don Práxedes impone gravedad en su tono-. Calificar de peculiaridad a la mala leche reconcentrada de don Timoteo es de una impropiedad inadmisibile. No tolero desvirtuar la realidad de los hechos con fruslerías, ya se sabe en esta mesa, y no me gustaría que se me obligase a reiterar mi posición al respecto. Conocida es mi manera de pensar, y a fuer de parecerles a ustedes levemente caústico, el hecho de haber postulado la presencia entre nosotros de don Timoteo, de quien no se conoce ser vivo que no haya sufrido alguna maldad de su parte, me autoriza con toda legitimidad a indicar que nuestro presidente no sólo no se ha excedido en sus opiniones

sino que me ha traído a la memoria una ternura similar a la de un gato casero en las faldas de su ama junto a la mesa camilla, por lo que no creo que exista razón alguna para criticar de manera desfavorable sus palabras. Si una rosa tiene espinas, un cardo púas y un rinoceronte cuerno, de don Timoteo puede decirse sin rubor, ateniéndonos a la contundencia de los caprichos de la naturaleza, que don Timoteo, nuestro contertulio, tiene baba, como los caracoles, y su rastro es visible desde su más tierna infancia. La única similitud entre nuestro amigo y el eslabón perdido entre el mono y el *homo sapiens* es que tampoco repta, qué caray, y ello no deja de ser mérito menor.

- Tal vez ha estado usted un poco duro, don Práxedes.

- No. Hubiese estado duro si hubiese afirmado, como pienso, que si Dios le dotó a don Timoteo con piernas, fue para que no se evidenciara el rastro que va dejando, como las babosas.

- ¡Ya está bien, don Práxedes! -eleva la voz don Timoteo, pero tampoco mucho-. ¡Conozco mi posición aquí y procuro mantener una discreción que no se me reconoce, pero debe usted comprender que todo tiene su límite!

- Totalmente de acuerdo -afirma don Secundino.

- Intentemos conservar la calma, señores -invita don Secundino, que empieza a comprender que se está llegando demasiado lejos.

- Es que hay opiniones y opiniones -interviene por primera vez don Severino Pérez Pérez-. Recuerdo que en la batalla de Guadalajara sucedió un hecho que ahora me ha venido a la cabeza mientras ustedes...

- No empiece con "batallitas", don Severino -ataja don Camilo Toses Matoses.

- No se trata de ninguna "batallita", como usted dice, amigo mío -se incomoda don Severino-. Me refería a que cuando en Guadalajara las tropas italianas estaban a punto de...

- Silencio, señores -se impone el presidente-. Zanjada la cuestión. ¡Ezequiel!

- Mande usted.
- Una jarrita de agua, por favor. Y que esté fresca.
- Marchando.

El señor Malo de Barriga ha dispuesto siempre de algún medio de comunicación en el que expresar sus maledicencias, colaboraciones esporádicas en la prensa nacional o local desde las que no se recuerda que haya practicado jamás el elogio a alguien. Siempre las ha utilizado para descargar su ocena. Un ser, en fin, de quien sus contertulios no tienen mejor opinión que la que se pueda tener de esa medusa transparente que amenaza en las playas del mediterráneo en cuanto asoma septiembre. Todavía hoy conserva una colaboración en el diario local que no se sabe cómo ha conseguido, pero a buen seguro a base de alguna traición.

- No ha venido aún don Simón -repara don Justo-. Como sigamos así, va a haber que volver a la vieja costumbre de pasar lista. Por ver si se va quedando alguien en la cuneta, ya saben...

- ¡Lagarto, lagarto! -don Amadeo, afectado y exagerado, busca madera para tocar con sus dedos índice y meñique de su mano izquierda. Finalmente toca la caña de su propio bastón-. Haga usted el favor de no decir esas cosas, don Justo. Que no estamos ninguno libres de apearnos en marcha de este viaje.

- No se altere, don Amadeo -se ríe de nuevo don Justo-. Usted vivirá cien años, por lo menos.

- Pues tiene usted que explicarnos cómo ha comprado mercancía tan atractiva -comenta don Secundino.

- Comprar, comprar... -se encoje de hombros don Amadeo-. Qué más quisiera yo.

Don Amadeo se queda mirando su sombrero gris depositado sobre la mesa de mármol, con fijeza, como extasiado ante la perfección de sus curvas y armonía de diseño. Parece que está embelesado ante la visión del sombrero,

seguramente intentando olvidar esa ráfaga de frío que le ha recorrido la espalda al pensar en la muerte. Mira su sombrero, con detenimiento y placer, está muy nuevo, piensa, y se complace en su belleza. Pero al fin y al cabo un sombrero es un sombrero y nada más, y por muy hermoso que sea, difícil de diferenciar de los restantes sombreros nuevos del mundo, y por ello mismo, con el tiempo, incapaz de sostener una cierta intensidad dramática. Don Amadeo, visto y remirado su sombrero, suspira, parpadea y vuelve a la conversación general del grupo.

- No me gusta que se hable de estas cosas -protesta don Manuel-. Bien sabemos que somos polvo y en polvo...

- Unos más que otros, ¿verdad don Eduardo? -ironiza por Justo.

- Mire usted quién fue a hablar -replica el aludido-. Que yo, al menos, cuento con el mimo permanente de Martita, esa ninfa que ha venido a mí para devolverme la juventud, darme alegría y acompañar mis soledades, pero usted...

- ¿No se llamaba Margarita? -pregunta don Justo con chispas de broma en sus ojos.

- No -replica don Camilo-. Se llamaba Marita.

- ¡Basta de chanza, señores! -se enfurruña don Eduardo-. No consiento que se ponga en duda cuanto digo. Y espero no tener que verme en la obligación de poner fin de una vez por todas a estas inauditas chirigotas invitando una tarde a Merceditas para que la conozcan todas ustedes.

- Merceditas es el nombre de la señora de don Práxedes, no sé si lo recuerda usted -don Justo insiste en la broma.

- ¿Quién ha dicho Merceditas? -se revuelve don Eduardo-. ¿Acaso he nombrado yo a Merceditas para algo? Perdóneles usted, don Práxedes, sea benevolente con ellos, que viven de la burla. Yo me refería a mi joven amiga, Marujita.

- Ah, en ese caso... -don Justo da por concluida la broma entre el regocijo general. Y continúa:- De todas formas, algún día tendríamos que conocerla, don Eduardo, que a la par de la envidia sana que despertaría en nosotros, sentiríamos una enorme satisfacción al conocer a tan extraordinaria mujer.

- Sí, sí... A usted se la voy a presentar, con lo que le gusta coquetear... Y además, si llegase a oídos de Úrsula...

- ¿Pero su mujer no lo sabe, don Eduardo?

- ¡Qué va a saber! ¡Pues menuda se pondría...!

Hace ya varios minutos que dieron las cinco de la tarde en el reloj de la Plaza Vieja. Los Osos van entrando en el juego de cada tarde, comentando a su inmediato vecino alguna particularidad del local o permaneciendo en silencio, escuchando palabras extraídas de aquí o de allí de los tertulianos e incluso alimentándose del lejano rumor de la clientela del local, ofreciendo ruegos de amor, cantos de sirena o proposiciones financieras de escasa cuantía, préstamos y similares. Sólo don Severino permanece con la mirada sombría, al fondo, metido en sus recuerdos.

Don Severino Pérez Pérez nació en Alhama de Aragón hace ochenta y tres años. Pasó buena parte de su juventud haciendo la guerra, en África y en España, y de ambos sucesos guarda una nostalgia patológica que le obliga a contar continuamente recuerdos de aquellos momentos de horror, pero que él rememora gratamente. Luchó en el bando vencedor, obtuvo un par de medallas al valor y llegó a sargento. Esa es la razón por la que su tema de conversación favorito -casi único- sea la guerra y las batallas en las que tomó parte, contadas además de tal manera que pobre del llamado generalísimo si don Severino Pérez Pérez no hubiese estado en sus filas, porque siempre sucedía algún imprevisto fatal que don Severino resolvía con valor, astucia y eficacia, gracias a lo cual se pudieron alcanzar tantos objetivos militares.

- Sí -ironizaba a veces don Justo, el general, cuando don Severino se excedía en alguno de sus relatos-. Con don Severino en nuestro glorioso alzamiento, los demás sobrábamos todos. Incluso se debatió el asunto en una reunión del Alto Estado Mayor en Burgos, lo recuerdo.

- No tiene usted ninguna gracia, don Justo -entonces se enfadaba don Severino.

Ya han pasado las cinco de la tarde y el presidente no ha llegado. En el Café se comenta la circunstancia con relativa indiferencia hasta que don José repara en la ausencia de don Jacinto y lo expone en un tono que resulta inquietante.

- Tampoco ha llegado don Jacinto, qué raro.

- Sí que es raro, sí.

Hay un instante de silencio. Puede que un presentimiento haya sobrevolado la tertulia dejando una sombra sobre las cabezas de tantos seres dignos e invencibles. Un instante de silencio que muchos están aprovechando para darle un sorbito al café cortado o para servirse agua en sus vasos y probar su frescura. La tarde se ha vuelto definitivamente gris, se ha vestido de febrero, como corresponde. En el Café hay muchos clientes, estudiantes sobre todo, intercambiándose papeles de apuntes tomados con apresuramiento o comentando circunstancias específicas de sus peripecias académicas o personales. Ezequiel no parece tener mucho agobio en su trabajo. Va para tres veces que ha merodeado la mesa del rincón, en la que habita el Club, y se ha detenido unos instantes sonriente y curioso, para comprobar de qué va a ir la conversación esta tarde. Y don Vicente Pavón, el propietario, sesteaba detrás de la barra con la mirada prendida en la placa de latón dorado que indica la fecha de inauguración del Café.

Los silencios de los Osos, no tan infrecuentes, son aprovechados por cada uno de ellos para dar rienda suelta a las fantasías incumplidas que cada uno lleva arrastrando desde tiempo inmemorial, algunos desde antes de que

sus recuerdos tuviesen memoria. Don Manuel Pí y Salsosa quiere ser Académico de la Lengua pero sus sueños se alejan cada día un poco más. "¡Hay que ver lo que viven los académicos!", piensa, "con lo fácil que sería que una epidemia de escasa benignidad se llevase por delante a una docena, con lo que mis posibilidades aumentarían notablemente". Y don Severino se sorprende a sí mismo en la liberación de Santander, al frente de tres camiones de legionarios y dos docenas de requetés. Don Gregorio Tocino, Goyito, es pragmático y ambicioso. Si don Simón estuviese enfermo, si don Secundino se ausentase a hacer un par de recados, si las circunstancias le fuesen propicias, si, si, si..., podría presidir el Club, qué placer, qué sensación indescriptible. Claro, que tendría que vérselas con don Timoteo Malo de Barriga, que conspiraría cuanto pudiese para acceder al honorífico puesto en la sucesión, aunque también es cierto que sus posibilidades serían escasas. Más peligrosa, sin duda, sería la candidatura de don José Trompeta y Trompeta, y a su favor tendría la edad, ochenta y tres años, y la condición de médico, que indudablemente da confianza. Pero soñar no cuesta nada, y si hay que hacer planes para alcanzar los objetivos propuestos, se hacen y en paz. A Goyito, cuando de fabular se trata, no hay nada que se le resista.

Don Amadeo está pensando en una camisa azul pálida que ha visto expuesta con grandiosidad en el escaparate de la sastrería de la esquina de su calle, se nota que es así por sus ojillos embelesados y tiernos, y don Ismael nota un dolorcillo breve en el pecho y siente una angustia creciente que le llena la cara de calor y le obliga a beber agua. No se atreve a preguntar a don José si puede tratarse de un amago de ataque, porque de seguir así terminarían por expulsarle del Club, por su insistencia, aunque él es un enfermo y nadie parece comprenderlo. Por eso se traga su ansiedad removiéndose inquieto en la silla.

Don Justo mira con un evidente distanciamiento a sus compañeros. Son, vistos en grupo, algo patéticos, luchando con tanta saña por durar, por

sobrevivir. No parecen querer vivir; a lo que aspiran es a durar. Él se siente joven, animoso y sin complejos, y le duele que haya en los rostros que le rodean tanto miedo a la muerte, tanta manifestación de soledad, tanto egoísmo, tanta vanidad. Don Justo tiene ochenta y cinco años, más que muchos de ellos, pero se diferencia de casi todos en que a él le gusta mirar la vida como un tránsito y no piensa dejar de contemplar el paisaje mientras el viaje dure. En eso cree diferenciarse de los demás, y acaso por ello mismo sienta un notorio desprecio por tanta ruina como la que se instala a su alrededor.

Entre todos ellos existe un pacto tácito de silencio en torno a lo que les espera. Por una parte tienen la extraña sensación de que están viviendo de prestado, pero por otra piensan que la muerte es algo reservado para los demás, que ellos están libres de semejante contingencia. Nada les sorprendería conocer el óbito de los otros, pero cada uno de ellos se indulta a sí mismo, no piensa en que le toque el turno, descarta la posibilidad. Por eso no hablan jamás de la muerte, no quieren ni citarla, aunque no hay día que no repasen con atención las esquelas de los periódicos "a ver a qué conocido le ha tocado hoy" ni en el que no salga a relucir el fallecimiento de éste o el de más allá, comentario acompañado de referencias a su escasa edad, sus excelentes facultades y la fatalidad de la vida, "que siempre se lleva primero a los mejores".

- Aunque morir es muy difícil -suele comentar don Justo.- Hay que ver el trabajo que cuesta morir.

- Ya, ya... -muestra mayor escepticismo don Ismael, llevándose la mano temblorosa al pecho.

- Sí, hombre, sí -insiste don Camilo-. Además, si uno tiene dinero, no se muere nunca. Cuando un médico tiene entre sus manos a un cliente que le paga bien, hace lo imposible para conservar el filón.

- ¿Cómo dice usted? -frunce el ceño don José, que aún padeciendo de sordera se entera de todo y el comentario no le ha hecho ninguna gracia.

- No se enfade usted, doctor Trompeta -se disculpa como puede don Camilo-. No me refería a usted, naturalmente.

- Es que aquí hay mucha mala leche -refunfuña el doctor.

- Vamos, señores -interviene don Secundino en su papel moderador-. Que no hay para tanto.

Don Timoteo Malo permanece mucho rato en silencio, escuchando y observando, sin intervenir en ninguna de las disputas que con frecuencia se producen. En el fondo la muerte le importa un bledo, la de los demás, por supuesto, y nada le importaría ver faltar a cada uno de ellos, día a día, por reventamiento. No les aprecia, no siente el menor afecto por ninguno, y es que Malo de Barriga no ha conocido jamás ese sentimiento. El del odio sí, muchas veces, odia todo y a todos, pero afecto, cariño, apego por algo que no sea él mismo, es una sensación desconocida desde que recuerda. Por el contrario don Severino, que sólo tiene espacio en sus recuerdos para la nostalgia, la muerte le trae siempre referencias históricas, jirones de su biografía, escenas de guerra y olor a pólvora. Y sólo entiende la muerte en una trinchera o en un ataque con la bayoneta calada, entre explosiones de granada y el tabletear de las ametralladoras, sin entender otra manera de morir. El no puede morir en la cama, rodeado de deudos, ni en la camilla de un hospital. Hasta que otra guerra no le lleve al frente, su hora no habrá llegado. Por eso permanece también en silencio, como don Práxedes, que no sabe si atreverse a dictar una pequeña pieza oratoria sobre el concepto de muerte en Platón, el último hombre inteligente e innovador que realmente ha existido, porque después de él todo ha sido plagio. Con Platón y Sócrates todo quedó dicho. Lo demás es pura repetición. Pero esbozar en un discurso, por breve que fuese, su concepción al respecto, ahora le parece ligeramente impropio, y se abstiene. Y es que en el fondo don Práxedes es muy

considerado, y hoy no está expansivo en exceso. Entre que no ha dormido del todo bien, y que la ausencia de don Simón le ha rebotado muy dentro como un mal presagio, no está para muchos trotes. A ciertas edades, hay días y días.

- ¿Conocen ustedes la fama de mi padre, les he hablado a ustedes de él en alguna ocasión? -rompe el silencio don Justo, el general.

- No sé, no recuerdo... -se aventura a decir don Secundino, aliviado porque, al fin, alguien se decida a hablar.

Los ojillos de don Justo cobran vida, chispean, se alegran. Se remueve en su silla, incorporándose, y sonrío con cierta malicia. Todas las miradas están fijas en él. Va a contar algo que, sin duda, representa una novedad. La vida del Club, hasta ahora, se había centrado en ellos y siempre en ellos, ninguno nunca se había referido a su progenitor. La experiencia, por novedosa, podría dar lugar a futuros temas de conversación.

- Mi padre... -se ríe don Justo-. Menudo debió de ser... Se llamaba Emiliano, don Emiliano Mayo Martín-Wellington, ignoro si por descendiente del general inglés... Y era un hombre rico, qué caray. Sus tierras se extendían por la provincia de Ciudad Real hasta más allá de donde la vista alcanzaba..., qué digo... Para que se hagan ustedes una idea, salía a recorrer su finca a caballo y tardaba dos semanas en volver a casa. Qué gran hombre. Pues sucede que de mi padre, como lo oyen ustedes, había un retrato al óleo presidiendo el salón del más importante burdel de Puertollano, entre uno de Franco y otro de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Y es que mi padre, buen vividor, envidiable sin duda, se dedicó en vida al mecenazgo en todos los aspectos que imaginarse pueda, y al igual que mantuvo de su peculio a dos conventos de monjas de clausura y aportó la cantidad necesaria para la finalización de las obras de rehabilitación de la iglesia del Santo Espino, también fue protector del burdel de doña Concha, y con tanta generosidad, a tenor de lo que les cuento a ustedes, que en su salón principal permanecía, no sé si todavía hoy, un retrato suyo, imponente, con sus poblados bigotes,

envidia de más de un diputado liberal, y un monóculo señorial e inquisitivo, con una seriedad tan grave que muchos clientes que se adentraban en el establecimiento guardaban una mayor compostura de la que por propensión hubiesen mantenido, al sentirse observados por tan severa mirada, por tan solemne señor. Así lo comentaba doña Concha y se sentía doblemente agradecida a don Emiliano, mi padre. No me digan ustedes que no tiene gracia.

- Me deja usted de piedra, don Justo -dice don Severino-Su señor padre presidiendo semejante lugar.

- Sí, sí, como lo oyen ustedes. Si mi pobre madre hubiese llegado a tener noticia de ello... No quiero ni pensarlo.

- Claro que tantos días para recorrer unas tierras dan para mucho -calcula a ojo de buen cubero don Manuel, que para eso es matemático-. Porque aun considerando el paseo equino a una media de ocho o diez kilómetros por hora, y aunque no cabalgase más que cuatro horas diarias...

- No se esfuerce en calcularlo, don Manuel -don Justo le ahorra multiplicaciones mentales-. Se iba de visiteo... A hacer *la ronda*. Menudo era... ¡Qué gran hombre! No les digo más que para que no se me ocurriese husmear en sus asuntos me envió a los quince años a la Academia Militar... Y con mi hermano se portó aún peor, que a él le correspondió el seminario.

- Gran hombre, por cierto -sentencia don Práxedes.

- Eran otros tiempos, ya se sabe -se atreve a tan original comentario Goyito-. A buenas horas los jóvenes de hoy iban a aceptar esas imposiciones.

Tras los cristales del ventanal del Café Principal comienza a llover. Los Osos Traviesos inician conversaciones intrascendentes, de dos en dos, de tres en tres. Alguno, como don Amadeo, permanece ajeno a los intercambios de opiniones y se revisa las uñas de las manos con atención, limpiando restos de padrastrós y observando la perfección en los cortes. Sólo don Secundino mira y remira su reloj, intrigado no tanto por la ausencia de don Simón Estébanez

de Villajocundia, el presidente del Club, sino sobre todo por la coincidencia de que tampoco se halle presente su ayudante y amigo de toda la vida, don Jacinto Rosas Lirio. Llueve tras los cristales y a don Secundino le parece que la tarde está llorando. No sabría explicarlo, pero al profesor le parece que las tardes de lluvia nunca presagian nada bueno. Son tardes para la nostalgia, para los malos recuerdos, para quedarse en casa y pensar en lo que la vida pudo haber sido y no fue. A los viejos, concluye, no les debería estar permitido ver llover por la tarde.

Don Camilo Toses Matoses quiere llevar siempre la razón y por eso eleva la voz de vez en cuando. Y es que su nombre se barajó con profusión e insistencia en Suecia y en Ciudad de Méjico para el Premio Nobel de Literatura en 1976, 1977 y 1979. Ahora no le publica ninguna editorial, sus ochenta años le pesan como una nube negra y se siente desplazado y olvidado, él que saboreó tanta miel desde su llegada a Venezuela en 1939, exilado forzoso tras la Guerra Civil. Por todo ello levanta la voz y se enfada cuando le contrarían, e incluso deja de hablarse con algún contertulio durante una semana entera por el más pueril incidente, por la más banal de las discrepancias. Cuando no está don Jacinto, que es un verdadero cascarrabias, el mal genio tiene en él a su más cualificado representante. Hasta el punto de que un día le preguntaron cómo estaba y, ni corto ni perezoso, contestó: ¡Pues anda que usted! No soporta no ser admirado, formar parte de la élite de los autores reconocidos.

- He escrito una nueva poesía que... -anuncia don Secundino, para evitar que a don Camilo, por el camino que va, le termine subiendo la tensión.

- Será de don Francisco de Quevedo, claro -le interrumpe don Justo-. Cada día las plagia usted mejor.

- No le consiento... -se hace don Secundino el indignado.

- Venga, hombre. Que era una broma -interviene Goyito-. Ya conocemos todos las salidas de don Justo.

- Sí, ya las conocemos... -murmura don Secundino.

Definitivamente, afuera está lloviendo con intensidad. La tarde se ha vestido de anochecida y el ruido de las gotas contra los cristales, martilleando a picotazos breves las lunas, resuena en el interior del Café. Sólo son las cinco y diez. Muchos se han vuelto para ver llover y otros, como don Amadeo, se limita a comentar que va a ponerse perdido el sombrero nuevo como no escampe enseguida. Llueve y desde detrás de los cristales, cruzando la plaza, camina a paso vivo, agitado, don Jacinto, sin darle mayor importancia al agua que le viene empapando. Un simple vistazo basta para comprender que no está corriendo sólo para hacer un poco de ejercicio. Miradas de sorpresa. Algo pasa. Algo grave está ocurriendo. Todos lo saben pero ninguno hace ademán de abrir la boca para dirigir una palabra a nadie. Se limitan a esperar.

Don Jacinto entra chorreando agua en el Café, con la cara desencajada, perdido el resuello, tal vez llorando aunque puede que sean aguas de lluvia las que se deslizan por su cara. Se aproxima al grupo, permanece un instante en silencio, mirándoles a todos y a cada uno y, finalmente, dice:

- Don Simón. Don Simón ha sufrido un ataque. Una ambulancia se lo ha llevado al hospital. Parecía muerto cuando le introdujeron en el vehículo. Don Simón, amigos. Creo que se nos muere.

- Parecía muerto...

La frase, como un impacto, impresiona más a unos que a otros, pero casi todos se tambalean como si el Café fuese el *Titanic* y la noticia el último iceberg. Bueno, sobresalta a casi todos, porque mientras don Timoteo Malo de Barriga se recuesta en su silla con una alteración respiratoria que trasluce algo muy parecido a una satisfacción, porque cree que ello le acerca a la sucesión, don Ismael Rojo Igualada, en el polo opuesto, se lleva la mano al pecho y busca en sus rítmicas pulsaciones cualquier indicio de una inminente parada cardíaca y lo que le angustia no es el estado actual de don Simón sino las consecuencias que la noticia pueda tener sobre su propio organismo, tan frágil. Por su parte, don Severino Pérez Pérez rememora a los compañeros caídos a su lado en tantas escaramuzas bélicas, y asiste al abatimiento general con un distanciamiento acorde con la normalidad del hecho biológico y la fatalidad, en la que cree. Como don Práxedes, que encuentra siempre en su manual de citas una frase para cada caso, y en estos momentos le viene a la memoria aquella sentencia de Epicuro según la cual la muerte no es una desgracia para el que muere sino para quien le sobrevive, y así se lo hace saber a sus contertulios, a media voz, mientras don Justo se apresura a aclarar que, por lo que ha dicho don Jacinto, es un poco pronto para enterrar a don Simón, que a fin de cuentas se trata sólo de un ataque, y nada más.

- Se nos muere, don Justo, se nos muere -insiste don Jacinto, con una buena puesta en escena y una conseguida dramatización.

- Esperemos para saber -dice don Manuel, escéptico como un lagarto al sol.

- Esperemos -repite don Camilo Toses Matoses haciéndose un sitio a su lado en la misma roca.

Ezequiel ayuda a don Jacinto Rosas Lirio a tomar asiento y le sirve una tila y una copita de anis para que se tranquilice y para que entre en calor. Está empapado por la lluvia y se seca la cara y las manos con el pañuelo, mientras los demás guardan un silencio que empieza a ser molesto.

- ¿Cuándo sabremos algo? -pregunta don Amadeo a don Jacinto, adoptando la pose cursi de un periodista en prácticas de verano.

- No lo sé -responde éste, con aire trascendente, encantado porque todos están pendientes de él.- Su hijo Ramón ha prometido llamarme aquí en cuanto sepa algo, sea lo que sea.

- Bien está -suspira Goyito, haciéndose el mayor.- No podemos hacer otra cosa que esperar, así es que propongo que nos tranquilicemos y conservemos la calma. Lo que tenga que ser, será, y nada adelantamos alterándonos nosotros, ¿verdad doctor?

- Cierto, cierto -asiente don José Trompeta y Trompeta.- Y a ver si nos sosegamos todos un poco porque don Ismael lo está pasando muy mal, salta a la vista. Tranquilícese usted, hombre, que las impresiones no son tan graves: a veces, incluso, ayudan a una circulación sanguínea más fluída y a una gran descarga de adrenalina, convenientes para el buen funcionamiento del organismo. Y usted es un niño, por Dios bendito. Pues no le queda cuerda...

- ¿Cree usted, doctor? -a don Ismael no le sale la voz del cuerpo.

- Seguro.

Quien haya estado alguna vez en el vestuario de un equipo de fútbol después de haber perdido una final de Copa por uno a cero, en la segunda

parte de la prórroga, podrá hacerse una idea aproximada del ambiente que se respira en estos momentos en el rincón del Café Principal donde está reunido el Club de los Osos Traviesos. No se puede decir que el ánimo se parezca mucho al del primer baile de una celebración nupcial, ni siquiera al del momento en que se descubre, tras las oportunas operaciones matemáticas, que la declaración de la Renta sale "a devolver". Los miembros de la tertulia, a qué insistir, están tristes, alicaídos, carentes por completo de euforia. Sólo don Timoteo Malo de Barriga parece tomarse la situación con indiferencia, aunque no se atreva, por razones obvias, a realizar una imitación afortunada de los vecinos de la localidad de Medina de Rioseco la mañana del 22 de diciembre tras saber que han sido agraciados con el número íntegro del *gordo* de la Lotería Nacional.

Goyito permanece en silencio, mirando a lo lejos, como distraído. En realidad está pensando que de consumarse el óbito de don Simón, Dios le acoja en su seno, se producirán algunos movimientos para sucederle en la presidencia, momento en el que casi todos sus competidores estarán bajos de moral y, por razones inherentes a la naturaleza humana, indispuestos para discutir el puesto. Haciendo un repaso mental de los aspirantes, él se encuentra bastante bien situado en el *ranking* pues, faltando don Simón, serán trece los contertulios, mal número, -habrá que invitar a alguien más o prescindir de alguno, seguramente del canalla de don Timoteo, a quien con provocarle un poco bastará, dará motivos sobrados para que se le expulse- y los aspirantes, hoy por hoy, serían: don Timoteo Malo de Barriga, quien no sólo no tiene nada que hacer sino que, con un poco de suerte, se le podrá indicar el camino de la puerta; don José Trompeta y Trompeta, el médico, que cuenta con el voto seguro de don Ismael, por lo menos; y el más peligroso de todos, don Secundino Malparto Yqué, que ya viene ejerciendo la suplencia y además es el mayor de todos, algo que hasta ahora ha sido argumento definitivo a la hora de presidir el grupo. Don Gregorio, Goyito, no sabe con

los votos que podría contar, pero no muchos, desde luego. Más que don Timoteo, seguro, y por eso debe convencer a don Secundino de que no presente su candidatura y al doctor Trompeta de que el club le necesita en su actual posición de independencia, "aprendiendo de sus preclaras opiniones dictadas desde la base, no desde el poder" (un poco de halago nunca viene mal), mucho más que en esa otra posición moderadora e imparcial que requiere el cargo de presidente.

Goyito hace sus cuentas y concluye que, si el doctor no se presentase a la elección, tal vez utilizando un discurso progresista podría contar con el apoyo de los demócratas de la tertulia, a saber: el doctor, don Práxedes, don Manuel, don Camilo, don Eduardo y don Jacinto, con lo que sumaría siete votos, contando el suyo. En el mejor de los casos, don Secundino llegaría a..., aunque él también elaboraría un discurso similar, maldita sea, que él también es republicano, como don Simón. Otra posibilidad sería elaborar un discurso conservador, con lo que contaría con el apoyo de don Severino, don Justo, don Amadeo, don Ismael y el bestia de don Timoteo, si no se presentase, pero así sólo llegaría a seis votos y además se habría situado para siempre en un bando que no le gusta en absoluto. Así es que de razones ideológicas nada. Tendrá que pensar en otra estrategia.

Don Amadeo Serafín del Campo también está triste, pero más por él que por don Simón. Tan católico como es, no le tiene miedo a la muerte: al fin y al cabo es un encuentro con Dios; pero algo le dice que, por si acaso, mal vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. Además, eso de morirse es una ordinariez, una vulgaridad, hasta los más feos se mueren, un asco. A él, cuando le enseñen la tarjeta roja, dentro de muchos años por supuesto, le gustaría morirse en la cama rodeado de jovencitos guapísimos que llenasen la habitación de rosas, con música de Mahler de fondo y un efebo rapsoda recitando a Baudelaire, o a Lorca, y a ratos el Cantar del Mio Cid, tan recio, tan varonil, tan épico. Una muerte en rosa, como su sensibilidad, como su

delicadeza. Esta sensación, de repente, le aleja de la tristeza y le permite esbozar una inapreciable sonrisa de satisfacción que no le pasa desapercibida a don Práxedes Sanfermín Veleta.

- En qué estará usted pensando, don Amadeo -le dice.

- ¿Yo? -se sobresalta el elegante interpelado.- En nada, en nada...

- Pues sonreía usted -insiste don Práxedes.- Y no alcanzo a comprender...

- Pensaba en mis cosas. No sea usted pesado.

- Si nos lo cuenta, acaso escapemos de este prolongado silencio en el que nos ha sumido la desagradable noticia -vuelve a la carga don Práxedes-. Yo sugeriría que cualquiera de ustedes que tuviera algo que contar, aproveche este momento. A todos nos vendrá bien un poco de distracción mientras esperamos nuevas.

- Pues a mí no se me ocurre nada que pueda distraerles. Tal vez si don Severino nos contase algún episodio de la guerra en que hubiera intervenido... -don Amadeo se quita como puede el mochuelo de encima.

- Bueno, yo...-insinúa don Severino.

- ¡Retiro lo dicho! -interrumpe con brusquedad don Práxedes mientras un sudor frío le recorre la espalda-. Era por decir algo.

- Hasta ahí podíamos llegar -se indigna don Camilo.

- Si no te gusta el caldo, taza y media -refunfuña don Eduardo.

- Perdonen, no era mi intención... -se excusa don Severino, tan tímido él, tan apocado-. Pero como don Amadeo me invitaba a...

- ¿Tiene usted hora? -pregunta don Manuel al doctor, cambiando de tercio sin disimulo.

A don José Trompeta y Trompeta no le gusta que le utilicen como excusa para cambiar el tema de conversación en la tertulia y por eso mira al matemático y después baja sus ojos hasta el magnífico reloj de pulsera que luce en la muñeca su compañero. Luego vuelve a mirarle a los ojos con un

desprecio similar al que miró Napoleón a su ayudante de campo en Waterloo, al finalizar la batalla y, sin contestarle, respira hondo e interpela a don Eduardo Pequeño Valle:

- ¿Nada nuevo de su joven amiga, amigo Pequeño?

- ¿De Marita? No, nada. Que cada día está más mona. Un auténtico pimpollo.

- ¿Quién? ¿Martita? -don Justo desenfunda sus piezas de artillería pesada.

- ¿Lo duda usted? -le mira don Eduardo poniéndose a la defensiva.

- No -ríe el general-. Sólo tengo dudas acerca de su nombre. ¿Cómo dijo usted que se llama?

- ¡Basta ya de burlas, don Justo! ¡Que no está el horno!

- Bueno, bueno. No se me solivianta usted. ¡Vaya genio!

Nadie en su sano juicio pensaría que esa mirada perdida, esa boca entreabierta y ese aspecto general de ausencia que presenta el doctor Trompeta en estos momentos sean reflejo de sus consideraciones. Parece que no está pensando en nada, en nada importante claro, y sin embargo no es así. Don José está, en este preciso instante, considerando sus posibilidades de presidir el Club, y en el hermoso discurso de toma de posesión que en tal caso ofrecería a sus contertulios. En este momento no está mirando a nadie, tampoco oye nada. Su introspección es profunda. Piensa que don Secundino ha sido suplente de don Simón pero ello no le da carta de naturaleza para suceder al presidente, hasta ahí podíamos llegar, y que el pobre Goyito, con lo crío que es, no tiene la menor posibilidad, al menos si pretende enfrentar su candidatura a la suya. Por no hablar de don Timoteo, al que más le valdría no intentarlo. A don José Trompeta y Trompeta le hace ilusión presidir aquella tertulia, sería como vencer de manera definitiva la timidez que ha amargado su vida. Por fin puede estar a punto de llegar su momento, su gran momento.

Reflexiona acerca de las razones que moverán a los demás a aspirar a presidir el Club, y no se lo explica. A él le hace ilusión; no se trata de ambiciones de poder ni de reconocimiento; ni tan siquiera de sentirse en una posición de superioridad con respecto a sus amigos. Se trata de un capricho, una especie de sueño infantil. En cambio a Goyito lo que le atrae es dominar, poseer, sentirse importante y respetado, envidiado y admirado. Bajos instintos, sin duda. También está don Secundino, seguramente, quien lleva años esperando su oportunidad, y es que no hay nada peor que ser suplente, don José lo comprende a la perfección, porque suplir es sustituir temporalmente y constituye un estado de frustración continua al conocer el poder sin conseguir asentarse en él, usufructuarlo efímeramente, una tarde que don Simón no viene, un rato que don Simón se ausenta a hacer una gestión, unos minutos en que don Simón va al urinario. Debe de ser tremendo, lo comprende, pero aun así no está dispuesto a ceder, quiere ser presidente y ya está. Al fin y al cabo don Secundino debería estar ya acostumbrado a la suplencia y él está dispuesto a confirmarle en el puesto, por eso no van a discutir. ¿Y lo de don Timoteo? Eso sí que es como para pensarlo. A saber cuántas barrabasadas haría, cómo utilizaría la presidencia y con qué fines. Menudo pájaro de cuentas, don Timoteo.

Parece que Goyito, mientras le mira con fijeza, le estuviera leyendo el pensamiento. El doctor tiene un aspecto ausente, diríase que con la mente en blanco; pero Goyito siente las moscas revoloteando por sus lóbulos con la insistencia que se conoce en estos tercos insectos. Un par de movimientos de los labios de *Retrompeta*, como rezando, le han delatado. Goyito se altera, y sus nervios le traicionan.

- Se nota que está usted pensando en don Simón, doctor Trompeta -le espeta con brusquedad, en voz muy alta.

- ¿Eh? -da un respingo don José.

- O mejor dicho, en el puesto de don Simón -remacha Goyito.

Los contertulios miran sorprendidos a Goyito y después a don José, quien al sentirse descubierto se le sube el pavo. Goyito sonrío con maldad y don Timoteo, levantando apenas las cejas, piensa que aquello va bien, que dividir al enemigo es empezar a vencerlo. Don Secundino, presidente en funciones, no le da mayor importancia al asunto, cree que son cosas de Goyito, y asiste con indiferencia al diálogo hasta que don José asiente y entonces empieza a alarmarse.

- Muy cierto, Goyito. Pensaba en que si don Simón nos dejase, Dios no lo quiera, alguien tendrá que presidir nuestra tertulia. Y en este ejercicio puramente mental y reflexivo no se me ocurre quién pueda cumplir con tanta moderación e imparcialidad como don Simón el encargo. ¿Acaso tiene usted alguna idea?

El doctor ha estado muy hábil, Goyito es el primero en reconocerlo. Permanece en silencio, sin saber cómo responderle, y menos mal que don Práxedes intrviene porque ello le da ocasión de meditar al respecto.

- Un poco prematuro se me antoja -opina don Práxedes, con displicencia-. No sé yo si...

- Era por pensar en algo -comenta don José-. Por puro entretenimiento, más que otra cosa.

- Pero está muy bien -vuelve a mostrarse inquieto Goyito- Podríamos hablar de ello. ¿Y dice usted que no se le ocurre nadie, doctor Trompeta?

- No. Pensaba en mí, claro -dice con toda la naturalidad del mundo don José-. Pero no sé. Para tal responsabilidad necesitamos a alguien que cuente con la confianza de todos nosotros y en este caso...

- Puede usted contar conmigo -salta don Ismael como impulsado por un muelle del asiento que en ese instante se hubiese disparado sobre sus nalgas.

- Pues yo no puede decir lo mismo -Goyito se remueve en la silla, alterado-. No es por nada, doctor, pero opino que "el club le necesita en su actual posición de independencia, aprendiendo de sus preclaras opiniones

dictadas desde la base, no desde el poder, mucho más que en esa otra posición moderadora e imparcial que requiere el cargo de presidente", no sé si comprende lo que le quiero decir.

- Perfectamente, perfectamente -dice don José-. Pero aun agradeciendo su amabilidad, a mí me hace ilusión esa función, se lo digo sinceramente. Y no creo que desempeñándola mis opiniones fueran menos... ¿cómo ha dicho usted?, ah, sí, preclaras.

- Ilusión nos hace a muchos, si vamos a eso -replica Goyito.

- A mí, ninguna -dice don Amadeo.

- A mí, tampoco -se suma don Severino.

- No miren hacia aquí -se inhibe don Justo, el general-. Yo me retiré del mando a los sesenta y cinco y no tengo la menor intención de volver a ponerme las estrellas. Por no mencionar el hecho de que la única influencia que se ha podido comprobar que tienen las estrellas en la vida de las personas es dentro del ejército, y sólo allí. O sea que lo que es por mí, mientras que se mantenga un sano equilibrio entre la disciplina y la salud de la novia de don Eduardo, de quien todavía no he conseguido saber su nombre...

La mirada que acaba de dispensarle don Eduardo a don Justo no se puede describir.

- Entonces, ¿a quién le hace ilusión? -interpela don Manuel-. Deberíamos saberlo.

- Yo creo que don Secundino, como suplente, ha demostrado que posee excelentes cualidades -dice don Práxedes.

- Totalmente de acuerdo -Goyito no puede contener sus ímpetus-. Voto porque don Secundino siga desempeñando su función de suplencia.

- No sé si don Práxedes se refería a eso -interviene tímidamente el propio don Secundino.

- A mí me hace ilusión, sí -repite don José.

- ¿Pero si usted está sordo, doctor? Menudo presidente haría -se angustia Goyito-. Por no mencionar el hecho de que usted gasta calcetines de diferente color y no sale de casa los lunes, que es que está usted lleno de manías. Un poco excéntrico, vamos.

- ¿Excéntrico yo?

- Hombre. No sé qué decirle... Usted podría entrar directamente en el psiquiátrico y no le harían ni una sola pregunta. Y si les cuenta lo de los lunes, hasta le harían un recibimiento digno de un jefe de Estado. Porque doctor, eso de los lunes...

- Los lunes por la mañana. Sólo por las mañanas -se defiende don José-. Y por lo que respecta a los calcetines y a la supuesta sordera, no sé qué tienen que ver con el asunto que nos ocupa. Don Secundino no es que tenga una vista de lince, precisamente, y sin embargo preside de manera formidable cuando la ocasión lo requiere. Y no sé si comprende usted, amigo Tocino, que esto es una tertulia, no una orquesta, y el oído cumple una función sólo instrumental. En ningún caso más importante que el sentido común. ¿Comprendido, Go-yi-to? -el tono, parecido al que utilizaba Barbazul antes de descuartizar a sus víctimas, estremece a don Gregorio Tocino y Gordo, que da un respingo de incomodidad. Don José, consciente del impacto que ha producido en su oponente, no desaprovecha la ocasión para seguir castigando el hígado de su rival, convencido de que, de seguir así, la victoria por K.O. no se le puede escapar-. Además, cuento con algunos méritos que me parece inútil ocultar, como el hecho de haber cumplido ya los ochenta y siete años y, por tanto, tener una mayor experiencia que usted, por ejemplo, que apenas si ha cumplido los setenta y nueve.

- ¡Vamos, don José! -se irrita Goyito-. ¡No empecemos con eso! Además, ya conocemos sus tendencias a la exageración. Y cada día está usted peor. Antes se conformaba con echarse encima uno o dos años, pero su osadía ya ha sobrepasado todos los límites admisibles. Ahora se pone usted cuatro de

golpe. Usted tiene ochenta y tres, y ni uno más. No presuma, por favor. ¡Qué desfachatez!

- Propongo que zanjemos la cuestión -don Secundino desempeña a la perfección su papel moderador. Está trabajándose su futuro, qué duda cabe-. Que sepamos sólo ha manifestado su deseo de presidirnos el doctor Trompeta, no sé si alguien más está pensándolo y no se atreve. ¿Quiere usted añadir algo, Goyito?

- Bueno, yo... Si ustedes me lo solicitasen...

- ¿Pero lo desea o no? -la pregunta de don Secundino se formula con suma gravedad-. Díganoslo.

- Bueno, sí.

- ¡Haber empezado por ahí! -se reclina en su asiento el doctor-. Para eso no hacía falta que gastase tantos esfuerzos en oponerse a mi ofrecimiento. Se trata de usted, ¿eh? Pues bueno, si nadie se opone... Por mí...

- ¿Estamos de broma? -se revuelve don Camilo, que hasta ahora había permanecido en un discreto segundo plano, divirtiéndose con la polémica-. ¿Pero cómo va a presidirnos Goyito? ¡Si es una criatura! ¡Un poco de seriedad, señores!

- ¡Yo ya soy mayor! - se enfada Goyito-. Ya va siendo hora de que se me considere un poco, caramba.

- Nada, nada, ni caso -insiste don Camilo-. Yo creo que si don Secundino no quiere presidirnos, que para eso es el más veterano, la cosa está bien clara... El doctor...

- ¿Pero cómo pueden ustedes discutir en momentos como estos? -don Jacinto Rosas Lirio se indigna, intentando de paso recuperar un poco el protagonismo perdido, porque la verdad es que nadie le ha pedido detalles del mal de don Simón y eso, teniendo él la exclusiva como la tiene, escuece un poco-. Aún no está frío el cuerpo de don Simón y ustedes...

- ¿Pero es que ya se ha muerto? -don Ismael se echa la mano al pecho, aterrado.

- ¡No, hombre! ¡Era una forma de hablar!

- Pues le ruego a usted un menor énfasis dramático en su forma de hablar, por los Clavos de Cristo, que a mí me va a dar algo.

Don Timoteo Malo de Barriga, como puede observarse, está en silencio, sin intervenir. Si por él fuera, aplastaría con su dedo pulgar, como si de insignificantes insectos se tratase, a todos y cada uno de los miembros de aquella tertulia, a aquellos gusanos ambiciosos y sabihondos a los que desprecia como no se puede imaginar. Unos son unos pedantes, otros se creen muy listos, la mayoría se hacen pasar por buenas personas cuando en realidad son unos hipócritas abyectos y ruines. Cómo les odia.

Don Timoteo no se arrepiente de nada de cuanto ha hecho y ha dejado de sentir en su vida. A sus ochenta y un años puede decir bien alto y sin el menor rubor que jamás ha querido a nadie, que nunca ha sentido afecto por persona alguna y que ni un solo día de su vida ha dejado de encontrar algún motivo de peso para odiar al género humano. Una humanidad mezquina, egoísta y rastrera que lo único que merece es la extinción, y si él hubiese tenido acceso al botón nuclear, no lo hubiese dudado ni un instante. A lo largo de su vida, ha dado a todos los que se han cruzado por su camino lo que se merecían, empezando por su propio padre, a quien tuvo el placer de escupirle la cara a los doce años, un pobre e ignorante guardia civil. Se cambió el apellido (nunca se ha llegado a saber el verdadero) para no agradecerle nada, y si no le envió por correo un poco de su propio semen con una nota en la que le indicaba que ya no le debía nada fue porque no se le ocurrió, aunque le pareció una excelente idea cuando supo que Dalí lo había hecho con el suyo. A lo largo de su vida todo lo que hizo fue aparentar hacerse amigo de alguien para utilizarlo y obtener algo, para después, sin

ningún motivo que lo justificase, idear una manera de ofenderle, humillarle o intentar destruirle.

Cuando la rebelión franquista del 18 de julio, le importaban un bledo los bandos en conflicto y se mantuvo al margen escondido, sin salir de casa; pero cuando al acabar la guerra se dio cuenta de que estando con los vencedores podría hacer más daño, se hizo más franquista que nadie, se dedicó a perseguir a sus viejos amigos y él mismo, con sus propias manos, propinó palizas, denunció gente, se inventó acusaciones y entregó al fusilamiento a quienes, en otro tiempo, no le habían hecho sino favores. Pero, eso sí, siempre al frente de una pandilla de niñatos falangistas que le protegían si alguna resistencia se intentaba interponer a sus bajezas.

Odiando siempre, sin ningún afecto en su vida, se casó con una muchacha que era hija del presidente del Tribunal que le examinó para la plaza de Inspector de Aduanas, y que se la dio tras preguntarle su nombre y si sabía que, además de con Francia, con qué otro país tenía frontera España. Don Timoteo, por un momento, iba a decir Gibraltar, pero su suegro, temiéndose que el chico estuviese nervioso, le dijo antes de que contestase que muy bien, que con Portugal, y que podía retirarse. Dos años después su mujer le abandonó, su suegro murió del soponcio y él continuó su vida sin importarle nada ni nadie. Ahora convive con Lola, a quien también desprecia pero piensa que alguien tiene que lavarle la ropa y hacerle la comida, y la *guarra esa* le viene a las mil maravillas. Es de suponer que hay seres más despreciables que don Timoteo.

Estuvo a punto de ganar el premio Adonais, eso dice, y nadie quiere discutir con él de ello. Se sabe que su poesía es horrible, como él, pero no se merece el más insignificante comentario al respecto, por lo que todos aceptan su condición de poeta aunque nadie le haya leído jamás. Ahora, sentado entre ellos, les mira con todo el asco de que es capaz y decide no insinuar que aspira a presidirles porque "sería echar margaritas a puercos", piensa.

Son las seis menos diez de la tarde de un martes de febrero. Ya ha dejado de llover, ha anochecido y los viejos osos no se muestran muy dispuestos a hablar. Goyito ha perdido el primer *round* y todo le hace pensar que también el combate, por eso le embarga una tristeza como la que debió de sentir Larra dos minutos antes de que la pólvora de su pistolilla fuese machacada por el percutor con contundencia. Si don Simón se muere, don Secundino será el nuevo presidente; y si no acepta, lo será don José. Al menos eso ha quedado claro.

Don Camilo Toses Matoses tiene un alto concepto de sí mismo, todo lo contrario que don Severino Pérez Pérez, quien se siente tan viejo que no le importa que los demás tengan sobre él una opinión similar a la que se pueda tener de un bicho negro con patas encontrado al levantar una piedra plana en el campo. Don Camilo tiene un tan alto concepto de sí mismo que no aguanta que le interrumpan, que le lleven la contraria o que no le escuchen cuando habla, con lo que, al decir irónico de don Justo, lo hubiese pasado fatal como cristiano en Roma, y habría terminado haciendo excelentes migas con los leones. Pero es que hay que comprender que debe de ser muy duro para un hombre, después de vivir rodeado del reconocimiento público, con más de treinta novelas de éxito, traducidas a la práctica totalidad de los idiomas conocidos en Europa, y candidato al premio Nobel de Literatura, que ahora en su propio país le ignoren, e incluso le desprecien, sin haber conseguido a su regreso nada más que un recibimiento espectacular, tres días de aparición continuada en radios, televisiones, periódicos y revistas y, después, la nada, una dolorosa nada, total y absoluta. El olvido. En vano ha pretendido publicar alguna de sus últimas creaciones en las editoriales españolas: ahora no interesa, le han dicho; y él ha montado en cólera porque el derecho al pataleo está reconocido constitucionalmente, o al menos nada se dice *a sensu contrario* en la ley de leyes. Cuando se incorporó a la tertulia a su regreso del exilio, hacia 1978, propuso que se llamasen *Osos Traviesos*, y nadie se opuso

porque a todos les gustó lo de "Osos". La metáfora del talante, como adjetivo, no se molestaron en discutirla. Desde entonces don Camilo asiste puntual a las reuniones y no suele hablar mucho, pero cuando lo hace le disgusta profundamente que no le den la razón. De ahí que levante la voz con cierta frecuencia.

Tiene una voz profunda, rasgada, cavernosa. Ha fumado mucho, ahora apenas si enciende un pitillo de tarde en tarde y para celebrar algo o para calmar sus nervios, y está tan gordo que cuando se pone a régimen de adelgazamiento es porque ya no le sube la cremallera de la bragueta y no están los tiempos para cambiar de vestuario. Don José le recomienda siempre, como médico, que adelgace un poco y deje de fumar, pero estos consejos son tan atendidos por don Camilo como lo eran las peticiones del caballo de Atila a la hierba para que dejase de jugar a hacerse el muerto y se levantase, caramba, que el pisotón tampoco había sido para tanto. Ahora, por ejemplo, don Camilo está llamando a Ezequiel.

- Dígame, don Camilo -el camarero siente una íntima satisfacción cada vez que le llama un contertulio, se siente útil, y atiende solícito cualquier encargo.

- ¿Quiere hacer el favor de ver si Pancho, su compañero, tendría la amabilidad de darme un cigarrillo de los que él fuma? Es por no comprar un paquete. Para un pitillito que voy a fumar, no me parece...

- Por supuesto, don Camilo. Volando.

- Debería usted quitarse -don José lo dice con desgana, como una cantilena que recita por obligación profesional y en cierta medida moral pero que, a fuerza de repetirse, se queda tan sólo en eso, en una monserga.

- Ya sé, ya sé -responde don Camilo-. Pero usted debería saber, como médico, que el cáncer en los fumadores sólo aparece cuando dejan de fumar. El hábito nicotínico mantiene a raya a la enfermedad.

- ¿Quién le ha contado a usted semejante patraña? -don José oye por primera vez esta aseveración y le ha sorprendido. Le mira con interés, como lo haría por la lente de un microscopio si al fondo observara a un virus tirar los tejos a una bacteria, y vuelve a preguntarle:- ¿En dónde ha leído usted disparate tal?

- Conozco casos, conozco casos -la voz de don Camilo se engola un poco más si cabe.

- ¿Es eso cierto? -se alarma don Ismael, que no gana para sustos y se acerca a un estado crítico de hipertensión arterial-. Porque yo he dejado de fumar y...

- ¿Cuándo ha dejado usted de fumar, don Ismael? -la voz de don José es cansina, apenas desvelando una décima parte del aburrimiento que le producen las hipocondrias de su contertulio.

- Pues, déjeme pensarlo... Yo creo que... hace unos treinta y dos años. Sí, ahora lo recuerdo perfectamente, fue el día que cumplí los cincuenta y cinco. Recuerdo que tosía por las mañanas y un buen día, con una fuerza de voluntad que jamás pensé que fuese capaz de tener...

- ¡Quiere usted callarse, don Ismael! -don Camilo saca de lo más hondo de sí el mal humor que atesora-. ¡Me está usted interrumpiendo!

- Disculpe, pero eso que ha dicho me ha preocupado un poco. Porque ya sabe, yo...

- Sí, ya lo sé -sigue irritado don Camilo-. Usted está para que le den el Señor, pero a mí eso me importa un carajo, ¿entiende? Estábamos hablando el doctor y yo. ¡Y ya sabe lo que me molestan las interrupciones!

- No sé por qué se enfada tanto, amigo Toses -don Justo sonrío como lo hacen las mujeres cuando están a punto de salirse con la suya-. Al fin y al cabo está usted exponiendo una teoría que, o es merecedora del premio Nobel de Medicina o está a sueldo de las multinacionales del tabaco, y es

comprensible que el doctor se asombre y don Ismael se acojone, ya le conoce usted.

- ¡No es ninguna teoría, amigo mío! ¡Hechos! ¡Son hechos auténticos!

- ¿Hechos? -se indigna el doctor-. ¿Ha dicho usted "hechos"?

- Su cigarrillo, don Camilo -interrumpe Ezequiel trayendo una cajetilla de rubio americano en una mano y un mechero en la otra-. Permítame que se lo encienda.

- Muchas gracias, chaval -dice don Camilo encendiéndolo y aspirando una considerable bocanada de humo que después expele a las alturas con apreciable satisfacción. Ezequiel lo contempla encantado, disfrutando más viéndolo feliz que el propio escritor con el efecto sabrosón de la nicotina alquitranada-. Es cierto, doctor, es cierto. ¡Hechos! Mire, un buen amigo mío...

- ¡Un caso aislado! ¿No pretenderá convencerme con la exposición de un caso aislado, verdad? -el doctor no da crédito a la insistencia de don Camilo-. ¿Y cómo puede usted saber que, si hubiese continuado fumando, a su amigo no se le habría manifestado la enfermedad?

- ¿Puede usted asegurar lo contrario? -le mira con dureza don Camilo.

- Bah. Paparruchas -don José pretende dar por concluida la discusión-. No puedo aceptar su opinión, no es en absoluto científica.

- ¿No es científica? ¿Qué quiere decir con eso de que no es científica? -don Camilo se desborda como un río por efecto de una riada de septiembre en el Mediterráneo-. Sepa usted, amigo *Retrompeta*, que la ciencia no es un elemento estático sino dinámico, que cada segundo que pasa, en algún lugar del mundo, en la soledad de un laboratorio o sobre la mesa de un escritorio, son millares los hombres de ciencia que avanzan, investigan, descubren e inventan, hombres silenciosos que aciertan a resolver enigmas, a desenmarañar misterios, a aportar nuevos conocimientos a la humanidad para su bienestar y longevidad. Muchos miles y miles de esforzados investigadores

que crean y desmontan teorías con cada nuevo experimento, con cada mezcla obtenida en crisoles, probetas y palanganas, armados con un microscopio y un bolígrafo, y descubren que lo que ayer era herejía hoy es verdadero, y puede que mañana de nuevo sea una falsedad. Así es que fumar es muy malo, de acuerdo, pero ya se ha descubierto que es un remedio eficaz en la lucha contra la enfermedad de Parkinson y un antídoto excelente frente al contagio de determinadas enfermedades de transmisión vírica, como las gripes y los catarros. ¿Por qué no puede aparecer mañana en la primera página de los periódicos, a grandes titulares, que dejar de fumar produce cáncer, al igual que hoy se sostiene lo contrario? ¡Vamos, hombre! ¡Tolerancia! ¡La ciencia es tolerancia, doctor, tolerancia, y el concepto que usted tiene de tolerancia no es precisamente muy amplio, por lo que estamos viendo!

El doctor Trompeta asiente y calla. En el fondo, su amigo tiene razón, él lleva muchos años alejado de la ciencia médica y puede que se le haya pasado por alto algún descubrimiento reciente que don Camilo ha podido leer. Asiente y calla, lo que permite que su interlocutor se sienta bien, después de discurso tan vehemente, contundente y rotundo. Puede que hasta don Práxedes haya sentido una cierta envidia por no haber sido él artífice de pieza oratoria tan meritoria. Sólo don Ismael Rojo Igualada, atónito y confuso, se atreve a romper la magia de silencio tan prolongado, en el que se atisba entre los Osos una explícita demostración de admiración.

- ¿O sea, que cree usted, doctor, que debo volver a fumar? -los ojos de don Ismael podrían salir disparados de sus órbitas, con la brutalidad de un alud, al menor estornudo que se produjese en el otro extremo del Café.

- ¡Déjeme en paz, Igualada! -el doctor está que trina-. Es usted más pesado que un concierto gregoriano.

- Yo... -recula don Ismael.

- Así es que lo dicho -abunda don Camilo-. ¿Quiere alguien un pitillito?

Son las seis, pasadas unos minutos. Don Jacinto Rosas Lirio, que ha seguido con atención la discusión sobre el tabaco, vuelve a pensar en don Simón y duda en llamar a su casa por si pueden darle alguna noticia del sanatorio. Goyito, en su rincón, permanece sumido en la tristeza de la derrota, melancólico y sin ánimo, mesándose sin gracia la barba y meditando acerca de su porvenir en aquella tertulia, en la que no le va a quedar más remedio que seguir siendo uno más, y el más joven, por desgracia. Don Secundino no ha considerado necesaria su intervención durante la discusión y como buen presidente en funciones se ha limitado a seguirla con atención por si en algún momento era precisa una llamada al orden. Don Eduardo Pequeño Valle hace rato que ha cerrado los ojos y puede que esté echando una cabezadita, aunque lo más normal es que esté pensando en lo que una Martita cualquiera le procuraría de paz y gozo. Don Manuel Pi también se mesa la barba, como Goyito, pero tiene mucho más oficio en la caricia capilar. Don Amadeo, tan señor, tan fino, está empezando a deteriorar seriamente su imagen porque de nuevo está rebuscándose en el interior de las fosas nasales alguna excrecencia merecedora de expulsión y don Severino, el pobre don Severino, mira y remira a sus amigos y a todos les considera más preparados que él, más importantes, más sólidos. No se tiene en gran estima, no.

Sin una buena guerra que echarse a la boca, don Severino no es nadie. Vive para los recuerdos y para la nostalgia, no tiene aspiraciones a nada, ningún acontecimiento le ilusiona, ya no tiene futuro. Acaso está entregado a la muerte, resignado, y por eso la espera con tranquilidad, deseando que sea generosa con él y se lo lleve en un suspiro, sin dar demasiado la lata. Admira la seguridad de don Camilo, el buen humor de don Justo, la lucidez de don Manuel, la experiencia de don José, la elegancia de don Amadeo y la juventud de Goyito. El único por el que siente pena es por don Ismael, que vive aterrado con la posibilidad de morirse, como si a la muerte se la pudiese eludir, y ya no se siente afectado por el ataque de don Simón, al que si le ha

llegado la hora, bendito sea Dios. Sin saber cómo, de repente se sorprende a sí mismo hablando en voz alta.

- Quiero decirles a ustedes que ya no me encuentro afectado por la noticia sobre don Simón. He pensado en ello y me parece que, si se muere, será porque le ha llegado la hora, Dios lo ha querido así, y si no se muere hoy, se morirá mañana, o dentro de diez años, pero aquí nadie se queda. No creo yo que sea tan tremendo esto de morir. Además opino que la vida está muy bien, que la naturaleza es muy sabia: cuando se es viejo y llega la hora, es porque ya no queda nada más por hacer. Es como si en la escalera de la vida se hubiesen subido todos los peldaños. No sé si me explico bien, pero a mí, por ejemplo, no me importa morirme. Prefiero seguir viviendo, claro, pero el final no me parece tan espantoso.

- No hable usted de esas cosas, se lo ruego -implora don Ismael.

- ¿Y por qué no? ¿Acaso es que usted cree que nunca se va a morir?

- ¡Haga el favor! -don Ismael toca madera con sus dedos, pálido, descompuesto.

- En todo caso -comenta don Justo, el general-, es un alivio. Quiero decir que es un alivio que don Severino haya cambiado por primera vez de tema en veinte años y no nos está contando una de sus hazañas de guerra. ¿Se encuentra usted bien, mi sargento?

- No sea usted así, general -se apoca don Severino-. Me parecía que tenía que decirles a ustedes lo que pienso. Tal vez mañana sea yo quien falte a la cita.

- Bueno, bueno -replica raudo don Justo-, vamos a cambiar el rumbo de la conversación porque de seguir así, el último acto de Hamlet va a parecer un baile de carnaval si lo comparamos con nuestra tertulia.

- Aceptada la proposición -respira hondo don Amadeo, a quien la actitud de don Severino no le estaba haciendo del todo feliz-. Me parece una magnífica idea porque si lo que pretendemos es pasar la tarde y entretener

unas horas nuestra vida, por el cariz que van tomando los acontecimientos no se puede decir que nuestros propósitos se estén cumpliendo.

- Ha estado usted sembrado, don Amadeo -ríe don Justo con ganas-. Déjeme que le invite a una copita de coñac.

La respuesta visual de don Amadeo al general es difícil de describir. Como el momento en que Gary Cooper, en *Solo ante el peligro*, recoge los trastos tras mandar al otro barrio a los cuatro forajidos y se larga del pueblo con la chica, que es ya su mujer. No mira atrás, pero podía haber mirado. Si lo hubiese hecho, seguramente se habría visto obligado a ensayar ante el espejo la manera en que don Amadeo ha mirado a don Justo cuando éste le ha invitado a un coñac.

"Coñac: bebida de y para camioneros". Esta es la escueta definición de coñac que utiliza don Amadeo desde hace cuatro o cinco décadas. Cuando a los postres, en ciertas películas, un elegante caballero ofrece coñac a su invitado, invariablemente es "el malo" o, para su desgracia, es francés. En todo caso, un licor repulsivo, perfectamente etiquetado por la publicidad como "cosa de hombres", aunque para ser más honestos en el eslógan o lema deberían haber añadido el adjetivo "salvajes" al sustantivo. Don Amadeo siente por el coñac una especie de simpatía inversa, como la que mostraba Churchill por Mussolini, de tal guisa que aunque desapareciera de la faz de la tierra no sólo no lo echaría de menos sino que incluso sería capaz de celebrarlo bebiéndose el último coñac. Hasta ahí llega su aprecio por el bebibible y por eso don Justo, que de sobra lo sabe, no pierde ocasión de hacer rabiar al delicado ex-subsecretario con este tipo de ofrecimiento. "Las cosas de don Justo", se denominan en la diaria tertulia a las impertinencias del general, a su socarronería cuartelaria, al humor grosero y militarote que jamás hace la menor gracia a don Amadeo. "Las cosas de don Justo", así se llaman a las expresiones soeces del ex-militar, ex-alcóholico y ex-mujeriego que a fuerza de tanto "ex" ha terminado siendo, en opinión de don Amadeo, un ex-

cremento humano. No le cae bien, sin duda, y eso que es muy difícil caer mal a don Amadeo, que por la naturaleza de su excepcionalidad no se mete nunca con nadie y todo lo sobrelleva con dosis inagotables de resignación y paciencia.

La mirada del mariquita ha hecho mella en el ánimo del general, pero don Justo no se hace por ello mala sangre. Permanece en su risotada campechana, con sus ojos brillantes y risueños, aparentemente disfrutando de sus propias ocurrencias. Pero en su interior aquella mirada le ha dolido, le ha molestado mucho. Tiene ochenta y cinco años, piensa, y nadie va a venir a menguarle su alegría ni a coartar su libertad para decir cuanto se le antoje. Y menos aún un mariconazo de tres al cuarto, un aprendiz de dandy que tiene más apego por su sombrero nuevo y por su bastón que por cualquiera de sus amigos. No, no está dispuesto a que nadie le amargue la vida, o a que se la amarguen más de lo que ya la tiene, que aquí todo el mundo parece como si no pasara nada y nadie es lo suficientemente hombre para reconocer que si se viene a esta tertulia todas las tardes es por miedo, por ese terror que tenemos todos los viejos a la soledad, a esa fría soledad de la vejez, cuando nadie a nuestro alrededor sabe el miedo que tenemos a morirnos, el pánico que nos produce enfrentarnos en solitario a esa inevitable realidad, el terror a que nos sorprenda solos, sin una mano a la que aferrarnos. Muy listos todos, con una vida muy intensa, muy completa, muy reconocida, todo lo que se quiera, pero en definitiva una jodida vida que se está terminando, y que siempre acaba igual, en la soledad. Por eso están todos de mal humor, por eso no se admiten las bromas. Los viejos no somos cascarrabias por gusto, piensa el general, ni chocheamos porque se nos fugue el cerebro de vez en cuando a la nada, sino porque a veces estamos mirándonos el interior, aterrados por esa víscera que falla, esa pulsación perdida, y nos sumimos en tal estado que ni escuchamos lo que nos dicen ni acertamos a articular una respuesta coherente. El mal humor de los viejos es resultado directo del miedo a la soledad, que es miedo

a la muerte (la soledad de la vejez es un ejemplo prematuro de la muerte, un entrenamiento, diría el general si no le pareciese una reflexión más cursi que Mary Poppins, o simplemente ajena a él, más propia sin duda de don Simón, que para eso fue catedrático), y por eso hay que aguantar los malos modos de los viejos, el mal humor, la permanente predisposición a mostrarse uraños y enfadados. Pero la mirada de don Amadeo no le ha gustado y él, aunque siga aparentando una sonrisa espontánea, en realidad se encuentra muy afectado, con unas irresistibles ganas de darle un par de hostias a ese marica de ciudad, por lo que ha dicho... No, no por lo que ha dicho: por lo que ha hecho... Tampoco, no ha hecho nada que..., ¿o sí?, ¿qué es lo que ha pasado con don Amadeo? Maldita sea, esta memoria... Don Justo sabe que tiene algo contra don Amadeo, algo que acaba de ocurrir, pero ya se le ha olvidado. Su pérdida de memoria sería para alarmarse, piensa; cada vez le falla más, se le olvidan más cosas. Si don Justo fuese un sofá, se acordaría de menos cosas, pero tampoco de muchas menos.

Don Jacinto Rosas Lirio está inquieto. No puede permanecer quieto en la silla y por la cabeza le ronda la idea de que su maestro y amigo don Simón ha muerto. Para él es como un hermano: de él aprendió todo cuanto sabe y junto a él ha pasado la vida. No puede decirse que su enfermedad no le afecte, y mucho, pero en el fondo está pensando que tarde o temprano tenía que ocurrir, aunque no estuviese ni mucho menos para morirse, que hoy en día noventa y un años no son tantos, pues sí que no hay gente mucho mayor, que no hay nada más que mirar las necrológicas del *ABC* para ver que cada día se muere gente de noventa y ocho, noventa y cinco e incluso cien años. Eso sí, mujeres casi todas, que es que ellas viven más, no sabe cómo se las arreglan, pero siempre sobreviven a sus maridos. Para que luego digan lo del sexo débil... Tonterías. Don Justo, don Manuel y don Ismael son viudos, de acuerdo, tres de catorce (de trece, bueno, porque don Amadeo no cuenta), pero es que al lado de don Ismael lo más fácil es morirse de un infarto, todo

el día dando sustos con sus achaques; y la mujer de don Manuel, si mal no recuerda, murió en la postguerra de tuberculosis y eso no cuenta a efectos de longevidad. La mujer de don Justo murió por edad, la única, a los setenta y un años, la excepción que confirma la regla. Y don Justo tan ancho, como si tal cosa, que a fuerza de oírles decir aquéllo de "en caso de duda, yo la viuda", reconforta pensar que a veces el viudo puede ser también él.

Si don Simón se muere, doña Francisca Mota del Cuervo, Paquita para los más allegados, va a pasarlo mal. Ella tiene ochenta y ocho años y sigue siendo tan pizpireta como cuando tenía treinta. Se arregla mucho, siempre está elegantísima, parece una de esas señoras llevadas en parigüelas que salen en las revistas del corazón. Doña Paquita va a pasarlo mal, aunque ultimamente se queja mucho de que su marido no la lleva a ningún sitio y seguramente cuando enviude, como todas, será como empezar a vivir otra vez. Unos días de pesar, unas semanas de luto y un par de meses para planificar un viaje a San Sebastián o a Granada con unas amigas. Y después a merendar todas las tardes por ahí, mucho teatro, mucho cine y muchos viajes. Ya se sabe, viudas desconsoladas un mes, viudas alegres después. Eso se dice.

- ¿Les parece que llame a casa de don Simón, por si hubiese algo nuevo?
-don Jacinto se dirige al grupo, que anda un poco alicaído.

- Igual molesta usted -apunta don Secundino.

- O les da el gran susto. En casa estarán esperando una llamada del hospital -señala acertadamente don Manuel.

- En todo caso, convendría que estuviésemos al tanto -es don Amadeo quien habla-. A su familia le gustará saber que estamos preocupados.

- En eso tiene razón aquí, *Floridablanca* -sonríe el general-.

- Es usted un impertinente, don Justo -la seriedad de don Amadeo es pétrea-. Un día de estos se va a encontrar usted con lo que no desea.

- Basta, señores -eleva la voz don Secundino, que para eso está presidiendo-. Estábamos intentando dilucidar la conveniencia de ponernos en contacto con el hogar de don Simón.

- Por mí, aceptado -dice don Eduardo.

- Venga, hágase -sentencia don Práxedes.

Don Jacinto se levanta, no sin cierto esfuerzo. Se queda en pie unos segundos tambaleándose, hasta dominar el equilibrio, y se dirige despacio al teléfono, pasito a pasito, porque las piernas se le han entumecido con el largo rato que lleva sentado y le cuesta recuperar la necesaria circulación sanguínea sobre todo en las rodillas, que cada vez le obedecen menos. Don Justo le regaló una bicicleta de gimnasio hace unos años, para que moviese las piernas y se le endurecieran los músculos, pero don Jacinto todavía no la ha estrenado. Cada vez anda peor, el pobre, y como siga así terminará sentado en un sillón todo el día y ni siquiera podrá llegarse hasta el Café.

Mientras el discípulo y amigo de don Simón alcanza el teléfono, la tertulia se queda expectante, silenciosa. Don Amadeo parece desear decirle alguna cosa a don Justo y le mira, pero entre dos personas que han estado lanzándose indirectas hirientes toda la tarde, no es frecuente que la conversación adquiriera un tono animado desde el principio. Don Amadeo, haciendo un gran esfuerzo, traga saliva y carraspea, aclarándose la garganta.

- Don Justo...

- Dígame.

- Me gustaría que tuviese la amabilidad de tratarme con el respeto debido, en reciprocidad al trato que yo le dispenseo.

- No creo haberle faltado... No recuerdo...

- Usted y su arterioesclerosis progresiva... -se lamenta don Amadeo-. Con esa excusa, tiene patente de corso para decir lo primero que se le viene a la cabeza, ¿eh? Pues sepa usted que si me vuelve a aludir con nombres como

Floridablanca o similares, me veré en la obligación de dejar de dirigirle la palabra. ¿Estamos?

- ¿En dónde?

- ¿En dónde, qué?

- Que en dónde estamos.

- Bueno. Es usted imposible -don Amadeo se remueve en la silla y se aferra a su bastón, poniendo morritos. Entorna los ojos y se pone muy digno a mirar el fondo del Café, distanciándose de su contertulio lo más posible, al menos anímicamente.

Don Timoteo Malo de Barriga disfruta cuando se producen tensiones en el grupo porque le place que la gente de su alrededor discrepe, se lleve mal y se odie. El odio ajeno le acerca un poco más a sus semejantes. Don Práxedes, esta tarde, está muy callado, lo mismo que don Manuel y don Eduardo, que indudablemente no tienen su día. Demasiadas emociones, lo más seguro.

Don Jacinto Rosas vuelve a la mesa sin haber conseguido ponerse en contacto con el hogar de los Estébanez de Villajocundia. "Está comunicando su teléfono", informa, "luego volveré a intentarlo". Don Justo le dice que esos paseos hasta el teléfono, ida y vuelta, le van a venir muy bien para fortalecer las piernas, pero don Jacinto no está para bromas y mantiene un rictus de seriedad extrema en sus labios.

- ¿Qué ha dicho? -pregunta don José Trompeta y Trompeta a don Práxedes Sanfermín Veleta, que se sienta justo a su lado.

- Que no puede hablar, que comunica -levanta la voz don Práxedes cerca del oído de su amigo.

- ¡Bien, bien! -se aparta el doctor-. ¡Y no grite usted tanto, que no estoy sordo!

- No. Ya se nota -musita don Práxedes.

- ¿Cómo dice? -vuelve a preguntarle don José.

- Nada, nada -le dice, elevando de nuevo la voz-. Que su sensibilidad auditiva es excelente, indiscutiblemente.

- Pues claro -remacha el médico.

Don Eduardo Pequeño Valle se interesa cerca de don Jacinto sobre quién permanece en casa de don Simón que pueda informar con un mínimo de fundamento sobre la evolución del enfermo. Don Jacinto explica que está la chacha, alguno de sus nietos y puede que incluso su hija Teresa, por no contar al fiel Dreik ("se escribe Drake, ¿sabe usted?, pero todos le llaman Dreik"), el perro, de quien en todo caso existen dudas razonables de que, aun queriendo, pudiese informar con un mínimo de inteligibilidad a través del teléfono. Don Eduardo se queda asombrado de la respuesta, don Jacinto parece haberlo dicho con una seriedad absoluta, pero es inexplicable que un hombre tan cabal pueda hacer una referencia tan absurda. Los ojos de don Eduardo se han abierto con exageración, casi seguro alcanzando su máximo diámetro, y los de tres o cuatro contertulios más, entre ellos don José, don Severino y don Ismael, por no contar a Ezequiel, el camarero, se han puesto a competir en el concurso de ojos grandes. Don Jacinto, que no permanece ajeno al fenómeno, se da cuenta de que ha habido algo en sus palabras que ha llamado poderosamente la atención de sus amigos, y no sólo por la reacción de los señores citados sino porque sus palabras han cosechado dos o tres miradas de desprecio (don Timoteo, don Justo, don Práxedes...) y algunas otras de curiosidad (don Secundino, don Amadeo, don Manuel, don Camilo...), por no mencionar la sonrisa burlona que se ha dibujado en los labios de Goyito. Intenta, así, repasar mentalmente lo que acaba de decir y don Jacinto concluye que no debe encontrarse la razón en la señorita Teresa ni en los nietos, pues no hay motivo, luego no hay otra explicación que a aquella pandilla de mirones variopintos le ha sorprendido que don Simón disponga de chacha aunque, por mucho que se considere que en estos tiempos el servicio anda fatal, tampoco le parece que su existencia tenga que proporcionar

semejante capacidad de asombro. Sin contar, por otra parte, con que don Simón ya lo ha comunicado al Club en alguna ocasión, sin que entonces se entrase en este estado preagónico que observa en sus compañeros, un estado que más que de curiosidad, dijérase que fuese de asombro, de un asombro difícil de explicarse.

- ¿Ocurre algo, señores? -termina preguntando don Jacinto, más aturdido si cabe que sus contertulios.

- ¿Ha pronunciado usted la palabra "perro", por una casualidad, o ha sido una alucinación colectiva? -se interesa, con solemnidad, don Eduardo, recuperando el habla, pero sin terminar de dominar las consonantes.

- Perro, perro... -se rasca la calva don Jacinto, realizando un visible esfuerzo de memoria, tan evidente como el que realizaría si, olvidándose la noche anterior del laxante, por la mañana tuviese graves dificultades evacuatorias-. ¿Perro dice usted? No entiendo...

- Vamos a ver... -intenta hablar con calma y concisión don Camilo, mirando a don Manuel para obtener su aprobación lingüística y a don Práxedes para que confirme su claridad expositiva y elocuencia-. Usted acaba de decirnos, a preguntas de don Eduardo, que un tal Dreik, que no recuerdo cómo ha dicho que se escribe, es el perro de la familia, y que aun encontrándose en la casa, no sería fácil entender a través del teléfono su información acerca del estado de salud de nuestro presidente, ese señor regordete que suele sentarse en aquella silla.

- En efecto, eso he dicho.

- Y que al hablar de Dreik, usted se está refiriendo al perro, ese animal doméstico de cuatro patas que suele mover el rabo al ver que llega su amo.

- No es mala definición, no.

- Y lo ha dicho con la seriedad que le caracteriza a usted, y más en un momento como este, en el que estamos interesándonos por la evolución del estado de salud de don Simón.

- En efecto. Con toda seriedad.

Si la sorpresa inicial ya ha sido descrita, la que en estos momentos se apodera de la totalidad de los integrantes de la tertulia carece de adjetivación exacta. Los Osos están desconcertados. Don Jacinto, a la vista de la impresión que sus palabras causan, y temiendo que le suba la tensión arterial a alguno de ellos, mira a Ezequiel como suplicando ayuda, un poco de comprensión, tal vez una palabra del chaval que devuelva la normalidad al grupo.

- Pero, ¿qué he dicho? -pregunta a unos y otros sin entender nada, necesitando que alguien le muestre una salida a ese acorralamiento de miradas que le empiezan a asfixiar-. ¿Se puede saber qué demonios he dicho para que me miren ustedes de semejante manera?

- ¡Perro! -grita don Camilo desde las profundidades de su cavernosa voz-. ¡Ha dicho usted "perro"!

- ¿Y qué? -don Jacinto puede sufrir un mareo de un momento a otro e incluso un patatús.

- ¡Perro! -repite gritando don Camilo-. ¡Ha dicho usted con toda claridad que el perro de don Simón podría informarle de la salud de su amo, pero no por teléfono! ¿Es que está usted loco, don Jacinto? ¿Está trastornado? Pero, vamos a ver, buen hombre... ¿Desde cuándo un perro le puede informar a usted de algo? ¿Desde cuándo? ¿Quiere decírmelo?

- ¡Ah! ¿Se trata de eso? -sonríe don Jacinto, recuperando la calma con prontitud-. ¡Menos mal! ¡Menudo susto me han dado ustedes! ¡No les digo más que empezaba a dudar de mis facultades mentales...! ¿El perro? ¿Con que el perro? ¡El bueno de Dreik! ¡Haber empezado por ahí! ¡El fiel Dreik! ¡Ah, Dios mío!

Don Jacinto sonríe una y otra vez, respirando profunda y pausadamente, repitiendo una docena de veces frases idénticas o muy parecidas a las que cierran su intervención anterior, mucho perro, mucho fiel, mucho bueno, mucho Dios mío. El resto del Club empieza a notar, de una manera

increíblemente coincidente dada su variedad orgánica, morfológica, psicológica y anímica, que sus terminaciones nerviosas empiezan a salir a respirar un poco de aire por los poros de la piel, e incluso don Ismael se asusta, porque en el estómago comienza a sentir una especie de agarrotamiento, mientras nota que le falta el aire y una especie de ahogo le amenaza. Don Jacinto, insensible al estado general de la concurrencia, que en otras circunstancias provocaría un linchamiento, continúa sonriendo y repitiendo las mismas frases con una reiteración impropia de su formación cultural, tan enemiga de la redundancia. Y así por lo menos minuto y medio o dos minutos, tiempo que en las presentes condiciones se está empezando a antojar una eternidad.

- ¡Pero quiere aclarar un poco sus palabras, por todos los diablos! -se encrespa hasta límites desconocidos el bueno de don Severino, que jamás se hubiese atrevido a tomarse tal libertad si no fuese porque no puede resistir ni un segundo más la zozobra.

- ¡Eso es, cojones! -le apoya don Justo, con el exabrupto cuartelero que le es propio.

- Está bien, está bien -dice don Jacinto condescendiente, sonriendo todavía.

- ¡Vamos, hombre! -se suma don Secundino, tampoco falto de energía-. ¡Que nos tiene usted en ascuas!

- No sé de qué se extrañan ustedes -explica don Jacinto, totalmente tranquilo, concedor de que sus palabras tendrán las propiedades de un bálsamo y que sus amigos están pendientes de cuanto diga, una sensación de protagonismo que le gusta y en la que va a recrearse-. No sé de qué se extrañan. ¡El bueno de Dreik! ¿Conque el perro, eh? ¡Ah, Dios mio! ¡Se trata del fiel Dreik!

Algunos puños se crispan, algunas piernas se ponen en tensión, dispuestas para impulsar un cuerpo de ochenta y siete kilos sobre la yugular

de don Jacinto, y algunas respiraciones se hacen fatigosas, entrecortadas, nerviosas. En la cara de uno de ellos empieza a asomarse un tic exagerado, un guiño de ojo imparable, enérgico. Hasta que al fin don Jacinto continúa:

- No se extrañarían ustedes si conociesen al bueno de Dreik, al fiel Dreik. Porque no sé si sabrán ustedes que los perros son unos animales inteligentísimos, y que de entre las inteligencias naturales que ha dado la raza canina, el caso del bueno de Dreik es digno de aparecer en las enciclopedias específicas sobre el tema. Con decirles a ustedes que ya con cinco meses era capaz de atender a las órdenes de don Simón con una precisión encomiable... Pues el bueno de Dreik, para que ustedes lo sepan, es muy capaz de decir cómo se encuentra su amo, bastando para ello echarle una miradita. No importa si está o no presente don Simón. Dreik lo siente, es una especie de instinto natural que no es fácil de explicar. Si don Simón está enfadado, Dreik también. Si don Simón está triste, Dreik también. Es asombrosa la compenetración que existe entre ellos. Por eso les decía que, si pudiera verle, al instante les diría cómo se encuentra nuestro presidente en el disfrute de su salud. Dreik abatido, don Simón cadáver; Dreik juguetón, don Simón estupendamente. No creo que sean ustedes incapaces de entenderlo.

- No, no somos incapaces -respira profundamente don Manuel, y con él el resto de contertulios-. Muchas gracias por su explicación. Y ahora, si no le incomoda, vaya al teléfono e intente obtener alguna información. Ande, vaya, vaya.

- Sí, en seguida -empieza a levantarse don Jacinto.

- A ver si descansamos todos un poco -remata don Manuel-. Porque vaya tardecita que nos está dando, don Jacinto...

Son las seis y cuarto de la tarde. Los Osos están viviendo una de las sesiones más intensas de su tertulia desde su fundación. Sólo comparable a la de hace dos años y medio, un jueves del otoño de 1998, cuando a don Ismael Rojo Igualada le dió un soponcio y hubo que llamar a una ambulancia. Aquella tarde también hubo de todo porque, además del patatús que sufrió el autor de "*A un olmo no tan seco, no tan seco...*", a don Timoteo Malo de Barriga le dio por contar con todo lujo de detalles una faena que hiciera unos años atrás a un sujeto que le creía su amigo (un prodigio de ingenuidad, por supuesto), y la descripción de la guarrada estuvo produciendo náuseas durante toda la tarde a los miembros del Club, incluso hasta a los más insensibles y distantes. Y, por si aquéllo no hubiese sido bastante, don Camilo Toses Matoses y Goyito se habían enzarzado en una discusión sobre la conveniencia o no de cocer el agua de los macarrones con media cebolla y la cosa, que empezó suavemente con argumentaciones de criterios científicos, algunas citas de clásicos, intercambio cordial de opiniones sobre la subjetividad y el gusto de cada cual y un par de apelaciones al sentido común, terminó en un tris de llamar a la policía. Aquella tarde se recordaba, hasta ahora, como la más agitada de la ya extensa vida del Club, pero a partir de hoy ya nadie volverá a acordarse de ella.

Don Jacinto, camino del teléfono, tarda una barbaridad en llegar hasta el aparato. Está muy torpe, sus piernas apenas lo sostienen y si le obedecen es

porque ya no tienen ni ganas de discutir. Los Osos saben que hasta que don Jacinto vuelva con alguna novedad sobre la evolución del estado de salud de don Simón Estébanez de Villajocundia va a pasar un buen rato, y consumirlo en silencio puede ser muy aburrido. Por eso aceptan entrar en la conversación que les insinúa don Justo con su comentario.

- Vamos a echar un pitillito.

- Yo le acepto ese cigarrillo -se incorpora en su silla don Camilo.

- No deberían ustedes fumar -la monserga del doctor Trompeta reinicia su travesía hacia ninguna parte.

- No -se dirige don Justo a don Camilo-, que digo que vamos a echar un pitillito, no que yo tenga tabaco. ¿Usted tiene?

- No. El que he fumado antes se lo he pedido a Pancho mediante los buenos oficios de Ezequiel, ya lo ha visto usted -responde don Camilo-. Y no es por no comprarlo, que tampoco es para tanto el coste; es porque no entiendo esa maldita máquina. Nunca he conseguido desentrañar el misterio de su complejo mecanismo para que el artilugio expendiera una cajetilla.

- Fumar es un mal vicio -insiste don José-. Es fuente de infinidad de enfermedades cardiovasculares y respiratorias.

- Pero calma los nervios y evita tener desocupadas las manos, con lo que se evitan tentaciones de impregnar su huella en la mejilla de algún indeseable -opina don Práxedes, que fue un gran fumador.

- Para calmar los nervios, lo mejor es una buena ración de sexo -se ríe don Secundino, noventa años, raras veces caústico e irónico-. Claro que ustedes ya, a su edad...

- ¡Alto ahí, don Secundino! -protesta don Eduardo-. Que yo todavía estoy estupendamente de todo. ¡De todo!

- Si no, que se lo pregunten a Marujita -se burla don Justo.

- Eso es -don Eduardo no capta la sutileza de la guasa.

- ¿Pero qué estamos hablando de sexo, señores? -don Timoteo parece enfadarse-. El sexo es cosa de jóvenes, no de carcamales como nosotros.

- ¡No es verdad! -protesta don Manuel, dando un brinco que en sus buenos tiempos le hubiese valido un diploma olímpico.

- Eso no es cierto -añade don Severino, medalla de bronce.

- ¡Qué ignorancia, don Timoteo! -dice don Práxedes, antes de iniciar una de sus elocuentes intervenciones a las que ya tiene acostumbrado al grupo-. Pasando por encima el calificativo de *carcamal*, porque sin duda pensaba usted en sí mismo, comete usted un error de bulto, común a la ignorancia popular. Si está usted refiriéndose a su caso personal, pase, pero háganos el favor de no generalizar. No somos jóvenes, al menos no somos ningunos críos, pero de ahí a pretender usted castrarnos hay una notable distancia que no le consiento recorrer en los brazos de la mentira. Nunca hemos tratado este asunto con la seriedad que requiere, nunca hemos destapado nuestra intimidad hasta ese punto, pero si hay que hacerlo, se hace y aquí paz y después gloria. Por lo que a mí concierne, no tengo la menor duda de que la función sexual puede desarrollarse con normalidad hasta la más avanzada edad, si bien no sea comparable ni por frecuencia ni por fortaleza con la de los años mozos. Pero es igualmente satisfactoria, amigo mío, porque la necesidad biológica se satisface así y su satisfacción procura un placer concreto, muy grato. La altivez y fuerza del miembro ejecutor, naturalmente, ha perdido en orgullo, su solidez es menor, y lo que antaño podía compararse a la poderosa lanza hoy debe conformarse con parodiar a la prosaica morcilla, pero no olvide usted que estamos hablando de un músculo, qué demonios, y que como todos los músculos conserva su forma física en tanto en cuanto se le ejercite. Si usted, u otro cualquiera, no se sirve de él sino para orinar, le habrá ocurrido como a don Jacinto con sus piernas, que ya no le responden; pero si como coligo de las manifestaciones en algún caso exageradas de don Justo, de don Severino y de mí mismo, todavía sentimos energía bastante

como para admirar a las mujeres, y no sólo limitarnos a admirarlas sino que pretendemos calzarlas con esporádicos éxitos, y discúlpeme usted esta imagen zapatera no del todo afortunada, no creo que ni usted ni nadie tenga la menor autoridad ni ciencia para desmentirnos. Amén de nuestras esposas, claro es, que por lo que a la mía respecta disfruta alguna que otra noche de mi compañía, y sin querer resultar prepotente, el resultado no puede calificarse de desastroso, ni mucho menos. En definitiva, y no quiero monopolizar esta tertulia con mis palabras, le aseguro que el deseo está aquí, debajo de la calva, y que desde esta máquina se mueve el motor del músculo. Claro que si a usted no le funciona ni la una ni el otro, no me extraña su afirmación. Pero haga el favor de no medirme a mí por su rasero, que pincha en hueso, metafóricamente hablando, jé jé.

- Muy cierto, don Práxedes -don Manuel se adhiere de inmediato-. Suscribo sus palabras una por una. En mi caso, que como don Justo soy viudo, no hay semana que no precise desahogo de esa índole, y les aseguro, señores, que no soy ningún fenómeno de la naturaleza.

- ¿Y cómo pone fin a sus ahogos, don Manuel? -se interesa con cierta sorna don Justo, que quiere oírle confesar en público lo que ya sabe.

- Menos chufla y más seriedad, don Justo -le replica-. Que de sobra sabemos usted y yo la manera.

- Doña Carmen es una indiscreta -se ríe don Justo-. O acaso sus chicas...

- Bueno, bueno -corta la conversación don Manuel-. Lo único que quería decirles es que don Práxedes tiene razón y que don Timoteo ha vuelto a hacer gala de su ignorancia.

- Me suena todo a farol -musita don Timoteo, con una mirada sombría-, pero ustedes sabrán.

- ¡Como vuelva usted a dudar de mis palabras, me veré en la obligación de tomar medidas! -don Práxedes se incomoda, se le nota en las venas del cuello, hinchidas, y en una regular congestión que le tiñe la cara de rojo. Le

está mirando de una forma poco amistosa, por suavizar la expresión, y don Timoteo teme que la indignación de don Práxedes pueda no ser pasajera.

- Bien, bien, discúlpeme -se retracta el pérfido-. No quería decir eso. Le creo, naturalmente.

- Sea -concluye don Práxedes.

Mientras esta pequeña discusión se ha llevado a cabo, los miembros de la tertulia que no participaban en ella han adoptado las posturas más diversas, cada cual sumido en sus propias opiniones y sin terminar de manifestarlas porque la cuestión amatoria les pilla desentrenados o no les parece un asunto como para sacarlo de la intimidad. Don Ismael Rojo Igualada, por ejemplo, ha pensado que bastante tiene él con lo suyo como para andar arriesgándose a un fallo cardíaco con el ajetreo de una relación amorosa. Ya no se acuerda cuándo fue la última vez, pero en el fondo no le trastocó el fallecimiento de su esposa, cuando él tenía sesenta años, hace veintisiete, porque desde muchos antes no cumplía con el débito por temor a caer fulminado en uno de aquellos esforzados espasmos que ahora recuerda con terror e incredulidad, asombrado porque alguna vez se sometiera a semejante tortura. Escalofríos le dan sólo de pensarlo.

Don Secundino ha permanecido en silencio porque se está trabajando el puesto de presidente, por si las moscas, y sabe que un presidente debe guardar el mayor silencio posible, limitarse a intervenir si la ocasión lo requiere y no acumular protagonismos que no le son propios. Pero ha estado pensando que con Amparo hace de vez en cuando alguna locura, todavía, y que a veces le tienta el demonio de la calentura y que en esos instantes se siente hecho un chaval. Tiene razón don Práxedes, ha pensado, porque si a él, con noventa años cumplidos, aún le quedan ganas y energía, qué no será de sus amigos, que tienen hasta diez años menos.

Don José es médico y sabe que es verdad cuanto se ha dicho. Él, que permanece soltero y que nunca pretendió casarse, por timidez y complejo,

tiene atrofiadas sus facultades desde hace mucho, pero acepta científicamente los razonamientos acerca de la naturaleza del músculo sexual que ha esbozado el *Castelar* del grupo. Nada que oponer. Como tampoco opina en contrario Goyito, aunque en su caso es natural porque a su temprana edad las dudas al respecto le suenan extrañas, ajenas a él, y lo que ha estado pensando durante la disputa es que sus amigos tienen razón, que él es demasiado joven para compararse con ellos y que con conversaciones como aquellas es como no necesita que le expliquen por qué le consideran un crío al que todavía le queda mucho por aprender.

Los pensamientos de don Amadeo, tan peculiares entre los de los demás, han derivado por los caminos de la ensoñación y de la felicidad. El sexo..., cuánto sexo pudo haber en su vida y qué poco ha habido... Fueron tiempos difíciles, tiempos en los que tenía primero que justificar su soltería con el deseo de permanecer junto a su madre, después con no encontrar una mujer que le satisficiera y finalmente con que ya era demasiado mayor para casarse... Tiempos duros como rocas en los que, fuera del mundo de la farándula, por lo que tenía entendido, la homosexualidad era una prohibición social, una naturaleza a ocultar si se quería poder vivir una vida digna. Al principio, en su pubertad, cuando se dio cuenta de que era diferente a los otros chicos, vio en aquella “diferencia” la evidencia de que Dios le había elegido para siervo, y comunicó a sus padres el deseo de ingresar en un seminario. Años después, cuando un par de experiencias carnales en el interior del convento le revelaron que tampoco aquél era su camino, se salió sin cantar Misa, se licenció en Derecho y participó en la guerra civil junto a los vencedores, quienes le recompensaron con una subdirección general en Abastos, luego con una dirección general en Industria y, finalmente, con una subsecretaría en el Ministerio de Agricultura, en la que fue cesado cuando un artículo pretendidamente irónico de don Timoteo Malo de Barriga en *Pueblo* denunciaba sus tendencias feminoides, con todo tipo de juicios de valor y una

mala uva sólo explicable en aquel reptil que ahora compartía tertulia con él, esa sabandija que precisamente había conseguido una colaboración semanal en el diario gracias a la recomendación e interés del propio don Amadeo.

En su labor como funcionario público, el sarasa había conseguido ganar lo suficiente para vivir sin estrecheces el resto de su vida, así es que después de la guarrada se dedicó a la creación literaria y compuso algunos ensayos políticos de aceptable mérito.

Hasta entonces, su celibato había sido total, aunque sus maneras fueron tan finas, educadas y distinguidas que por fuerza habían de chocar con la recia masculinidad de un sistema político basado en la hombría, la valentía, la tradición y el imperio, un sistema de hombres muy hombres, sin tacha ni disconformidad, todos igualmente varoniles, mujeriegos y bebedores, flor del pundonor y el valor, como si no hubiera que ser mil veces más valiente para declararse distinto que para ser uno más de los que levantaban el brazo, entonaban himnos y caminaban de noche en camisa, a finales de noviembre, hasta el Valle de los Caidos, en busca del País de Nunca Jamás. Hoy las cosas son diferentes, piensa don Amadeo, y hasta en la televisión pueden verse a todas horas personajes populares que exhiben con toda naturalidad su homosexualidad o la declaran abiertamente, sin el menor rubor. Pero cuando él empezó a conocer jóvenes e invitarlos a su casa, eran los años sesenta y se moría de miedo hasta que se iban, y aún después, pensando en que lo podrían denunciar y terminaría en una celda sucia de una galería de la prisión provincial rodeado de hombres malcarados que se burlarían de él. Por eso nunca disfrutó de un sexo satisfactorio, ni siquiera tuvo tiempo de practicarlo y desarrollarlo. Su vida amorosa se limitó a toqueteos, algunos besos paternales y ciertas manipulaciones solitarias ante las imágenes provocadoras de determinadas revistas que llegaron a los kioscos una vez muerto el dictador, anteayer como quien dice.

Don Camilo está muy gordo, y no ejerce desde que acabaron los años setenta. Ha estado pensando que su masculinidad ya la tiene amortizada. Durante sus años de exilio en América se casó en Caracas, en donde todavía vive su mujer, y tiene hijos desperdigados por todo el continente americano, no sabe cuántos, aunque las últimas referencias antes de volver a España le hacían calcular que no menos de doce ni más de dieciocho o diecinueve, si vivían todos. En Río de la Plata, en Medellín, en Santiago, en Ciudad de México, en tres estados del sur de Estados Unidos, en La Habana y en una Guayana, tal vez la holandesa, sabía de alguno de sus hijos, diez o doce, e incluso los había conocido; pero de los demás sólo tenía referencias porque así se lo habían comunicado sus madres por escrito. Una larga vida muy intensamente vivida, con mucha literatura de ficción y mucha más basada en la realidad; amores y amorios, noches de farra y borracheras de siete días. Hasta el propio Hemingway, en persona, le había pedido en una ocasión que le organizara una fiestecita en La Habana, y compartió con él cuatro días en un estado de embriaguez tal que apenas si puede recordar cómo empezó y cómo terminó el festejo. Del intermedio, como es natural, no consigue acordarse en absoluto. El sexo y don Camilo... Dos entrañables compañeros de toda una vida, aunque desde su regreso, con los disgustos que le han dado los editores españoles, no ha tenido el cuerpo para nada. Como dice con frecuencia, con una entonación musical andina no carente de gracia, él ya no tiene el rabo para fiestas.

Es don Eduardo Pequeño Valle, por el contrario, quien a sus ochenta y seis años está para fiestas todos los días. Esa es al menos la opinión de todos sus contertulios porque no deja pasar una tarde sin hablar de esa muchacha con la que supuestamente se ve y de la que sólo falta por confirmar el nombre para que la convicción anide en todos ellos. Don Eduardo, mientras oía a don Práxedes, hacía pequeños gestos de aprobación de cada una de sus palabras y afirmaba, asintiendo con la cabeza, porque le parecía estar escuchándose a si

mismo, cuando se decía que por qué no podía tener una amante de veintitantos años, que con su mujer el sexo le venía aburriendo desde la década de los cuarenta y que una chica joven daría a su vida otro color. De hecho, como ateneísta, pasaba más tiempo en la cafetería del vetusto edificio que en la biblioteca, y no había día en el que no pegase la hebra con alguna de las muchachas que se dejaban caer por allí. Hasta que un día conoció a aquella chica, como demonios se llame, y su vida cambió. De esto hace casi dos años y desde entonces el sexo ha vuelto a ser protagonista de su vida, como nunca antes pudo imaginar. Después no ha tenido tiempo para pensar en más porque la referencia al *farol* que ha hecho don Timoteo le ha irritado tanto que si don Práxedes no hubiese respondido al mentecato con la dureza con que lo ha hecho, desde luego él no se hubiese quedado callado. El estúpido de don Timoteo, con esa cara de eunuco, no entiende cómo se atreve a salir de casa, siquiera.

Ezequiel, que merodeaba por la mesa y estaba esperando instrucciones para solicitar de Pancho un par de pitillos o para extraer una cajetilla de la máquina, que él sí que la entiende, ha seguido la disputa con esa admiración renovada que le producen las intervenciones de don Práxedes y no ha pensado en el sexo, sólo en la capacidad para hablar de ese orador inigualable, vaya pico de oro, medita, y ha despertado de su embeleso cuando don Timoteo (cómo es, parece como si la naturaleza hubiera estado pensando en crear una víbora y hubiese cambiado de opinión en el último momento) ha dudado de la veracidad de sus palabras. Ahora sigue de pie, al lado de don Justo, esperando a que le den el mandado de buscar unos pitillos, si es que ya no se han olvidado de fumar.

- Ezequiel -manda don Justo-. Haga el favor de facilitarnos unos cigarrillos rubios, de esos que saben tan bien.

- ¿Una cajetilla o sueltos? -pregunta el camarero.

- Una cajetilla, que un día es un día -dice don Camilo, buscándose monedas sueltas en sus bolsillos-. ¿Cuánto viene a costar?

Ezequiel le indica que los buenos cuatrocientas pesetas, y don Camilo se hace el remolón.

- ¿Cuatrocientas pesetas? ¡Vaya! ¡Ya pueden ser buenos!

- También los hay de doscientas setenta y cinco, producción nacional.

- No, no. De producción nacional nada -don Camilo no tiene un concepto demasiado alto de las manufacturas caseras-. No se hable más: haga el favor de pedir a su compañero Pancho un par de cigarrillos. Luego dejaré una buena propina, indíqueselo así.

- Marchando.

Don José Trompeta y Trompeta ya no sabe qué hacer para que sus amigos comprendan que fumar es una agresión al organismo, una forma de ir destrozando las vísceras del cuerpo. Un veneno colosal, amigos míos, dice de continuo, ¡colosal! Y añade:

- Si fumar fuese obligatorio, ¡cuántas revoluciones se hubiesen hecho!

- Doctor, haga usted el favor de dejarnos en paz con sus sermones. ¿Qué es lo que pretende? ¿Que entreguemos a la tumba un cuerpo sano? No señor. El otro día vi en la televisión una película muy rara, creo que era de un país centroeuropeo, checa o húngara, no recuerdo, y un personaje decía con toda la razón del mundo que a la tumba no hay que entregar cuerpos sanos, sino cuerpos destrozados, arrasados, acabados. Buena gana de conservar un organismo impecable, limpio, impoluto. Como si de esta manera no fuésemos a morirnos nunca. Nos moriremos igual, y no tengo la menor intención de mejorar los índices de calidad en la alimentación de cierta especie de gusanos necrófagos. Así es que déjenos en paz, por el amor de Dios, que ya hemos vivido bastante y un cigarrillo no va a arruinar a la industria funeraria española.

- Se va a morir igual, don Camilo -insiste el doctor-, pero los años que le queden de vida serán mejores, tendrá más calidad de vida.

- Sí, ya comprendo -interviene don Justo-. Se trata de no fumar, de no beber, de no comer con sal, de no arriesgarse con las mujeres, de seguir una infernal dieta alimenticia de enfermo... En fin, de lo que se trata no es de vivir, sino de durar. ¿Pues sabe lo que le digo, amigo Trompeta? Pues que muchas gracias, pero que no cuente usted conmigo. Tengo ochenta y cinco años cumplidos, ya he vivido todo lo que tenía que vivir y lo que me quede, mucho o poco, no estoy dispuesto a pasarlo encerrado debajo de una protectora burbuja inmaculada, por muy brillante que la haya dejado el limpiacristales o por mucho que me garantice dos o tres años de vida más. Ya tendré tiempo de descansar, no le quepa duda. Mientras tanto, por mí puede ahorrarse sus sabias palabras cargadas de buenísima intención. Yo digo como aquel: cuando me toquen las campanas, que me quiten lo bailado. Y le advierto que no me doy a la fabada todos los días porque luego me encuentro muy pesado durante la digestión y no logro acordarme del nombre de la novia de don Eduardo, que si no...

- Bromeé usted, bromeé -concluye el doctor sin más argumentos-. Que ya le pasará factura la vida.

- He pagado todas mis cuentas, amigo Trompeta. Sólo me quedan las cuotas del seguro de entierro. Y estoy al día.

- Lo que no he entendido bien ha sido esa relación que ha establecido entre la fabada y Marujita -don Eduardo mira con interés a don Justo-. Creo que no estaba muy atento en esa parte de su conversación.

- Nada, hombre. Me refería a que ambas son asturianas.

- ¿Martita? ¿Usted cree?

- Seguro.

Ezequiel llega de nuevo con la cajetilla de Pancho y ofrece su contenido a los señores. Sólo don Camilo y don Justo toman un cigarrillo y, cuando

Ezequiel, con el material ajeno en su mano, lo muestra a los demás por si algún otro se anima, Pancho, al otro lado del Café, junto a la barra, mira con un evidente disgusto por haber sido nombrado patrocinador oficial del Club de los Osos Traviesos sin ningún tipo de desgravación fiscal por el dispendio. Una mirada no del todo complaciente que se sume en los abismos de la consternación cuando observa que don Práxedes y Goyito, diciendo algo así como “bueno, un día es un día, yo también daré unas chupaditas a un cigarrillo”, hacen gasto y se suman al despojo. Ezequiel está encantado porque se siente útil a tan venerables clientes, todo lo contrario de Pancho que, de saberlo, con buena gana hubiese rellenado la cajetilla con cigarrillos explosivos para que aquél club de gorriones aprendiese la lección. Por no contar con el lameculos de su compañero Ezequiel, quien hubiera tenido más que merecido un cartucho de dinamita con mecha rápida introducido en salva sea la parte, con todo el mimo que se quiera, eso sí, pero un buen cartucho.

Por ahí llega don Jacinto Rosas Lirio del teléfono, con un semblante pálido y taciturno, caminando tan deprisa como sus inseguras piernas le permiten, o sea dos veces y media la velocidad punta de un caracol en época de secano o la mitad justa de una tortuga preñada de la especie quelonia, de esas que van un momentito al estanco de la esquina y se pierden completo un concierto de una sinfónica por la televisión, incluidos los bises y los intermedios. Don Jacinto termina llegando a la mesa (don Secundino no distingue su figura hasta que está tomando asiento, su vista no está peor que la de un juez de línea de un partido de fútbol pero casi), y ante el silencio de los demás, que esperan con ansiedad una información lo menos manipulada posible, resopla y dice:

- He podido hablar con su hija Teresa. Con el perro no ha habido manera. Su hija me ha dicho que le han comunicado del sanatorio que le devuelven a casa en un taxi porque andan un poco justos de ambulancias. No le han dicho más. No sé qué querrá decir todo esto: lo mismo le envían a casa

para que se muera allí, que le dan el alta porque todo se ha quedado en un susto. La esperanza es lo último que se pierde, señores, así es que, por muy mala pinta que tenga el asunto, no está tan feo como para que pensemos ya en hacer una colecta para una corona de flores con la tan socorrida leyenda “Tus amigos no te olvidan”. Estoy preocupado, se lo aseguro a ustedes. Es más, estoy consternado, pero ya lo dijo el difunto Miguel de Cervantes en su inmortal novela del ingenioso hidalgo: “La vida es un río de mierda y no nos queda más remedio que cruzarla con la boca abierta.”

Si hubiese que definir con un caso práctico el concepto de perplejidad, y no tuviésemos a mano un ensayo de Eugenio D’Ors, de Ortega y Gasset o de ese Fourier tan denostado por el insensible Proudhom o el insufrible Barthes, bastaría con echar una miradita a los boquiabiertos miembros del Club de los Osos Traviesos y decir: ¡Hé aquí un caso práctico que define el concepto de perplejidad! Porque los Osos, a pesar de lo que ya tienen vivido y de lo poco que pueda quedar en este mundo capaz de asombrarles, las palabras de don Jacinto les ha producido una fuerte impresión, una especie de rechazo a la mandíbula en el primer asalto antes de terminar de ajustarse la protección dental. Están atónitos, y don Jacinto se suma a la estupefacción pero sin entender si la actitud boquiabierta de sus compañeros se debe a las noticias acerca de la evolución del estado de salud de don Simón, que en todo caso son más bien escasas y desde luego no tan sólidas como para el estrago que han causado, o por alguna otra razón, algo así como si hubiesen observado en él que llevaba la bragueta abierta y a su través pudiesen haber visto unos calzoncillos malvas con retratos de doña Sara Montiel, es un decir. Don Jacinto, en un esfuerzo supremo para escapar de la conturbación, pregunta a sus contertulios:

- ¿Ocurre algo, señores? Porque no creo yo que lo que acabo de decirles sea de tamaña intensidad dramática. Al menos de momento...

- ¿Citaba usted a don Miguel de Cervantes, mi querido don Jacinto? -se sobrepone poco a poco don Camilo, acaso porque su piel tiene una mayor dureza que la de sus contertulios.

- Referencialmente, don Camilo -responde don Jacinto-. Sólo de forma referencial.

- ¿Y le citaba a propósito de Don Quijote, del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, según hemos podido oír todos, salvo acaso don José, aunque observo que él también? -insiste don Camilo, sin que su tonelaje le impida brincar en la silla como si por un momento hubiese sentido la necesidad de ver de cerca esa nueva grieta del techo del Café Principal.

- Evidente, don Camilo, evidente -vuelve a responder don Jacinto-. ¿A cuál si no?

Como si empezara la época del deshielo, como si los primeros rayos de sol bañaran los campos, como si las crisálidas se hubiesen trastocado en mariposas, como si los gorriones piasen en la pradera, como si el almendro se hubiese vestido de flores blancas, como si cervatillos y ardillas correteasen de aquí para allá, como si, en fin, la primavera hubiese llegado, los Osos van despertando poco a poco de su letargo y deciden participar en la conversación con toda la vivacidad, con la curiosidad de las crías campestres que se han asomado a la vida por primera vez a finales de marzo o principios de abril.

- ¿Y Cervantes dijo eso? -don Manuel no da crédito.

- ¿Lo del río y la vida? -añade don Eduardo.

- ¿Lo de la mierda? -pregunta el general.

- ¿Una definición de la vida tan poco optimista? -don Severino se extraña.

- ¿Tan radical y anarquista? -la pregunta parece agradar a don Camilo.

- ¿Tan..., no sé cómo decirlo? -Goyito no acierta a estar a la altura de los demás, como de costumbre.

- ¡Basta, señores, basta! -don Jacinto levanta la voz-. ¿A qué se están refiriendo ustedes, si puede saberse?

- A lo que nos ha dicho usted, carajo, no venga ahora con disimulos -don José, el doctor, parece enfadado.

- ¿Lo que yo he dicho? ¿Se puede saber qué es lo que yo he dicho? Que don Simón vuelve a casa, que se detectan ciertas dificultades para la obtención de una cama en el establecimiento hospitalario, que el regreso de nuestro presidente lo mismo podría significar que le han desahuciado como que su dolencia no reviste gravedad y que en cuanto se sepa algo más me llamarán aquí... No recuerdo...

- Y que Cervantes decía que la vida es un río de mierda y que... no recuerdo qué más -dice el general.

- Que no hay más remedio que cruzarla con la boca abierta -completa la frase don Secundino.

- Bueno, ¿y qué? -se asombra don Jacinto.

- ¿Cuándo dijo eso Cervantes? ¿Cuándo? -como inquisidor, Torquemada se hubiese quedado en una señorita de guardería en comparación con don José, que está francamente irritado.

- Pues no lo sé -se encoje de hombros don Jacinto-. ¿No lo dijo en El Quijote?

- ¡No! -siete u ocho las voces han completado un magnífico coro, tanto por ajuste vocal como por energía y contundencia.

- Bueno, pues lo diría en otra ocasión -se desentiende don Jacinto, bebiendo un sorbito de agua con una insolencia insufrible, mientras mira el techo del Café y desprecia las miradas de sus amigos-. ¿O es que alguno de ustedes puede asegurar que no lo dijese en alguna otra ocasión?

Las seis y media de la tarde. Es la hora en que el Café Principal está más animado. Todas las mesas están ocupadas, Pancho y Ezequiel no paran de trajinar de aquí para allá atendiendo comandas de naranjadas, colas, cervezas y cafés, y hasta don Vicente Pavón, el dueño, no puede detenerse a mirar la placa de latón en la que se certifica la partida de nacimiento del local. Su sobrino Fidel, siempre cerca, no da abasto, pero se esfuerza para que la clientela se sienta atendida con prontitud. Es uno de esos momentos en que los miembros de la tertulia pierden protagonismo en el Café, quedan relegados al fondo y ni el mismísimo Ezequiel, aunque quisiera, podría detenerse a rellenar las jarras de agua. Uno de esos escasos momentos en los que, cada día, don Vicente Pavón (miserable, ambicioso, comerciante insaciable) desearía que los viejos no estuviesen ahí, ocupándole dos mesas, porque algunos clientes entran buscando sitio, no lo encuentran y, tras esperar unos segundos, terminan marchándose a otro local. Entre las seis y las siete y media de la tarde el Café se llena de voces, risas y rumores, y en esa hora y media, según los cálculos de don Vicente, pierde entre dos mil y dos mil quinientas pesetas en las mesas de los ancianos, lo que al final de todos los meses supone una pequeña fortuna.

- Un guayabo, se lo aseguro don Manuel. ¡Un guayabo! -la voz de don Eduardo Pequeño Valle rompe sin venir a cuento el silencio en que momentáneamente se hallaba sumida la tertulia, con los ojos de sus miembros

dispersos por aquí y por allá atentos al trasiego de gente joven que entra y sale y a sus vestimentas y aderezos, que despiertan su curiosidad todas las tardes. Don Eduardo, por lo que se ve, estaba pensando en sus cosas y al encontrarse de forma casual con la mirada de don Manuel Pí y Salsosa le ha espetado esa información incompleta y después, ante la sorpresa que observa en la mirada interrogativa del matemático, añade castizo-: Si no fuese así no lo diría. Ya me conoce usted.

- Sí, ya le conozco -responde con un leve tono de indiferencia don Manuel.

Goyito se ha quedado mirando a don Eduardo, intentando descifrar el enigma. Piensa que se está refiriendo a él, que para eso es el más joven del grupo, pero ni aun así acepta con facilidad el piropo; en primer lugar porque el calificativo de guayabo se usaba en sus tiempos para las jovencitas de buen ver, no para los jovencitos, para quienes era más propio el término galán, o buen mozo, o incluso pollito; y en segundo lugar porque en todo caso no vendría a cuento un agasajo semejante en estos momentos, cuando la tertulia debería ocuparse en otros pensamientos de mayor interés y trascendencia. Goyito sufre, de tarde en tarde, ataques exagerados de ego, y entonces es cuando piensa que si empieza el Telediario es porque él ya está sentado frente al televisor, y si sale el sol es porque tiene frío. Este debe de ser uno de esos momentos.

Don Timoteo Malo de Barriga, que también ha mirado un instante a don Eduardo y después se ha vuelto a mirar a lo lejos, no ha podido evitar que sus labios esbozaran una ligerísima sonrisa, una de esas muecas suyas tan características que le nacen en determinadas ocasiones, por ejemplo cuando ve en la televisión a los famélicos niños etíopes devorados por las moscas, o cuando creyó que Milans del Bosch avanzaría con sus tanques hacia Madrid la noche del 23 de febrero de 1981. Una sonrisa casi inapreciable que no puede significar nada bueno, pues las tres últimas de esa índole que se le

recuerdan coincidieron con el terremoto de México DF, con las inundaciones de Mozambique y con el asesinato de un concejal. Ahora ha mirado a don Eduardo y ha sonreído igual, o sea que algo ha hecho no del todo piadoso, si puede permitirse tanta generosidad en la calificación de los hechos. A don Amadeo Serafín del Campo, que furtivamente ha mirado a don Timoteo y se ha estremecido al recordar su conocida sonrisa, no se le ha escapado el detalle, pero lo que no puede saber es que en estos momentos los siempre eficientes funcionarios del Cuerpo de Correos del Estado están clasificando por distritos postales miles de cartas, y entre ellas un sobre sin remite, con las señas del destinatario escritas a máquina, que contiene una hoja de papel escrita por el mismo procedimiento en la que se comunica a doña Ursula Purificación del Niño Jesús Atienza, señora de Pequeño Valle, que su marido se ve con una jovencita de veintitantos años, y que se lo dice un buen amigo para que tome las medidas que considere oportunas. Si de cualquier otro sujeto se hablase, con razón habría que averiguar las causas que han podido impulsar al delator a perjudicar así a una persona de su círculo íntimo, y cuál es la razón de su bajeza y qué ofensa grave está pretendiendo vengar con su acción; pero tratándose de don Timoteo Malo de Barriga no es preciso que haya causas causantes para la mezquindad, porque para él la maldad es un fin en sí mismo y no precisa de excusas.

- Lo que yo le diga, don Manuel -insiste don Eduardo-. ¡Un guayabo!

- Pero..., ¿se puede saber a quién diablos se refiere usted, don Eduardo?
-pregunta con aire cansino don Manuel.

- A Marita, naturalmente.

- Ah.

Nos hacemos mayores pero no nos hacemos mejores, se repite ahora mentalmente don Amadeo Serafín del Campo con los ojos fijos en el perfil hipócrita y miserable de don Timoteo Malo de Barriga, al que mal rayo le parta. Ha conocido a muchos canallas en su vida, personalmente o por

referencias, pero a su lado el estrangulador de Boston, el carnicero de Hyde Park, el jefe de la familia Mason, Al Capone y el mismísimo líder de los Ku Klux Klan le parecen unos tipos simpáticos a los que con gusto invitaría antes que a él a tomar un chocolate con churros en su casa un domingo por la tarde. Cada vez que recuerda que fue el causante del fin de su carrera política, después de haberle recomendado con tanto interés en el periódico vespertino, se le suben las bilis y siente una especie de rabia que no resulta nada beneficiosa para sus problemas de salud, sobre todo para la tensión arterial y el insomnio, pero es que lo que le hizo a don Jacinto Rosas Lirio tampoco es como para pasar por su lado en la calle una tarde de lluvia e invitarle a compartir el paraguas.

La historia, sucintamente expuesta, es la siguiente: don Jacinto publicó en su momento un opúsculo sobre Luis Araquistain de cierto mérito, en el que ponía de relieve la concepción vitalista del biografiado, una manera de comprender el sentido de la vida desde el optimismo, la alegría y, en ocasiones la frivolidad, un poco en la escuela de Charles Fourier y a medio camino entre la literatura de Joaquín Belda y el *savoir faire* de Groucho Marx. Araquistain, comprometido con el socialismo español, sector Largo Caballero, entendía que era del todo perversa la confusión entre ideología y seriedad, trascendencia, aburrimiento, gravedad, etc), algo que buena parte de sus correligionarios sostenían, y a pesar de que la obra de don Jacinto era un texto minoritario, dirigido a unos pocos amigos y a determinados discípulos interesados en la asignatura, y que no salió nunca del ámbito universitario, caer un ejemplar en manos de don Timoteo y estar siendo ojeado por el comisario en jefe de la Dirección General de Seguridad, fue todo uno. Y esa misma noche la edición era secuestrada, don Jacinto detenido y su ayudantía en la cátedra de don Simón declarada vacante y sacada a concurso de méritos entre el resto del profesorado de la asignatura. La razón por la que uno de aquellos libros llegó a manos de don Timoteo Malo de Barriga no fue otra

que porque éste mismo se lo solicitó a su autor, habida cuenta de la amistad que entonces reinaba entre ellos, o mejor dicho, de la amistad que don Jacinto brindaba a don Timoteo y que éste fingía corresponder; porque el profesor, a su vez, era amigo del director de cierto periódico católico en el que don Timoteo ansiaba escribir. Por fortuna, don Simón Estébanez de Villajocundia pudo salir fiador de su ayudante y arreglar el asunto, quedándose todo en un simple susto, pero el que don Jacinto no afilase una faca albaceteña de diecisiete centímetros y pretendiese con su punta averiguar tanto la densidad como el aspecto de la sangre del interior del duodeno de don Timoteo es un misterio que don Amadeo aún no ha conseguido desvelar, a pesar de las vueltas que le ha dado.

- ¿No les parece a ustedes muy raro lo del taxi? -dice el doctor Trompeta saliendo de una especie de ensimismamiento. Sus contertulios, regresando de un paraje muy parecido al que contemplaba el doctor, le miran intentando descubrir qué es lo que le parece tan raro. Por eso tal vez se siente en la obligación de proseguir:- Me refiero a lo que acaba de decirnos don Jacinto sobre don Simón. A mí me parece que muy grave no puede estar porque, si así fuera, aunque fuese para morir en casa, le trasladarían en una ambulancia, no en un taxi. Vamos, digo yo.

- Escasez de ambulancias, eso es lo que me han dicho en su casa -don Jacinto repite la explicación dada.

- No. El doctor tiene razón -don Eduardo Pequeño Valle, que para eso es Abogado del Estado, acaba de encontrar las claves del misterio-. Si estuviera para morirse, de ninguna manera le hubiesen trasladado en un taxi. Porque figúrense ustedes la papeleta, ¿verdad don Ismael?, si se produjese el óbito en el vehículo: juez de guardia, autopsia, líos para el taxista, papeleos... Ningún taxista es tan tonto como para correr ese riesgo. Decididamente no puede ser. Tiene razón don José: nuestro presidente no puede estar tan grave. No señores.

- Pues ójala sea así -asiente don Ismael Rojo Igualada, abogado, que todavía no ha recuperado el color ni el aliento, apenas si le sale la voz del cuello y la que le sale es temblorosa, asustada, como la que se atrevería a levantar un hermoso pavo el día de Nochebuena.

- ¿Cuándo tendremos más noticias? -quiere saber don Secundino.

- Si les parece vuelvo a llamar a su casa dentro de un rato -dice don Jacinto.- A las siete, por ejemplo.

- Espléndido, espléndido -asiente don Eduardo-. Pero no mucho más tarde de las siete, don Jacinto, que luego tengo una cita con quien ustedes ya saben y no desearía irme esta tarde sin estar totalmente tranquilo con respecto a don Simón.

- ¿Con quien nosotros ya sabemos? -ironiza don Justo-. ¿Ha quedado usted con el reumatólogo?

- Con el dentista no, desde luego -se suma don Práxedes-, porque sumando todos los dientes que nos quedan, a duras penas podría hacerse Machín un rosario.

- Celebro que estén ustedes de tan magnífico humor -finge reír don Eduardo, evitando exteriorizar su disgusto-. En todo caso, más vale que se lo tomen así. Porque mi dentadura es perfecta y, en mi caso, don Justo, no preciso de restaurador, se lo aseguro. No como otros, que están listos para el taxidermista...

- ¿A mí? ¿Se está usted refiriendo a mí? -se revoluciona don Amadeo, sin venir a cuento-. Porque no le consiento...

- Nadie estaba refiriéndose a usted, Flor de la Tertulia -se burla don Justo, con retintín-. Don Eduardo estaba hablando de don Secundino...

- ¡No! -sale al paso don Eduardo, alarmado.

- ¿De mí? -frunce el ceño don Secundino-. ¿Se puede saber por qué, don Eduardo?

- ¡Que no, que no! ¡No le haga usted caso a don Justo, por el amor de Dios! ¿Por qué iba yo a meterme con usted? Le aseguro que...

- ¿Retractándose, don Eduardo? -a don Justo le gusta jugar a meter cizaña.

- ¡No me estoy retractando, señor mío! ¡Simplemente intento aclarar la confusión a la que usted mismo nos has llevado! ¡Y haga el favor de dejarme en paz, que no tengo ganas de hablar con usted!

- Está bien, amigo Pequeño. Pero le recuerdo que ha sido usted el que ha empezado todo esto, con esa manía suya de decir que nosotros sabemos con quién tiene usted las citas. Y en esta mesa no tenemos ni la menor idea, ¿verdad, señores?

- Vamos, vamos, no se alteren ustedes -llama al orden don Secundino-.

- Déjelos -dice con desprecio don Timoteo-. Son como niñas discutiendo por un poco de polvos de arroz. Como niñas...

- Pues sí que... -exclama don Amadeo con un desprecio infinito mirando primero a don Timoteo y después a través de los cristales del ventanal, levantando las cejas y respirando hondo.

Hay una cierta tensión en las mesas del fondo, allá en donde la tertulia de los mayores está reunida sin su presidente y a la espera, precisamente, de conocer el alcance de su estado de salud y los estragos que la enfermedad haya podido causarle. Una tensión visible, como la que precedió a la Guerra del Golfo o la que siguió a la declaración de una nieta de don Eduardo Pequeño Valle cuando comunicó a su familia, mientras se comían el hermoso pavo del que hablábamos en Navidad, “que se iba a vivir con un tronco colega suyo, un menda guay con el que flipaba y que se metía de todo porque estaba asqueado de la vida y prefería vivir en el alucine en vez de en la mierda, y que ella estaba tan colgada como él y se abrían a una granja para cultivar yerba y esperar a la muerte”, añadiendo a semejante jeroglífico que “más valía un poco de nieve a todo un mundo de muermo”. La tensión

reinante en la tertulia, el nerviosismo que se ha apoderado de todos, está provocando cruces continuos de miradas y frases limitadas en su cordialidad, quedando para el recuerdo aquella sincera camaradería que les ha venido caracterizando desde hace más de veinte años. Don Amadeo, al que nunca le ha gustado meterse con nadie y creía que el miedo le impedía ofender a cualquiera de sus compañeros -él sabía que tenía mucho más que perder en cualquier enfrentamiento áspero-, está tan afectado que no tiene el menor reparo en agujonear a don Timoteo Malo de Barriga en cuanto puede. Don Justo Mayo Florido, general tan socarrón como inofensivo, siente unos extraños deseos de ser malvado con don Eduardo, y no pierde ocasión para ridiculizarlo y provocar su reacción, que en el fondo está deseando que se produzca de forma airada. Goyito, que se aclara la garganta continuamente, casi con toda seguridad impulsado por sus alteraciones nerviosas, odia a todos aquellos vejstorios que no le consideran y que no le permiten la menor opción de participar en la campaña electoral que ha de conducirle hasta la presidencia. Por no hablar de don José Trompeta y Trompeta, que no sabe si debe seguir insistiendo en la ilusión que le hace presidir a sus contertulios o, para no abusar más, proceder a cortarse las uñas de las manos, ajeno al fuego cruzado que se viene repitiendo desde hace un buen rato. Don Manuel Pí y Salsosa, cartesiano como él dice, conserva la cabeza fría, pero tan en apariencia como don Severino Pérez Pérez, uno pensando en la peste bubónica que inocularía, si en su mano estuviese, entre los miembros de la Real Academia, a ver si de una vez tiene ocasión de ser elegido, el otro esforzándose en hacer memoria porque está seguro de que algo tiene que contar a sus contertulios, algo que venía pensando por el camino pero que, con todo lo ocurrido, ahora se le ha olvidado por completo. Don Práxedes está agitado, está a punto de iniciar una elocuente intervención de las suyas, y don Camilo, más que dormir, reflexiona y odia.

Don Jacinto se cree el protagonista de la tarde y, cuando no le atienden, se revuelca entre los fangos del desprecio y la suspicacia. Por eso guarda un silencio que se suma a la serenidad forzada de don Secundino Malparto Yqué, presidente en funciones, y al terror que invade a don Ismael Rojo Igualada, hipocondríaco y achantado.

Las tensiones en el seno de los colectivos humanos no siempre son detestables; a veces, incluso, son generadoras de nuevos estados de ánimo y ayudan a que los miembros de ese colectivo se conozcan también en momentos de crisis. Aunque muchas veces se pagaría con gusto una parte de la pensión por evitarse según y qué situaciones.

Es como cuando Cristóbal Colón se dio cuenta de que su tripulación no compartía con verdadero entusiasmo su idea de llegar a las tierras de las Indias navegando en línea recta hacia el oeste con obstinación, una vez transcurridas dos semanas y media de euforia compartida. Aquella tensión, si hacemos caso a ciertos historiadores, pudo conducir a don Cristóbal, sin un deseo expresamente manifestado, a emular con cierta anticipación al profesor Cousteau y a conocer de cerca las maravillas inigualables de los fondos marinos, eso sí, con una piedra atada a los pies, en una posición no demasiado airosa y decididamente nada confortable una vez pasados un par de minutos, sobre todo.

Tensiones que se han repetido a lo largo de la historia en más de una ocasión; en este sentido cabe recordar, por ejemplo, la expresión circunspecta de María Antonieta subiendo con desgana los siete peldaños que le conducían a la guillotina, momentos antes de que su cuerpo y su cabeza presentasen una demanda de separación de mutuo acuerdo ante los juzgados populares franceses, terminando el siglo XVIII, que en ningún caso puede ser considerado un siglo exento de según y qué perjuicios contra algunos sobresalientes personajes históricos. O aquel otro momento de tensión que con tanto realismo retrata Woody Allen en *Sueños de seductor*, justo en el

momento en que por fin se decide a abordar a una chica en el museo y le pregunta sobre sus proyectos para el sábado, con la intención de concertar una cita con ella. La chica le dice que no puede quedar el sábado porque ese día va a suicidarse, así que Woody pregunta que, en ese caso, si tiene plan para el viernes.

Muchas han sido las situaciones tensas, pero si hasta ahora creíamos que la peor de todas fue la que Dios se empeñó en crear en Sodoma y Gomorra en un abrir y cerrar de ojos, al no encontrar hombres justos, en estos momentos convendría ponerla en segundo lugar a la vista de lo que está ocurriendo en el seno del Club de los Osos Traviesos.

Tampoco es que lo pasara muy bien Van Gogh en los últimos años de su vida, ni Mozart durante su postrera enfermedad, ni tan siquiera Napoleón en la isla de Elba; pero comparando a unos y otros, los Osos están sufriendo más. Al menos esa es la impresión que podrían dar a cualquier observador imparcial que se acercara por casualidad al grupo esta tarde. Y es que propenden a dramatizar en exceso sus apariencias cuando en el fondo casi todo les da igual, que bastante tienen ya cada uno con lo que tiene como para además andar preocupándose por lo de los demás.

Si don Amadeo odia la maldad de don Timoteo, don Práxedes desprecia la debilidad de don Severino, don José se burla de los pavores de don Ismael, don Justo se ríe de todos y Goyito les envidia y les distancia, éstas no son sino pequeñeces sin importancia en un mundo mayor que ni siquiera se molesta en contar con ellos para nada, que se resiste a comprender que precisa de su experiencia y sabiduría y que cree que cumple con ellos porque les entrega una pensión miserable y les permite seguir viviendo, esperando con indiferencia que se produzca su desaparición, para que las cuentas económicas del Estado mejoren. Una sociedad que les llama clases pasivas, jubilados o pensionistas, como si la pasividad fuese de ellos y no de quienes no hacen nada para que subsistan con la dignidad que merecen después de

una larguísima vida de trabajo, en unas circunstancias que en este siglo no han sido por otra parte envidiables, precisamente, con tantas salpicaduras de guerras, injusticias y tiranías, sobre todo en este país.

Se producen tensiones entre los Osos, desde luego, pero no peores que las que cabría esperar. Ahora están nerviosos porque una muerte cercana, o una amenaza de muerte, los tiene alterados, y es que quien más, quien menos ve en esa víspera su propia víspera. Aunque a don Severino no le importe, o diga que no le importa, y aunque los demás no conciban la muerte propia, el hecho les ha situado en una actitud bastante similar a la de una jauría de sabuesos plácidamente dormidos que de repente escuchan un ruido en el cuarto trastero. Levantan la cabeza, las orejas se les disparan como antenas parabólicas a la espera de percibir nuevas sensaciones acústicas y con la lengua humedecen su hocico, para oler mejor la menor corriente aromática que delate una presencia extraña. Los Osos están en esa tesitura, con la diferencia natural que sin esfuerzo puede establecerse entre una raza canina y unos señores con corbata, por muy distinguida que sea la raza o muy deficiente que sea el estado de conservación de las corbatas de los señores, o incluso de los propios señores. Y como es natural en semejante tesitura, habrá que coincidir en que no se puede esperar que los ánimos sean parecidos a un baile de carnaval, ni tan siquiera que se observe la franca camaradería de una cena de fin de acampada de una excursión por las sierras de Jaén de un grupo de jóvenes colaboradores de la Asociación de Defensa de la Naturaleza.

El caso es que el silencio en las mesas del Club contrasta vivamente con el murmullo del Café en estos momentos de ajetreo y algarabía. Mientras los contertulios están sumidos en sus pensamientos, el público en general ríe y se divierte y, en la barra, don Vicente Pavón piensa que su local es un buen negocio, sin duda, que no pasa de moda y que cada tarde es centro de reunión de todo tipo de gente, jóvenes y mayores, compartiendo aromas y ambiente, sin necesidad de músicas estridentes, luces tacañas o electrizadas ni camareras

de uno ochenta de estatura con la misma cantidad de ropa que la que estuvo de moda en el periodo musteriense, en el paleolítico inferior, cuando entre el hombre de Neanderthal y el brontosaurio o el saltoposochus, por no citar al deinoterio, las relaciones no eran del todo cordiales, si la expresión permite hacerse una idea de lo que se quiere decir. La afluencia de clientela fija o de paso por el local, después de tantos años, satisface a don Vicente Pavón, que contempla su Café con esa mirada tierna y bobalicona que en ocasiones aparece sin proponérselo en quienes observan a un gatito recién nacido buscando el interior del cuarto trasero de su madre para la satisfacción de su alimento diario.

Y es que el Café esta tarde, como cualquier otra, vuelve a parecerse a un hogar. Y sólo son las siete menos veinte, todavía.

Paulatinamente, la supuesta enfermedad y el aparente estado crítico en que se encuentra en estos momentos aquejado don Simón Estébanez de Villajocundia ha ido dejando su naturaleza de crisis esencial para ir transformándose en una excusa entre los respetables miembros del grupo. Lo que en sus comienzos fue un auténtico impacto que resquebrajó sus cimientos vitales, poco a poco se ha ido convirtiendo en un punto de referencia para los pensamientos más privados e íntimos, tan dispares como la personalidad de cada uno de ellos. La enfermedad, la cercanía de la muerte de un ser querido y admirado (es el presidente de todos ellos, sin que se haya cuestionado nunca su autoridad moral para desempeñar el puesto) supuso en los primeros instantes una especie de impresión que cada uno sintió de acuerdo a su naturaleza y carácter; pero con el paso del tiempo, con el lento transcurrir de los minutos de esta tarde especial, cada cual ha ido componiendo su propio dibujo de la situación, y cada uno también ha derivado sus sentimientos hacia aquellos paisajes en los que sus fantasías vuelan con mayor libertad. Los territorios de cada uno, las aguas en que mejor nadan sus sueños, son tan diversas que a estas alturas ya es imposible hacer coincidir sus colores, aromas y densidades.

Sin embargo hay un punto de referencia que ninguno ha sido capaz todavía de concretar y que está tan presente que, de puro obvio, ha pasado desapercibido, sin que nadie repare en ello. Está junto a ellos, tan unido desde

siempre que no ha lugar para que hoy se hiciese una excepción y se le tuviese en consideración. Es, para no alargar más el relato ni proseguir en circunloquios innecesarios, esa silenciosa compañía en forma de pregunta que todos se han hecho alguna vez y que, por miedo, nunca se han contestado en voz alta. Es, digámoslo, "*Por qué están ellos allí*", por qué cada tarde se acercan hasta el Café con una puntualidad extraña y, aunque haga frío o calor, llueva o sople el viento, se sientan más o menos predispuestos para salir a esas horas de casa y recorrer en algunos casos una considerable distancia. Por qué.

Todos se lo han preguntado a sí mismos alguna vez y todos se han respondido, pero de inmediato se han pasado la mano por la frente para borrar el mal pensamiento y entregarse a otras ideas menos deprimentes, menos patéticas. Todos saben que la respuesta tiene un nombre: soledad, y que para huir de su compañía siguen asistiendo a la tertulia, día tras día, con una terquedad a prueba de bombas, porque así cuando despiertan saben que también ese día tienen algo que hacer y al acostarse rezan en silencio al día siguiente porque también entonces tendrán una excusa para seguir viviendo.

Ahora, precisamente ahora, don Práxedes Sanfermín Veleta, que lleva un rato con ganas de hablar, está elaborando en su cabeza un discurso de los suyos, elocuente y grandilocuente, cuidadoso con las leyes de la gramática y de la oratoria, sin despreciar la retórica ni perder de vista la ironía, y ahora es cuando acaba de encontrar un comienzo suficientemente llamativo como para atraer la atención de sus contertulios, un poco dispersa en la variopinta fauna que habita el Café, y que le escuchen con cierta amenidad. Don Práxedes carraspea, aclarándose la voz, y se remueve en la silla.

- Amigos míos. Todo discurso dirigido al gran público debe empezar con esa frase de *Seré breve* que, de no decirse, haría aún más breve el discurso, luego constituye una contradicción en sí misma. ¿Se dan cuenta ustedes de lo que quiero decir con ello?

Si lo que se proponía don Práxedes era concitar la atención general sobre sí mismo, no hay duda de que en sus palabras hay suficiente originalidad y calidad especulativa como para que unos y otros de entre sus contertulios se pregunten qué pretende ahora el pesado de don Práxedes y adónde querrá llegar con expresión tan oscura como fuera de lugar. Pero como los seres humanos tienen escasa resistencia a todos los fenómenos derivados de la curiosidad, los tertulianos no podían constituir una excepción a la regla y, retomando cada uno la posición que más adecuada encuentran para seguir la plática de don Práxedes, todos se aprestan a escucharle, incluyendo don José que, por sus escasas resevas auditivas, se inclina un poco sobre el orador e incluso se ayuda con una mano en su oreja, abierta en forma de pantalla, para no perderse una coma de las señales que le van a ser enviadas. Don Práxedes observa satisfecho que su argucia ha obtenido el éxito que deseaba y se presta a dar salida a la pregunta que ha hecho y a la que nadie parece tener la menor intención de responder.

- Decía que si se dan cuenta ustedes de lo que acabo de decir. Y lo decía porque aunque imagino que sí se dan cuenta, también porque se preguntarán a qué viene introducción tan intempestiva, carente de lógica y aparentemente desafortunada. Pues no, señores: nada de eso es cierto. Es una introducción que, como señala el gran Catulo, llama al auditorio a la simpatía y a la sana apetencia de escuchar a quien así comienza, pues resulta un principio ligero, en absoluto enrevesado, ciertamente cómico e incluso con un lejano regusto a mordaz. Y una vez llamada su atención -don Práxedes vuelve a carraspear con una envidiable perfección que levanta admiraciones en don Ismael y en Goyito, que son quienes peor practican tal acción-, quisiera expresar en voz alta una reflexión que desde hace tiempo se viene incubando en mi cerebro y creo llegada la hora oportuna de hacerles partícipe de ella, aun a fuerza de resultar un poco compleja para quienes, no como ustedes, desde luego, carezcan de una mínima capacidad de concentración cuando de desbrozar

consideraciones intelectuales se trata. Hé aquí, pues, que llevo un largo tiempo pensando acerca del motivo que nos trae aquí todas las tardes a todos nosotros, la razón que arrastra a señores de tan limitadas facultades físicas a concentrarse para hablar o permanecer en silencio, para discrepar e incluso soportar el sufrimiento de verse las caras, con lo cómodo que se estaría a estas horas en la casa de cada uno haciendo una siesta, dormitando ante el televisor o siguiendo las estúpidas peripecias de amoríos sin cuento en lo que mi señora llama seriales y que, al parecer, hoy se califican de telenovelas, que por lo que tengo entendido no carecen de envidia, no, y en ocasiones hasta de un hermoso clima narrativo. Y bien estarían respondidos mi asombro y perplejidad si en estas reuniones se obtuviese algo de provecho, ya fuese material o espiritual, pero después de tantos años me ha parecido extraer la consecuencia de que al no ponernos jamás de acuerdo en nada, al no conspirar para obtener en el mundo una parcela de poder, por pequeña que fuese, y al no contarse entre nosotros con alguno que disfrute de fortuna personal bastante como para hacer frente de su peculio al gasto colectivo del café, comprenderán ustedes mi estupefacción por nuestra pertinacia y tozudez, por nuestra continuidad y presencia, por nuestro reincidente actuar, y coligo finalmente que, o bien estamos todos locos de remate, o lo que nos sucede es digno de figurar en los anales de la Enciclopedia *De Las Cosas Extravagantes Que Nunca Debieron Existir*. Le he dado muchas vueltas, muchas, créanme, y una vez descartada la primera explicación, porque ni yo mismo me considero merecedor del alto privilegio de engrosar el ejército admirable de los Locos de Remate, ni por desgracia ninguno de ustedes tampoco, he concluido que una y sólo una es la razón que nos congrega, y ella no es otra que la cobardía, el miedo y la impotencia. De ello quería hablarles. Les agradezco su atención y les invito cordialmente a que me ayuden a salir de esta confusión.

Las palabras de don Práxedes (¡qué lástima que se las haya tenido que perder Ezequiel, con lo que le hubiesen gustado!), han dejado de piedra a sus contertulios, extrañados tanto por una conclusión tan poco airosa para sus respectivas estimas como por el hecho de que semejante intervención se les antoje un poco fuera de lugar, en momentos como aquellos, en los que quien más, quien menos, estaba dándole vueltas a sus propias reflexiones, en absoluto tan directas como la que acaban de escuchar. Don Secundino, que como presidente interino tiene la obligación de impedir que la sorpresa se prolongue en el tiempo de manera excesiva, interviene para señalar que está bien clara la razón que les congrega, y que ella no es otra que la dicha de disfrutar de sobremesas reposadas entre buenos amigos y conversadores expertos. Y concluye:

- De buena amistad, y no de otra cosa, está hecha nuestra razón, don Práxedes. Nada de miedos ni cobardías.

- ¿Amistad? ¿Buena amistad? -don Jacinto Rosas Lirio inicia una sonrisa nerviosa que se amplía más y más hasta convertirse en una estruendosa carcajada que termina por congestionarle y a punto está de ahogarle en espasmos de tos, de no ser porque don Justo le da unas palmaditas en la espalda. Don José le pide tranquilidad y don Camilo le da el vaso de agua para que su aparato respiratorio vuelva a acomodarse en su lugar. Dos lagrimones se deslizan por las mejillas de don Jacinto, que todavía conserva un color rojo fuerte en su cara y en su espléndida frente sin fin, hasta que se las limpia con el pañuelo, deja de toser y recobra su sonrisa-. ¿Amistad? ¡Usted sí que está loco de remate, don Secundino! ¡Don Práxedes no había reparado en usted; si no de qué va a excluirmos a todos de ese *privilegio*, como él lo ha llamado!

- De amistad nada, amigo Malparto -se adhiere don Justo sin reservas-. ¿Cómo puede hablar usted de amistad entre nosotros y don Timoteo, pongo por caso? Un auténtico disparate.

- Pues entonces será otra cosa -recoje velas el presidente suplente.

- Lo que yo decía -dice don Práxedes-. Miedo, cobardía, impotencia...

- Tampoco creo en eso -interviene don José Trompeta y Trompeta-. Más bien, en la costumbre, en la rutina, en...

- No, no, ni hablar -levanta la voz don Eduardo-. Es la libertad, la oportunidad de poder salir de casa sin tener que dar explicaciones a la mujer, que en otro caso nos mantendría enjaulados como si fuésemos canarios amarillos.

- Si así fuese, su razonamiento sólo tendría validez para aquellos de nosotros que permanecemos casados -argumenta don José-. Los solteros, como es mi caso, o el de don Amadeo, y sobre todo los viudos, entre los que distingo a varios aquí, no vendrían.

- Es que ninguna de éstas son las razones, amigos míos -es don Camilo quien interviene-. La razón hay que buscarla en la necesidad natural del ser humano en reunirse, en compartir, en intercambiar. Los Incas, al respecto, tenían una teoría que..., en fin, no creo necesario explicarles a ustedes que no debemos olvidar que somos animales gregarios.

- Yo no -dice don Timoteo-. En mi caso...

- Ya lo sabemos -le corta don Manuel-. Usted es sólo animal, sin adjetivo calificativo. Pero creo que hay un poco de verdad en todo cuanto se ha dicho. Para algunos la razón estará en reunirse, sin más, por ese espíritu gregario que comentaba don Camilo. Otros, sin duda, nos tendremos aprecio e incluso cariño o admiración, y no necesariamente todos, don Justo, pero sí entre algunos. Y puede que haya quien, como don Eduardo, encuentra en esta tertulia una excusa para salir de casa y sentirse un poco más libre, para satisfacer esa necesidad vital de airearse y no permanecer en una jaula que en otro caso le acabaría asfixiando. Por no contar con quienes acudan por mera rutina, por costumbre, por un hábito que ya se ha convertido en consustancial a su propia vida. Pero, sean cuales sean las razones, y cada uno las tendrá

como propias, también creo entender lo que decía don Práxedes en lo referente al miedo, la cobardía y la impotencia. En efecto; es más que posible que la clave se encuentre en esa palabra que rara vez se ha pronunciado aquí y que no es otra que soledad, el miedo que los viejos tenemos a la soledad, a afrontar en solitario la etapa final que nos queda por recorrer inmediatamente antes de cruzar la meta, una meta que, esa sí, cruzaremos en solitario, y perdonen ustedes esta imagen ciclista, pero me parece tan gráfica y ajustada a lo que quiero decirles que no me queda más remedio que servirme de ella. Y esta soledad nos asusta, nos impone un respeto tan grande que se convierte en miedo, y el miedo es consecuencia de la cobardía o de la impotencia. Reconozcamos pues, señores, que yendo en pelotón, en esta última etapa, nos sentimos más arropados frente a las inclemencias del tiempo, y que nuestro pelotón, al revés de lo que es habitual en el del Tour de Francia o en el de la Vuelta a La Rioja, pongamos por caso, no cuenta entre sus elementos con esforzados deportistas que intenten escapadas, sino todo lo contrario, porque aquí no sólo nadie desea escaparse sino que aspiramos todos a llegar a la meta con cuanto mayor retraso mejor, y que sean otros los que se adelanten en todo caso, que por lo que a nosotros respecta, nadie aspira a ese triunfo paradójico que es el del ramo de flores y el del beso de la muerte por haber llegado el primero. Por ese miedo, como decía don Práxedes, es por lo que venimos aquí, huyendo de la soledad de las escapadas y prefiriendo la compañía de otros seres que, como nosotros, corren la última etapa. Pagando a veces un precio altísimo, como es tener que soportar la presencia de don Timoteo, las batallitas de don Severino o las burlas de don Justo, pero así es y bien está.

- ¿Saben que me estoy hartando de todos ustedes? -don Timoteo, por primera vez en su largo periodo de permanencia en la tertulia, ha destapado sin complejos su mirada de víbora con dolor de muelas, y además de modo intempestivo-. Pero, ¿qué es lo que pretenden ustedes cebándose en mí,

pandilla de buitres? Porque si se alguno se cree que con tanta estupidez va a conseguir que deje de asistir a la tertulia...

- No caerá esa breva -susurra don Amadeo.

- Ya me gustaría, ya... -comenta don Jacinto a don Eduardo, al oído pero suficientemente audible para todos menos para el doctor, naturalmente.

- Por mí... -se desentiende Goyito.

- Pues si lo que desean es que deje de asistir a la tertulia -prosigue don Timoteo-, sepan ustedes que mi deseo es que puedan disfrutar de una larga vida para seguir deseándolo, porque yo de aquí no me muevo, señores, se pongan como se pongan y tenga que soportar cuantas impertinencias tenga que soportar. Y aquí esperaré a que vayan llegando los días en los que con cada uno falte alguno de ustedes, que me será grato saber que uno a uno va precediéndome en esa meta de la que hablaba don Manuel, prometiéndoles que escribiré sus funerales de prensa, sus necrológicas quiero decir, expresando lo que opino de cada uno de ustedes, o al menos de quienes se me adelanten. Y no quiero alarmarles a ustedes, se lo aseguro, pero no creo que lo que se publique les haría saltar de gozo si lo conociesen en vida, mis queridos amigos.

- ¡Basta ya, don Timoteo! -brama don Práxedes-. ¡Es usted detestable!

- Bueno... -sonríe don Timoteo-. En todo caso, es el piropo más fino que he escuchado sobre mi persona desde que comparto mesa con ustedes. Ahora bien... -medita el malvado-. Si yo les solicitara, con toda humildad, que me explicasen por qué se manifiesta un odio tan radical hacia mí, ¿tendría alguno de ustedes la bondad de satisfacerme? Porque tienen que reconocer que mi comportamiento, que yo sepa, no puede ser más educado, y sin embargo se me hiere de continuo sin motivo que lo justifique. ¿Nadie tiene nada que decir?

La reacción de los miembros del Club de los Osos Traviesos no se hace esperar. En ese preciso instante todos los contertulios, todos sin excepción,

han desorbitado sus ojos, se han removido en sus sillas inquietos, con verdadera ansiedad, y todos también se han frotado las manos de alegría por la oportunidad que se les brinda, por fin, de poder decir con claridad lo que durante tanto tiempo habían deseado decir, como si el momento de la venganza hubiese finalmente llegado, ajustar las cuentas con don Timoteo.

Ante semejante explosión de júbilo, don Timoteo se ha quedado estupefacto. Todos intentan ser los primeros en hablar, y por un momento se produce una cierta algarabía ante la que don Secundino, como presidente en funciones, no tiene más remedio que intervenir, solicitando a sus amigos el favor de no olvidar sus buenos modales y rogándoles que no se atropellen, que él decidirá el turno de intervención.

- Vamos, vamos, señores. Un poco de calma -solicita don Secundino-. Habrá tiempo para todos, se lo aseguro.

- ¿Tiempo para todos? -pregunta escéptico don Práxedes-. Sólo con lo que yo podría contar de don Timoteo, necesitaría el monopolio de la conversación durante seis meses. Y sin entrar en detalles, naturalmente. Entre todos no tendríamos tiempo aunque viviésemos veinte años más.

- Yo necesitaría un par de años -dice don Manuel-. Siempre y cuando se me permitiera extractar algunos pasajes, claro está.

- Yo podría apañarme con dos semanas -indica don Justo levantando la mano como un colegial-. El tiempo necesario para dar unas pinceladas de la última canallada de don Timoteo, la que acaba de hacerle a don Eduardo, y por supuesto de seleccionarle a éste la manera de decir *cerdo* en los más importantes idiomas conocidos.

- ¿A mí? ¿La canallada que me acaba de hacer a mí? -se alarma don Eduardo. Los ojos del ateneísta echan chispas-. ¿Se puede saber que me ha hecho usted, rata inmunda?

- Por favor, por favor... -interviene don Justo-. Guarde las descripciones para cuando conozca los hechos.

- ¿Hechos? ¿Qué hechos?

- No sé a lo que se refiere, don Justo -don Timoteo intenta disimular-. No recuerdo haberle procurado a don Eduardo ninguna ofensa. No sé qué es lo que quiere usted decir.

- Me refiero a una carta, don Timoteo, y deje ya de disimular que conmigo no valen historias.

- ¿Una carta? No recuerdo...

- ¿Carta? ¿Qué carta? -a don Eduardo le tiemblan los labios, la tensión está haciendo prácticas de alpinismo en sus arterias y su azúcar en sangre hace parapenting-. ¿Se puede saber de qué carta hablan ustedes?

- Cuentéselo, don Timoteo -le incita don Justo.

- Creo que tengo que dejarles ya. Se me hace tarde.

- ¡Usted no se mueve de aquí! -ruge fiero don Eduardo sujetándole el brazo con una energía que no recordaba tener-. ¡Y ahora mismo me va a explicar qué coño es eso de la carta!

- Vamos, vamos, cuéntenoslo a todos -le invita don Secundino con el ceño fruncido-. Porque supongo que será otra de las tuyas, ¿verdad?

- Esta vez se trata de una cochinada absolutamente gratuita, sin la menor justificación -recalca don Justo-. Y al pobre don Eduardo...

- Le ruego que lo cuente y pronto, don Timoteo -la severidad con que le está mirando don Práxedes intimidaría a un doberman enfermo de rabia-. Estamos esperando.

- Bueno, está bien, yo no tengo nada que ocultar -don Timoteo se remueve, inquieto, pero aún le quedan recursos para poner cara de ingenuidad y mirar con valentía, como si su acción estuviese plenamente justificada-. Se trata de que le he comunicado por carta a su mujer todo lo referente a esa relación que mantiene usted con esa joven, porque me parece que está usted ofendiéndola y humillándola, poniéndola en evidencia y...

- ¡Y a usted qué coño le importa eso! -don Eduardo, al oírlo, no sólo se ha sobresaltado sino que se ha puesto en pie con el ímpetu de una liebre que se hubiera sentado sobre un cactus. Ha sujetado a don Timoteo por las solapas de su chaqueta y está gritándole en la cara-. ¡Qué le importa, dígamelo, qué le importa! ¿Pero se puede saber, por todos los diablos, qué le puede importar? ¡Y además es mentira, todo mentira! -Don Eduardo se está echando a llorar. Sus ojos se han inundado de lágrimas. Primero por la rabia, claro, pero ahora porque sabe el daño gratuito que le van a causar a su mujer, tan mayor, tan enferma, tan incapaz de no dar importancia a una información como esa. Don Eduardo está aferrado a las solapas de don Timoteo, pero ya no está zarandeándolo sino más bien sujetándose para no caer-. ¡Y además es mentira, mentira! -solloza-. Una mentira que me hacía feliz...

Todos están en silencio, sintiendo una profunda lástima por ese viejo de ochenta y seis años que ahora parece mucho más acabado que nunca. En un momento los pantalones, la camisa, la chaqueta, todo, se le han quedado grandes, como pertenecientes a ese otro ser vitalista y henchido que era hace unos minutos, no a este hombrecillo enfermizo que tiembla como una hoja y llora, moviendo los labios y la barbilla con un sentimiento conmovedor. Por fin vuelve a sentarse en la silla para no caerse. Don Eduardo está muriéndose de dolor; llora y sufre con tanta intensidad que los demás no saben qué pueden decir en esos momentos. Y él cruza sus brazos sobre la mesa y esconde en ellos su cara, derramando lágrimas por él pero sobre todo por la buenaza de Úrsula, su mujer, a la que le han disparado un dardo envenenado sin tener la culpa de nada, de nada.

- Pues no haber mentido -don Timoteo, encima, permanece impasible, creyéndose cargado de razón.

- Es usted un hijo de puta -silabea don Camilo con la voz más cavernosa que nunca, con una mirada tan encrespada como sus puños y la congestión cebada en su rostro-. Un hijo de la gran puta. Lárguese inmediatamente de

aquí y no se le ocurra volver a aparecer en este lugar o por el pingo de su madre que lo volteo y palizo hasta romperle todos los huesos de su asquerosa cara. Largo de inmediato, huevón de mierda.

- Márchese, sí -le dice don Secundino, indignado pero con calma-. Márchese y no vuelva. Asumo yo la responsabilidad de su expulsión del grupo. Y no creo que haya opiniones en contra.

- Desde luego que no -afirma don Práxedes.

- Muy bien -se levanta don Timoteo, aún digno-. Ya estaba un poco harto de todos ustedes. Me alegrará no tener que soportarles más. Adiós muy buenas.

Es noche cerrada en el corazón de los Osos cuando don Timoteo sale por la puerta del Café Principal, poniéndose todavía el abrigo. Noche cerrada en la que, aun oyéndose el lejano rumor de la clientela, todo sería silencio de no ser porque don Eduardo Pequeño Valle hipa mientras llora, hipa sonoramente, en un cuajo que pretende silencioso, por pudor o por vergüenza, pero que le sale de tan hondo que su respiración fatigada resuena como un mal bronquítico y le obliga a hipar, espasmódicamente. Don José Trompeta y Trompeta pide a Ezequiel, que se ha aproximado a la mesa desatendiendo sus obligaciones, consternado y pasmado, que por favor traiga una tila bien cargada y unos anises, si aún quedasen en el establecimiento. Don Práxedes, que siente en lo más profundo de sus entrañas lo ocurrido y se culpa de ello porque sabe que tarde o temprano habría de suceder algo así, respira hondo y dice:

- Don Eduardo: aquí quedamos sus amigos. Todos somos amigos suyos. Así es que no le dé más vueltas a lo ocurrido y recóbrese, hombre, que todo en esta vida tiene solución. Mire, vamos a hacer una cosa. Como su mujer ya sabe lo que ha venido sucediendo entre nosotros y don Timoteo, y conoce lo mal bicho que es, adelántese usted a los acontecimientos y cuénteles que usted mismo le ha echado del Club, por una discusión sobre el ciervo común, por

ejemplo, que de eso usted sabe mucho. Y dígame que al irse, le ha amenazado con que haría cualquier cosa contra usted, que se vengaría. Así, cuando llegue la carta, no le pillaré desprevenida. Todos nosotros confirmaremos lo que usted diga y le apoyaremos. Será nuestro gran secreto, un secreto que como hombres y como caballeros juraremos guardar hasta el fin de nuestros días. ¿Qué le parece? Tranquilícese, hombre, y deje las penas a un lado. Que aquí venimos a distraernos, no a sufrir. Y a fe que a partir de este momento sufriremos menos, ya lo verá.

Las palabras de don Práxedes son un bálsamo no sólo para don Eduardo, sino para todos los Osos Traviesos. Llenas de sentido común, han aportado una gran idea que, para rematarla, precisa de una acción atrevida que acaba de ocurrírsele a don Manuel y que expone a sus amigos con los ojos brillantes por la emoción.

- Muy bien dicho, amigo don Práxedes. Y no sólo vamos a hacer lo que usted ha dicho sino que vamos a darle una mayor verosimilitud al suceso. Usted, doctor, va a hacer el favor de llamar a casa de don Eduardo...

- ¿Yo? ¿Con qué objeto?

- Con el de hablar con su mujer y tranquilizarla. Le dice usted que ha habido un pequeño altercado entre don Eduardo y don Timoteo, y que su marido, que es todo un hombre, ha expulsado del Club a don Timoteo. Por esa razón, don Eduardo está un poco alterado, es normal, pero usted, como médico, le garantiza que no pasa nada, que en breve estará bien y que usted mismo le acompañará a casa a la hora de siempre.

- Muy bien.

- Y añádale que don Timoteo, que es un malvado, se ha ido jurando vengarse. O sea, que si se pone en contacto con ella que no le escuche, y si la escribe, tampoco. Que lo recomienda usted como médico y como amigo.

- Muy apropiado, don Manuel -el doctor se dispone a levantarse para ir al teléfono-. ¿Me autoriza usted a que hable con su señora en estos términos, don Eduardo?

- No sé... -el ateneísta se limpia la cara con su pañuelo y se recoge las velas que asoman por los orificios de su nariz-. No sé qué decirle...

- Pero, ¿por qué? -se interesa el doctor-. Si la idea es muy buena.

- Sí, sí, es buena, desde luego... -reflexiona don Eduardo-. Demasiado buena, quizá.

- No le entiendo -asegura don Secundino.

- Ni yo -añade don Manuel.

- A mí me parece espléndida -se adhiere el general.

- Sí, sí, tienen ustedes razón -concede apesadumbrado don Eduardo. No muestra una gran vivacidad en sus ojos, ni tampoco puede decirse que su semblante sea del todo feliz. Se queda pensativo, mirando alternativamente al techo y al suelo, como si tuviesen alguna necesidad de ser comparados por algo, y suspira hondo. Don Eduardo concita la atención de los Osos, que no alcanzan a comprender su melancolía, su aspecto dubitativo, su silencio. Hasta que, por fin, se decide a hablar-. De acuerdo, de acuerdo, tienen ustedes razón. Pero, si lo hacemos así, díganme: ustedes conocen a las mujeres, saben cómo son. Esta es una de esas ocasiones que ellas llamarían *pintiparadas*. Una *gran ocasión*. Así pues, ¿cómo se lo voy a decir a Marita? Querrá explicaciones de por qué no la aprovecho para separarme...

Siete lejanos redobles de campana están poniendo en este momento música de fondo a un grupo de señores con la boca abierta, inmóviles, como posando para una foto en la que hubieran de representar una escena de ensimismamiento ante una levitación. Como si don Eduardo Pequeño Valle se hubiese elevado del suelo veinticinco centímetros y los demás contemplasen el prodigio extasiados y sin dar crédito a lo que están viendo. Y don Eduardo tal cual, como quien no quiere la cosa, meditando acerca de las repercusiones que puedan tener en su vida la carta delatora que está a punto de llegarle a su mujer y la cara que va a poner Marita, o como se llame, al saber lo ocurrido.

- Si es que con las mujeres... nunca se sabe cómo acertar -dice don Eduardo para sí mismo, pero en un tono audible para todos, salvo para el doctor, ya se sabe.

El Club de los Osos Traviesos pasa en ocasiones por momentos extraños, sobresaltados, por llamarlos de alguna manera. No es que sus integrantes sean personajes extraordinarios, ni seres a los que sea posible calificar de extravagantes ni de excesivamente excéntricos; tienen sus rarezas, su forma de ser, pero en general no pueden diferenciarse mucho de las personas mayores que conocemos. A veces sufren pequeños mareos, achaques sin importancia, propios de la edad... Si un día no van al cuarto de baño, se sienten molestos; si no han dormido bien, se muestran irascibles; si

al tomarse la tensión arterial les dicen que pasa de quince o dieciséis, o la alta está descompensada con la baja, se enfurruñan porque les sume en un temor que les dura un día entero. Hasta aquí como a todos los mayores, sin excepción, pero por lo demás, lo normal es que se muestren charlatanes, serios, seguros de sí mismos y bastante indiferentes a lo que puedan pensar de ellos. El mundo que les rodea ya no les pertenece; se limitan a observarlo como lo haría un dictador latinoamericano derrocado que tuviese que contemplar a su país pacificado por completo por los demócratas de turno. Un país que no le gusta, del que de continuo critica su caos, su falta de modales, su libertinaje y su insolencia, y al que compara con el que a él le gustaría, con el que cree que había cuando él estaba en activo. Así son los mayores, y no porque en el fondo no sepan que ahora las cosas están mejor, sino porque les da rabia no poder participar en el festín, del mundo que siempre desearon. El Club está formado por seres normales, sin grandes crispaciones, y que conviven en él por las tardes en un entretenimiento que se han reservado para llenar las horas y compartir lo que les va quedando de vida.

Pero aun así, aunque procuren no extralimitarse en sus costumbres e intenten llevarse los menos sobresaltos posibles, no saben por qué será pero siempre hay algo, o alguien, que les sume en raras sensaciones, como si fuese preciso que fuese así para darle a la vida una mayor carga dramática en su sosegado pasar. En fin, que cuando no es por uno es por otro, y si no es don Jacinto quien afirma que no ha podido hablar con el perro de don Simón, es don Eduardo que ahora se preocupa por una muchacha de la que dos minutos antes estaba proclamando con vehemencia su inexistencia. Ganas de no dejar vivir en paz a la gente, piensa más de uno.

Don Manuel Pí y Salsosa es uno de los que lo piensa, y esta reflexión le ayuda a abandonar su imitación de monje tibetano ante la visión de un lama milagrero. Está un poco aburrido de las rarezas de ciertos contertulios y ya no puede permanecer por más tiempo en silencio.

- Oiga usted, don Eduardo -le interpela con gravedad-. ¿Se puede saber a ciencia cierta cuál es su situación concreta en lo que respecta a esa jovencita?

Don Eduardo le mira con curiosidad por unos momentos. Es como si no hubiese comprendido bien del todo lo que quiere decir su amigo, como si le hubiese planteado, por sorpresa, una ecuación de segundo grado con la intención de que se la resolviese de memoria. Don Eduardo no está seguro de adónde quiere llegar don Manuel.

- ¿Me pregunta usted por cierta relación inconfesable, si sabe a lo que me refiero? -dice cínicamente.

- Bueno, sí -concede el matemático-. Me estaba preguntando qué podría haber de cierto en esa relación a la que usted está siempre poniendo como ejemplo.

- Oh, ya comprendo -dice don Eduardo, quitándose el muerto de encima y guardando después un largo silencio.

Don Manuel permanece también en silencio, esperando que continúe su amigo, y los demás miran alternativamente a uno y otro con la esperanza de aclarar un poco su confusión. Por fin el matemático, con una sabia medida destinada a evitarse un amago de apoplejía, vuelve a preguntarle:

- Ya sé... Usted comprende... Pero, ¿se puede saber a ciencia cierta cuál es su relación... etc., etc.?

Don Eduardo mira a don Manuel, después pasea sus ojos por las miradas expectantes del resto de sus colegas y sonrío apenas.

- Oh, sí, comprendo... Sí, sí... Lo comprendo muy bien. Sin duda ustedes quieren saber, a ciencia cierta, cuál es mi relación con Marujita... Claro, es muy lógico... Quieren saber. Sí, ya comprendo.

Y vuelve a permanecer en silencio. Está claro que por este camino las negociaciones no avanzan mucho. Así es que don Práxedes, en un esfuerzo desesperado para salvar la situación y que puedan reanudarse las conversaciones, se atreve a intervenir.

- No crea que pretendemos inmiscuirnos en su vida privada, don Eduardo, que aquí estamos entre caballeros. Pero además de caballeros somos amigos suyos y le aseguro que deseamos seguir siéndolo. Lo que por otra parte no estoy seguro de que nos lo está poniendo muy fácil... En fin, quiero decir, que ya sabemos que usted lo comprende, "Oh, sí", pero ¿se puede saber a ciencia cierta si está usted liado o no con esa chica? ¡Por todos los demonios, don Eduardo!

- Oh, bueno, en fin... -don Eduardo no tiene una gran variedad de expresiones, no al menos en estos momentos, y tiende a ser un poco reiterativo-. Quiero decir que, bueno, no sé si... Oh, qué complicados son ustedes, caramba.

- Un imbécil de marca mayor, lo que yo les diga -susurra don Amadeo a don Camilo y a don Manuel, que están a su lado-. ¡De marca mayor!

- Está bien, don Eduardo -concluye don Secundino-. ¿Quiere usted que el doctor llame por teléfono a su señora para resolver el asunto del anónimo de don Timoteo, o lo dejamos tal cual? Decídase de una vez.

- Oh, bueno, sí... Me parece una buena idea... Bien, sí, ya veremos como resuelvo yo los ataques que vendrán por el otro flanco... Lo primero es lo primero... Bueno, sí, me parece bien... Habrá que tranquilizar a mi mujer, claro, lo primero es lo primero y después... Oh, sí... Bueno, bien. Sí, sí. Oh, bien, sí...

Don Eduardo hubiese podido permanecer así hasta un año después de la entrada en vigor del cuarto supuesto del aborto si no hubiese sido porque don Justo Mayo Florido, el general, le ha puesto la mano en el hombro con mimo y ha apretado, mientras le ha insinuado con suavidad que apela a su amabilidad para que deje de emitir señales porque el mensaje ha sido recibido por la tertulia. Sus palabras han sido, transcritas con extremada fidelidad, las siguientes:

- ¡Basta ya, joder! ¡O se calla usted ahora mismo o le rompo la boca de un puñetazo!

- Bueno, señores, un poco de calma -solicita don Secundino, el presidente en funciones-. Vamos a ver, doctor: vaya usted al teléfono y que le acompañe don Eduardo, para tranquilizar entre los dos a su señora. Y usted, don Ismael, por Dios bendito, deje de tomarse las pulsaciones y recupere el color, hombre, que un día de estos nos va a terminar dando un disgusto. Procure usted tomarse la vida con más calma, señor mío, que no hay para tanto...

- ¿Verdad que sí? -don Ismael es que ya no sabe qué hacer, está fatal, el pobre.

En las mesas quedan los Osos comentando lo ajetreada que se ha presentado la tarde. Entre la falta de noticias sobre don Simón Estébanez de Villajocundia, el drama personal de don Eduardo Pequeño Valle, la expulsión de don Timoteo Malo de Barriga y las diferentes subidas y bajadas de tensión colectivas producidas por los variados estados emocionales a que se han visto sometidos durante las últimas dos horas, lo cierto es que están todos un poco cansados. Y sin embargo nadie parece querer irse ahora, cuando quedan tantas cosas por resolver.

- ¿Saben ustedes que el 15 de septiembre se celebra en Japón el Día del Anciano? Es fiesta nacional... -informa don Gregorio Tocino y Gordo, muy recuperado ya de su frustración presidencial.

- Pues muy bien -se encoje de hombros don Justo.

- Lo mismo digo -se inhibe don Amadeo.

- A mí..., los japoneses... -don Camilo viene de América y lo que él denomina *chorradas niponas* le producen el mismo efecto que los conciertos de rock duro en la antigua Plaza Roja de Moscú. A él lo que le gusta de verdad es un buen canto coral de negros en los campos de algodón de Alabama al anochecer, con sus vocecitas cálidas, su buena hoguera y todo

eso, pero él no va a decir en voz alta todo lo que se le ocurre, eso sólo lo hace Goyito.

- Lo decía por hablar de algo -se disculpa Goyito-. Creo que tiene gracia dedicar un día al anciano, como aquí existe el de la madre, el del padre o san Antón, el de los animales, por no mencionar el día del orgullo gay o san Valentín, día de los enamorados. Pero bueno, era sólo por hablar... Como estamos todos tan callados...

- Bien, Goyito -le dice don Secundino.- Pues adelante, cuéntenoslo.

- No, si en realidad... Sólo era una información. Y la he dado completa. Es lo que he oído en la radio uno de estos días...

Don Severino Pérez Pérez permanece casi siempre en silencio. Entre que don Justo le gasta bromas sobre todo lo que dice y que a él lo que le gusta es rememorar hazañas bélicas que ninguno de sus contertulios está dispuesto a escuchar, prefiere ser dueño de sus silencios y limitarse a escuchar. Pero hoy lleva toda la tarde (en los momentos muertos, claro está, que no han sido muchos) intentando acordarse de algo que había pensado contar a sus amigos, algo que ha recordado mientras venía al Café Principal. Y el caso es que tenía interés, o al menos así lo cree. Se trataba de una historia divertida sobre algo..., no recuerda..., una historia que sin duda les gustaría escuchar a los otros. ¡Diablos! Qué memoria ésta...

- Tendrá usted que llamar a casa de nuestro presidente, don Jacinto -dice don Práxedes-. Ya habrá llegado don Simón.

- No lo sé... Son las... siete y diez. ¿Recuerdan ustedes a qué hora he llamado por última vez? Me parece que hacen ya sus buenos tres cuartos de hora.

- Ni idea -mira su reloj don Amadeo-. Antes del incidente con don Timoteo, me parece. ¿He hecho bien llamándolo *incidente*? Tal vez hubiese debido decir *escaramuza*, pero no estoy para sutilezas semánticas, lo siento. Puede que haga ya una hora larga, ¿no cree usted, don Secundino?

- No sé, no sé... No me pregunte usted. Yo diría que alrededor de las seis y media, pero vayan ustedes a saber...

- A las siete menos cuarto, diría yo -dice Goyito.

- O sea, que a esa hora seguro que no -se ríe don Justo-. ¿Alguien tiene otra idea?

- Bueno, es lo mismo -dice don Jacinto-. En cuanto vuelvan don José y don Eduardo del teléfono, iré a llamar. Conviene que nos mostremos interesados, no vayan a pensar que no nos preocupa el estado de salud de nuestro amigo.

Empieza a declinar la hora punta en el Café. Todas las mesas están ocupadas, pero el trasiego de entradas y salidas del local se ha relajado un tanto. Todo el mundo permanece sentado, consumiendo líquidos de diferentes colores y charlando animadamente de esto y de lo otro, como suele charlar la gente en los bares a esas horas, inútil es intentar explicar lo que ya se sabe. Don Vicente Pavón, el dueño, ha vuelto a sentarse junto a la caja registradora y tiene los ojos entornados, dispuestos a la meditación o al sueñecito, dentro de unos minutos se verá, mientras Ezequiel, mucho más descansado ya, merodea por las mesas del fondo y se interesa por la salud de don Simón, recabando noticias; pregunta por el disgusto de don Eduardo y quiere saber si sus clientes favoritos desean un poco más de agua fresca, o cualquier otra cosa. En general, los Osos no están muy habladores y Ezequiel lo entiende, por lo que pasea por los alrededores sin incomodar ni permitirse distraerles en sus poses silenciosas y sombrías, porque él sabe respetar al prójimo y ha comprendido que esta tarde, sobre todo esta tarde, no da la impresión que esté el horno para bollos. Y no anda descaminado del todo en sus dotes de observador perspicaz.

- ¡Ya lo recuerdo! ¡Cenicienta! -da un respingo don Severino Pérez Pérez que le ha hecho levantarse un mínimo de quince centímetros del suelo.

Los Osos se sobresaltan por el inusual brinco de don Severino y no entienden a qué pueda deberse semejante demostración de facultades físicas, ignorando si lo ha hecho para provocar la envidia de sus colegas o porque en realidad esté ahora haciéndole efecto algún estimulante cardíaco que el médico de la Seguridad Social le hubiera recetado la primavera pasada. Sea como fuere, le miran de esa manera que miraba Glenn Ford a Rita Hayhworth en *Gilda* dos segundos antes de propinarle la bofetada más hermosa del cine de postguerra, aunque el peculiar don Amadeo, siempre más discreto y también más refinado, está en posesión de una mirada más parecida a la que, también en *Gilda*, utiliza el propio Glenn Ford para comentar ante la Hayworth que "según las estadísticas hay más mujeres en el mundo que otra cosa, excepto insectos". Don Severino no está muy seguro de cuál ha sido la razón para despertar de esa manera la atención de sus amigos, sobre todo por la intensidad que cree percibir en ella, pero ni por un momento se le ocurre detenerse a dar explicaciones, no vaya a ser que vuelva a olvidársele lo que quería contarles desde antes de llegar, esa historia que por un motivo u otro había permanecido oculta en el rincón más empolvado de su decimoséptimo pliegue cerebral, contando de derecha a izquierda.

- ¿Va a contar usted alguna anécdota de esas que tanto me gustan? -pregunta desde su posición Ezequiel, que está a su lado en pie y ha percibido la expresión jubilosa de don Severino y el efecto que ha producido en los otros-. Porque, perdone que me atreva a meterme en donde nadie me llama, pero a mí, don Severino, le aseguro que las cosas que usted cuenta me parecen fascinantes. Usted ha debido de ser un gran hombre...

Don Severino le mira dudando. Una sombra de incertidumbre le obliga a reflexionar unos segundos antes de dar permiso a cualquiera de sus músculos faciales para moverse. No está seguro de si el camarero está hablando en serio o se está sumando a la burla general que se produce en el Club cuando pretende narrar algún acontecimiento histórico. Si fuese verdad y estuviese en

presencia de un admirador confeso, no tendría más remedio que sonreír con agradecimiento e incluso, dependiendo del grado de admiración detectado, abalanzarse sobre él y besarle en las mejillas, con la sonoridad de un ruso borracho. Pero si se trata de una burla, la reacción ha de ser radicalmente contraria, algo así como la que hizo famoso a Anthony Perkins en *Psicosis*, la escena de la ducha por supuesto, y él habría de descargar las cuchilladas y Ezequiel interpretar el papel de la víctima con gafas. Don Severino no está seguro de la intención de las palabras del bueno de Ezequiel, lo mismo que el resto de los Osos no están seguros de dónde ha podido obtener las fuerzas el camarero para inmiscuirse de aquella manera en la intimidad de las conversaciones del Club, por primera vez en veinte años y con una falta notable de respeto, según piensa Goyito. Ezequiel está un poco corrido en estos instantes, claro es, sin saber si sonreír o pedir perdón. Considera que, en efecto, tal vez haya sido un atrevimiento imperdonable entrometerse, pero algo dentro de él le dice que a fin de cuentas tampoco ha hecho nada malo, si por nada malo puede entenderse un halago a don Severino y una frase amable para con su cliente, interrogándole acerca de sus intenciones expositivas con respecto a un aún desconocido suceso acaecido y del que se disponía a dar cuenta. La expresión humilde de Ezequiel, sin asomo de burla, inclina a don Severino a pensar que el camarero ha hablado de buena fe y se arriesga a esbozar una levísima mueca de agradecimiento que el empleado toma como de afecto, lo que le permite recuperar el ritmo habitual de sus pulsaciones y una relativa normalidad en la respiración. El gesto de desagrado de Goyito, impercceptible apenas, queda relegado por los diferentes estados de estupefacción de los otros tertulianos, que aún siguen sin comprender la razón que justifica el brinco de don Severino y el alcance de sus palabras (ha dicho algo así como que recuerda algo referente a la Cenicienta, como si a estas alturas no recordasen todos con nitidez el cuento infantil, por haber tenido que contarlo a nietos y otros descendientes o porque ellos mismos fueron

sujetos pasivos de la narración en su infancia, y ya se sabe que los viejos recuerdan a la perfección lo que les ocurrió hace mil años, aunque sean incapaces de acordarse de lo que han hecho esa misma mañana, por lo que permanecen mirando a don Severino con mirada de Glenn Ford, por mucho que cada uno haya escogido la escena de *Gilda* que mejor les ha parecido.

- Gracias, Ezequiel -dice finalmente don Severino-. Iba a contar ahora, a mis amigos, la increíble historia de una pardela, una especie de gaviota llamada Cenicienta, cuya peripecia vital es de gran interés.

Ezequiel sonríe, y se dispone a escuchar. Don Práxedes se reclina en su silla y no está seguro si precisa de una micción o está tan cansado que una buena dosis de perorata de don Severino le vendrá bien para dormitar unos instantes y recuperar las fuerzas. Don Justo Mayo Florido y don Manuel Pí y Salsosa se miran ligeramente abatidos, y aunque don Amadeo vuelve a introducir su dedo índice de la mano derecha en las profundidades de sus fosas nasales (definitivamente este hombre está hoy desconocido, va a perder un buen caudal del respeto social que ha venido acumulando durante tantos años), y Goyito inicia una leve protesta que no llega a ser audible porque don Jacinto está al quite y le pisa con oportunidad un pie recordándole sin palabras que ha de ser más respetuoso, don Severino no termina de comprender con precisión la predisposición de sus amigos a escucharle y se remueve en su silla con satisfacción, decidido a dar cuenta de la narración que acaba de recordar.

Dos hechos, cuya calificación de intrascendentes podría resultar poco ajustada a la realidad, retrasan el inicio de sus palabras: el primero es que don Camilo Toses Matoses, levantándose con un esfuerzo considerable, decide ausentarse al aseo, sin duda porque lo precisa tanto como evitarse otra *batallita* de don Severino; el otro es que don José Trompeta y Trompeta regresa a la mesa dando palmaditas en la espalda a don Eduardo Pequeño Valle, comunicando a la pandilla que está todo resuelto, que la señora de don

Eduardo, tras la inquietud inicial, se ha sosegado de manera considerable y se ha mostrado muy comprensiva, alegrándose tanto por la expulsión de don Timoteo como de que el incidente le dé la oportunidad de tener "esta misma noche" -así lo ha dicho- unas palabritas sobre algunas *cosillas* que ella venía sospechándose desde hacía unos meses, referentes a la intensa vocación ateneísta de su marido, sobre todo a la cafetería del noble edificio, y a la afición que últimamente demostraba por ciertas azafatas de no se acuerda qué concurso de televisión, "que aunque parezcan unas crías -así de literal lo ha dicho- son unas pájaras de cuidado, si lo sabrá ella". En fin, que todo ha salido a pedir de boca, concluye el doctor, aunque don Eduardo esta noche tenga que utilizar un poco de saliva con su mujer.

Don Eduardo no parece compartir el optimismo de su amigo *Retrompeta*, y aunque el doctor insista en que la comunicación en la pareja es síntoma de buena salud matrimonial y que él la recomienda en todas las ocasiones, el pobre autor de *La vida del ciervo común* está lejos de comprender los argumentos de don José y vuelve a la mesa arrastrando los pies, con los globos oculares colgando de un muelle a siete centímetros por debajo de su correspondiente lugar. Así las cosas, no es necesario ser un lince para comprender que el relato que estaba a punto de iniciar don Severino sufra, a su pesar, un considerable retraso. Y aunque existe el convencimiento común de que don Severino no ha sido agraciado con grandes dotes perceptivas, incluso él entiende que no se viven unos momentos tan relajados como para que su narración sea acogida con el sano regocijo con que se recibe la buena nueva del descubrimiento de una vacuna contra el envejecimiento o de una pomada que elimina las almorranas después de un par de días de tratamiento.

- ¡Vaya día, señores! -exclama por fin don Eduardo, al parecer asomando un poco la cabeza, hasta la altura de los ojos, del charco pantanoso en el que está hundido-. No es mi deseo alarmarles a ustedes, pero creo no

pecar de exagerado si les anuncio que dentro de un par de horas mi casa no va a presentar exactamente el aspecto ni la alegría de una entrañable cena de Nochebuena en el hogar de una familia del Opus Dei. Tal vez se desaten algunos nervios, creo adivinar.

- Nada, hombre -intenta rebajar el exceso de condimento don Amadeo-. Usted dice a todo que sí y después, a la menor oportunidad, pide la cena.

- En todo caso, puede mostrar interés por la película que corresponda en la televisión -añade Goyito-. A mí suele darme magníficos resultados.

- Y si se pone histórica del todo, haga usted un esfuerzo y bésela, hombre, aunque tenga que cerrar los ojos -don Justo ríe como de costumbre, un hábito que, todo hay que decirlo, no cuenta con un explícito apoyo colectivo, aunque se respete porque ya se sabe que es un guasón, como dice Ezequiel.

- No les haga usted caso, don Eduardo -dice don Práxedes, que cuenta con una larga experiencia en escenas familiares y rendición de cuentas-. Las mujeres no son nunca tan peligrosas como pretenden aparentar con sus gritos a destiempo y sus desconsolados llantos. Lo que no soportan las mujeres es que haya alguien que pueda enterarse de que las engañan, no que las engañen en sí. En realidad, todas saben que sus maridos son unos pingos, e incluso después, en su viudedad, alardean de lo golfo que era, "no se vaya usted a creer, que mi marido también hizo siempre lo que quiso, pues bueno era, tan hombre como el que más", dicen por ahí; pero en vida hacen lo imposible para que sus maridos tengan presente que "a ellas no se les da con queso", que "se las saben todas" y cosas así. No les importa que sus maridos tengan sus historietas, o mejor, prefieren hacer que no se enteran, pero lo que no pueden soportar es que "una golfa les suplante" y que ella no lo sepa, porque creen que al ir por la calle van a pensar de ella eso de "pobrecita, su marido por ahí y ella más inocente que un cubo". No pueden con la humillación que eso representaría, es superior al concepto de dignidad y orgullo que ellas se

han forjado, y lo mismo que están siempre dispuestas a perdonar una cana al aire (eso sí, previa bronca descomunal, amenazas sin medida y lloros fingidos), por lo que no pasan es por una suplantación que se extiende en el tiempo. Así es que no se preocupe usted, don Eduardo, y aguante el chaparrón durante los trece minutos y veinte segundos que dure, aunque negándolo todo, por supuesto, porque si asiente una vez, una sola vez en su vida, ya estará usted perdido para siempre, más perdido que una maleta en Iberia. Porque, además, ella desea que usted lo niegue, no lo dude, como todas. En el fondo no les hace ninguna gracia oír lo que ya saben. En fin, que son así porque así nos gustan, supongo.

- Nada, nada, no estoy de acuerdo -la voz cavernosa de don Camilo se hace notar-. Yo siempre me he negado a dar cualquier explicación a las mujeres y me ha ido muy bien. A las mujeres no hay que hacerles caso, don Práxedes. El menor caso.

- Sí, ya veo -dice don Práxedes-. Ya veo adónde le ha conducido su manera de entender las relaciones con las mujeres. A los ochenta años está usted solo, su mujer vive en Caracas, de sus hijos no sabe una palabra y sus madres ya son venerables ancianas de las que desconoce usted hasta sus nombres. Me río yo del ejemplo.

- Pues tan ricamente -responde don Camilo.

- No lo dudo -insiste don Práxedes-, pero me temo que ese no es el modelo que está dispuesto a reivindicar don Eduardo esta noche en su casa frente a la fiera. ¿Me equivoco mucho?

- En absoluto -concede don Eduardo Pequeño-. En todo caso, le rogaría que se abstuviese usted de establecer determinadas similitudes entre Úrsula y las restantes especies del reino animal, concretamente fiera y similares, como hiena, víbora, foca y bicho. Y no digamos lagarta, perra, zorra y otras imágenes tan sutiles como metafóricas.

- Está bien, lo retiro -se excusa don Práxedes.

- Animo, don Eduardo -vuelve a intervenir el doctor Trompeta-, que lo peor ya ha pasado. Llegue usted fatigado esta noche, métase en la cama y mañana será otro día. Doña Úrsula no se atreverá a darle otro disgusto, ya lo verá, aunque se sienta como la Cenicienta del cuento.

- ¡De eso precisamente quería hablarles yo! -vuelve a hacer un alarde de agilidad casi felina don Severino, que había permanecido en silencio contemplando cómo se iba alejando otra ocasión de hacer un poco de ejercicio con sus cuerdas vocales-. ¡De Cenicienta!

- ¿De quién? -se alarma don José, que cree haber oído *Cenicienta*.

- De *Cenicienta* -repite muy serio don Severino, sin que ello suponga interés alguno en entrometerse en las creencias del doctor.

Don José Trompeta y Trompeta, no obstante, se reafirma en sus creencias y ahora está seguro de que ha oído bien, a pesar de sus limitaciones conocidas en el oído medio y en algunos huesecillos encadenados del interno, el yunque, el lenticular, el martillo y el estribo, si recuerda bien, y aparenta sorprenderse un tanto. Bueno, lo cierto es que debe sorprenderse de verdad, porque está en su silla haciendo preguntas y más preguntas con una insistencia y machaconería que muchos no le conocían.

- ¿De la Cenicienta? ¿De Cenicienta dice usted? ¿De esa muchacha del cuento? ¿Está usted refiriéndose a Cenicienta? ¿Habla totalmente en serio? ¿De verdad que pretende usted hablarnos de *la Cenicienta*? ¡No me lo puedo creer! ¿De Cenicienta ha dicho? ¿Quiere contarnos la historia de Cenicienta?

- ¡Sí señor! -el tono que ha empleado don Severino no es amistoso-. ¡De *Cenicienta*, sí señor! ¿O es que no puedo? ¿Eh? ¡Dígamelo si no puedo! ¡Dígamelo, venga! ¡De una pardela llamada *Cenicienta*, ¡sí! ¿Qué pasa?

- Me parece inaudito, insólito, in..., no sé como calificarlo -el doctor se rasca la barbilla y luego hace aspavientos con ambas manos y sus correspondientes brazos-. Inesperado, ¡eso es! ¡Inesperado! ¿De una pardela ha dicho usted? ¿Se refiere a esa especie de gaviota... de verdad? ¿Ese pájaro

que vive cerca del mar? ¿Una pardela? ¿Cenicienta? ¿Nada que ver con esa muchachita de la calabaza, los ratones, el príncipe y el zapatito de cristal? ¿De Cenicienta ha dicho? ¿De la gaviota *Cenicienta*, quiere decir?

Don Severino respira hondo y se contiene, pensando tan sólo en su estabilidad emocional y en su tensión arterial. Otros miembros de la tertulia no alcanzan a entender en toda su complejidad esta reacción del doctor, tan ecuánime y ponderado por lo general, y muestran también una cierta sorpresa. No parece que haya nada de extraño en que don Severino quiera contar la historia de una gaviota, y si lo hubiera sería que la gaviota no perteneciera a un batallón de las brigadas internacionales durante la penúltima parte de la Guerra Civil, en todo caso, no que se llamara *Cenicienta*, que por el color bien podrían llamarse casi todas de esa manera. Así es que, nuevamente, el Club de los Osos Traviesos presenta un cuadro general muy ilustrativo para ser fotografiado y explicar, sobre él, una lección filosófico-práctica de los conceptos denominados *confusión*, *asombro* e *incredulidad* en nuestras sociedades civilizadas de finales del siglo XX desde un punto de vista universitario y científico, aunque no sea más. Lo cierto es que don Severino está respirando hondo, conteniéndose a duras penas; el doctor Trompeta le mira y espera descubrir en sus atisbos de congestión algún mal para atenderle de inmediato, sin especular con la posibilidad de que él es el único causante de los males que en este momento aquejan a su contertulio; don Camilo y don Práxedes, por su parte, miran a uno y otro, alternativamente, y presentan esa imagen tan conocida de los espectadores de un partido de tenis cuando los jugadores están peloteando; don Secundino, el presidente circunstancial, mira sólo al ex-sargento y don Eduardo sólo al doctor; entre don Manuel y don Justo existe una complicidad extraña en cuanto a su intercambio de miradas y su encogimiento de hombros y don Ismael, que está otra vez tomándose las pulsaciones en su muñeca, está pensando que debe dejar de asistir a las reuniones porque en una de estas le va a dar algo, y será el fin; don Amadeo,

decididamente, ya ha perdido todo interés por conservar cualquier imagen y no sólo se ha rebuscado en lo más profundo de sus fosas nasales un moco sino que lo ha encontrado y con toda desfachatez lo está pegando debajo de la mesa, en el frío mármol; don Jacinto está triste, muy triste, pero nada que ver con don Simón en este momento, nada: está triste porque es el único que se da cuenta de que por el camino que va la tertulia dentro de nada van a necesitar un orden del día y un policía detrás de cada uno, porque si nunca llegaron a entenderse muy bien entre ellos, ahora no es que no se entiendan nada, es que están todos locos.

- Un poco sorprendido sí que estoy, doctor -aprovecha Goyito el letargo momentáneo del grupo, él que estaba un poco despistado y por ello se ha librado de compartir el éxtasis de sus contertulios-. Un poco sorprendido, sí señor, porque pensaba que usted, que aspira a presidirnos, era infinitamente más comprensivo y reposado. Jamás hubiera imaginado que pudiese dar el espectáculo que acabamos de presenciar. Con todos mis respetos, don José, su actitud le descalifica ante mis ojos para sus pretensiones. No sé qué concepto tendrán ahora de usted los demás, pero me parecería generosa cualquier opinión más favorable que la que se pueda tener de un saltamontes cojo. Y perdone usted, pero es que me ha dejado usted de piedra. No sé cómo decirle...

- La verdad es que el niño tiene un poco de razón -va despertando don Manuel-. El numerito ha sido... ¡trigonométrico!

- No sé si tanto -se suma al coro don Justo-, pero esto lo graban para un programa de vídeos domésticos de esos de la televisión y el impacto es nacional. Vamos, la descojonación.

- Mesurando el nivel dialéctico de don Justo -dice don Eduardo, que también empieza a abandonar el letargo-, yo opinaría que el doctor ha estado un poco influenciado en esta ocasión por las imágenes que suministran del Congreso de los Diputados en el debate del Estado de la Nación.

- Totalmente de acuerdo -parece que el éxtasis empieza a abandonar el Café y don Secundino cree que debe decir algo al respecto-. Ha estado usted un poco excesivo, doctor, reconozcámoslo.

- Nada, nada -don Camilo despierta con voz aún más cavernosa y rasgada-. No sigamos así porque vamos a crear en el doctor un complejo de excéntrico que no se corresponde con su manera de ser. Un desliz lo tiene cualquiera. Sin ir más lejos recuerdo que...

- ¿Pero voy a poder contar lo de *Cenicienta* o no? -se solivianta don Severino levantando la voz hasta tal punto que la práctica totalidad de los clientes del Café Principal vuelven la cabeza hacia las mesas del Club y se produce, por un instante, un silencio absoluto en todo el local. El propio don Severino, tan apocado él, se sonroja al darse cuenta de que todos le están mirando y baja sus ojos al suelo. Ezequiel se aproxima y pregunta si desean otro poco de agua fresca y don Secundino, que empieza a comprender que la presidencia le viene grande porque algunas situaciones se le están escapando de las manos, se remueve en su silla desconcertado y le dice a Ezequiel que sí, que por favor traiga un poco más de agua. Goyito, a qué decirlo, puede ver con toda claridad que en la trastienda de sus ojos sus propias manos se están frotando de satisfacción, qué cerca tiene la presidencia, y al cabo, cuando la normalidad vuelve al Café y los clientes retoman sus animadas charlas, don Severino se atreve a recoger los ojos del suelo, se los coloca en su sitio, echa una miradita a cada uno de sus contertulios y prosigue-: Lo siento... Creo que me han traicionado los nervios. Pero es que llevamos una tarde que ya, ya... En fin, lo que quería decir, aunque de manera un poco intempestiva, era si...

- ¿Se da usted cuenta de que me ha interrumpido mientras estaba hablando? -don Camilo, como ya hemos comprobado en otras ocasiones, no soporta que le apeen de sus palabras cuando está haciéndose oír. Ahora no hace una excepción, por supuesto, y está recriminándosele a don Severino-. ¡Me ha interrumpido usted!

- ¡Pues no sabe cómo lo siento! -don Severino está desconocido, qué carácter. Su tono es enérgico, su gesto adusto, su mirada dura, su aspecto erguido. En fin, que no parece don Severino-. ¡Pues no se hace usted idea de lo mucho que lo siento! -¡Pero era YO quién estaba pretendiendo DESDE-HACE-UNA-HORA contar una cosa, UNA-COSITA-DE-NADA, ¿entienden ustedes?, DE-NA-DA! ¡Y ya me están ustedes tocando los mondongos con tanta interrupción! Así es que, ¿saben lo que les digo? ¡Que si quieren saber lo de *Cenicienta*, se lo pregunten a su padre!

- ¿Y quién quiere saberlo? -el general no puede evitar esbozar una amplia sonrisa por el descomunal enfado de don Severino-. ¡Vamos, hombre, mi sargento, no se ponga así! Además ha estado usted muy bien, muy convincente. Enfadado gana usted mucho. Aunque si me permite un pero, lo de "mondongos" ha quedado un poco cursi, francamente. Yo hubiese encontrado más acertado el término "cojones". No sé, me hubiese parecido más apropiado.

- Déjeme en paz, general -le espeta don Severino.

- Bueno, bueno -se encoje de hombros don Justo-. Pero le aseguro que no es bueno enfadarse así. No se haga ahora el duro y cuéntenos lo de esa gaviota. Seguro que su inveterada amenidad en la narración de anécdotas ayudará a que nos relajemos todos un poco. Ánimo, hombre. Que no hay para tanto.

- Ahora no tengo ganas.

- Pues muy bien -don Jacinto inicia un movimiento de levantarse y al final consigue ponerse en pie-. Voy a llamar a casa de don Simón, a ver si nos enteramos de una vez cómo se encuentra.

- ¡Es cierto! -exclama don Secundino.- Con tanto ajetreo se nos había olvidado. Vaya usted, vaya.

- Pues para eso me he levantado –refunfuña don Jacinto-. ¿O es que creía que lo hacía porque me apetece hacer un poco de ejercicio? ¡Lo que hay que oír! Y además se le habría olvidado a usted, a mí no.

- ¿Le acompaño? -pregunta don Eduardo, que ha ayudado a don Jacinto a recuperar el equilibrio una vez puesto de pie.

- Yo sé ir solito, gracias. Pero si usted sí tiene ganas de hacer ejercicio, haga lo que le venga en gana. El camino hasta el aparato es territorio de libre circulación.

- Lo decía por acompañarle.

- Pues muy agradecido, pero todavía sé ir sin perderme.

- Está usted muy brusco, don Jacinto -espeta Goyito.

- Y usted tan impertinente como siempre -le replica.

- No se meta usted, Goyito -le aconseja don Secundino.

- ¿Y a usted qué le importa? -se irrita don Gregorio-. Usted procure presidir mejor, que desde luego se está luciendo, y no se preocupe tanto de los demás, que bastante debería tener con lo suyo.

- En eso el crío tiene razón -don Práxedes, sin venir a cuento, también está dispuesto a no perderse el festejo-. Que la tertulia, sin don Simón, cada vez es más caótica.

- ¿Caótica? -le mira con fijeza don Manuel-. Si ayudésemos todos en vez de andar enzarzándonos en disputas estúpidas, mejor andaríamos.

- El estúpido lo será usted -se enfada don Camilo-. No empecemos con insultos porque aquí, quien más y quién menos, todos tenemos algo por lo que callar.

- Yo, en absoluto -apenas si se inmuta don Amadeo.

- ¿Usted? ¡No me haga reír! -el gesto de don Camilo no es amistoso, precisamente-. Usted el que más, Florida... ¿Cómo le llama usted, don Justo?

- Yo le llamo como me da la gana, pero yo sólo. Usted le llama por su nombre, que para eso lo tiene, y con muchísimo respeto. ¿Entendido?

- Me parece que ustedes no son Osos, sino hurones. No sé si ir a llamar a casa de don Simón o dejarle morir en paz -dice don Jacinto-. Porque vivir para soportarles a ustedes...

- Usted vaya y calle -ordena el doctor.

- Voy porque me da la gana, no porque usted me lo diga, ¿está claro?

- Por lo que sea, ¡pero vaya de una vez!

- ¿Está usted gritando a don Jacinto? ¿Eh? ¿Le está usted gritando?

- ¡Yo grito a quien me da la gana!

- ¡Y a usted qué le importa si le está gritando o no!

- Menos gritos, menos gritos.

- Hoy va a haber aquí más que palabras...

- ¿Y eso lo dice usted, viejo?

- ¡Más viejo es usted, momia!

- ¿Le ha llamado usted momia? ¿Momia él? ¿Y usted?

- Como me levante...

El resto de la conversación no se entiende muy bien. Hablan todos a la vez y tan deprisa que no da tiempo a anotar sus palabras y a sus correspondientes autores. En todo caso, predominan dos ideas fundamentales: la primera, que el tono no es lo que podría llamarse cordial, si queremos hacer justicia a la manera en que se están construyendo las frases y los registros decibélicos en que se están produciendo; la segunda, que lo que hasta hace nada era un cohesionado grupo de amigos reuniéndose cada tarde para entretener las horas y dar alguna justificación a sus salidas de casa, a las siete y veintisiete horas del día de hoy se ha convertido en una agitada sesión de un club de fans de Julio Iglesias debatiendo el número exacto de arrugas que tiene el cantante en su rostro en comparación con el año anterior y el siguiente, sin ponerse de acuerdo si el acartonamiento va a más o a menos.

Don Jacinto se ha ido refunfuñado al teléfono, don Ismael se ha aferrado al brazo de don José, crispado, buscando protección en el doctor, y don

Severino, ajeno al rifirafe, se dirige con parsimonia a los aseos. Las voces de don Camilo, Goyito y don Secundino se entremezclan y van aumentando en intensidad y brevedad con cierto peligro para la imagen del colectivo, ya de por sí bastante deteriorada, mientras don Justo se ha desplomado en su silla sin la menor intención de limpiar el polvo a su sable, aunque lo ha pensado, madurado y finalmente descartado; y don Amadeo busca desesperadamente tesoros en los recovecos de sus fosas nasales para no agarrar por las solapas al primero que pille y zarandearle un poco. Don José intenta zafarse del placaje al que le tiene sometido el hipocondríaco de don Ismael, que ya le ha hartado, y don Manuel carraspea y se mesa la barba mientras recita casi todos los sinónimos de *imbécil* que conoce o recuerda. Y, por si algo se echaba a faltar, entre don Práxedes y don Eduardo interpretan con lo mejor de sí mismos la penúltima secuencia de *Un pijama para dos*, de Delbert Mann, aquella película tan edificante que les valió el reconocimiento general a Rock Hudson y Doris Day. Si dijésemos que Ezequiel permanece ajeno a cuanto le ponen de relieve sus gafas, no estaríamos siendo veraces. Bueno, ni Ezequiel, ni Pacho, ni el sobrino de don Vicente ni el mismísimo don Vicente Pavón, el dueño, que no está seguro de si su deber es ser previsor y llamar una ambulancia o dejarse de consideraciones y escrúpulos y avisar directamente al 091.

Si será mayúsculo el jaleo, que nadie se fija en que justo a la puerta del Café Principal se acaba de detener un taxi. El taxista está tomando un billete a su cliente, cuenta unas monedas y se las da con el cambio. El cliente, repasándolas, aparta unas pequeñas y se las vuelve a entregar al conductor. Después, abre la portezuela, desciende del coche con dificultad, se ajusta el sombrero y se detiene ante la puerta del local, respirando hondo, satisfecho, encantado con la posibilidad que el destino le brinda de poder cumplir un día más con el rito.

Todavía nadie ha reparado en que el presidente, don Simón Estébanez de Villajocundia, más fresco que un día de enero y sin el menor rastro de haber sufrido mal alguno, está a punto de adentrarse en el Café, con la íntima convicción de que sus amigos van a recibirle con una desmesurada alegría cuajada de parabienes, y sin pensar ni por un instante que con lo que va a toparse es con uno de los momentos estelares de mayor ensañamiento del desembarco de Normandía.

El Café Principal no es uno de esos establecimientos que espere la decisión de una Comisión gubernamental de expertos para ser designado monumento histórico-artístico y pasar a formar parte del catálogo nacional de lugares protegidos. Visto desde el exterior, como ahora lo contempla don Simón, no pasa de ser una fachada sin pretensiones que resguarda un lugar entrañable, eso sí, pero poco más. Es, para explicarlo mejor, un establecimiento corriente de esos que abundan por las calles, de esos que uno rebasa en su paseo y le echa una ojeada sin reparar en nada, un vistazo rápido sin interés, desde luego no con el aspecto bobalicón de ensimismamiento con el que se quedaría mirando el frontispicio de la Catedral de Santiago o los tobillos de una mujer espléndida. El Café Principal está bien, sin duda, pero si se pretenden comparar su arquitectura exterior y la del Taj Majal existen algunos puntos discutibles.

Su puerta de cristal de dos hojas es de madera oscura, de una tonalidad similar a la que luce una esposa de cuarenta años que vuelve del veraneo después de pasar dos meses y medio tumbada al sol de Menorca boca arriba y boca abajo, con una precisión giratoria de quince minutos para cada posición, y así durante siete horas diarias. A ambos lados de la puerta, dos cristaleras amplias iluminan el local mientras el día es aún luminoso, ventanales de subir y bajar que por el interior se cubren púdicamente con cortinajes de cretona beige, o al menos ese debió de ser su color en origen porque ahora compiten

con la esposa a que nos hemos referido por ver quién imita mejor el tono zulú. En todo caso el color o la mugre es lo de menos porque, desde que recuerda, don Simón siempre las ha visto recogidas en los extremos, apesadas para evitar su movilidad. Por lo demás, unas letras plateadas de considerable tamaño indican sobre las tres aberturas a la calle que aquello es el Café Principal, y un minúsculo letrero en el cristal de una de las hojas de la puerta dice en dos idiomas que hay que hacer un determinado esfuerzo para introducirse en el local, letreros de *Empujen* y *Putsch*, escritos tal cual, que don Vicente Pavón ha puesto para información del visitante local en un caso y del foráneo en el otro, un detalle de buen trato al turismo que es frecuente sobre todo durante los meses de verano.

Desde la calle aún, en donde se ha detenido, don Simón Estébanez de Villajocundia está echando una miradita al interior a través del ventanal de la izquierda y se sorprende un tanto de lo que puede ver en las mesas que ocupan sus contertulios. Allí no están ni mucho menos todos los que debieran estar, y los que están gesticulan y mueven exageradamente los labios y los brazos como si estuviesen enfadados, algo que se le antoja imposible. Distingue a don José Trompeta y Trompeta zarandeando a don Ismael Rojo Igualada, al parecer queriendo quitárselo de encima sin mucho éxito, mientras éste se aferra a sus solapas con intenciones inimaginables; don Práxedes Sanfermín Veleta y don Eduardo Pequeño Valle están señalándose con el dedo índice, sin pizca de educación, y se dicen algo muy emotivo, muy vehemente, si no le engañan sus ojos; don Amadeo Serafín del Campo (¡por Dios, don Amadeo!) se está rebuscando los pliegues cerebrales desde las fosas nasales y, encima, de cuando en cuando, saca el dedo y mira con atención la índole del hallazgo; don Camilo Toses Matoses, Goyito y don Secundino Malparto Yqué están en una actitud difícil de interpretar, acaso cantando a coro la pelea final de *La Verbena de la Paloma* entre el Felipe y don Hilarión o tal vez ensayando los movimientos histriónicos de los

corredores de Bolsa ante un valor en alza un día de crisis bursátil generalizada tras un despropósito cualquiera del índice nikkei; que don Justo Mayo Florido está desplomado en su asiento, mirando las mendicantes súplicas del techo para que le den una mano de pintura, le sorprende también, cuando lo suyo, tratándose de don Justo, es que estuviese sonriendo, gastando alguna broma a cualquiera de sus contertulios o sacándolos de quicio, con lo que disfruta el pobre. Camino de los aseos marcha don Severino Pérez Pérez, con aspecto desolado, y don Jacinto Rosas Lirio está al otro extremo marcando un número de teléfono con la nariz pegada al aparato, probablemente para ver bien los números salvo que está intentando guiarse por su olfato para convencerse de que aquéllo es realmente el artilugio giratorio que busca. No está don Timoteo Malo de Barriga, no ha debido venir, y don Manuel Pí y Salsosa habla solo. La escena, tal y como la contempla don Simón, carecería de similitud con un cuadro inspirado en Dante si no fuese porque Ezequiel está aterrado, Panchito estupefacto, Fidel recogiendo a toda prisa el servicio de tazas y vasos de las mesas colindantes y don Vicente Pavón, el dueño, buscando en la guía telefónica el número de la policía, mientras leyéndole los labios se sabe que está gritando desaforadamente: "¿Alguien sabe el teléfono del 091? ¿Alguien sabe el teléfono del 091?". La clientela del Café, como es fácil imaginar, guarda un respetuoso silencio mientras observa atónita cuanto está ocurriendo a un lado y otro del bar.

En estos precisos instantes, la apertura de la puerta del Café Principal y la aparición, en ella, de don Simón Estébanez de Villajocundia tiene el efecto de un bálsamo. Su cara refleja una perplejidad digna de un marido sorprendiendo en el lecho conyugal a su mujer en compañía de su mejor amigo, y los rostros de los Osos Traviesos, al verlo, se podrían comparar sin esfuerzo al que pondría el mejor amigo del marido cuando es descubierto en el lecho conyugal con la mujer de éste. En el Café, casi como por milagro, se

produce un silencio propio de madrugada. Don Jacinto no acierta a colgar el auricular en su sitio, don Severino interrumpe su camino hacia los aseos y se queda petrificado con los ojos puestos en el recién llegado, y los empleados del local, empezando por don Vicente Pavón, que para eso es el dueño, detienen la respiración por un instante, como si de repente se les hubiese aparecido la Virgen de Fátima portando una pancarta del PSOE. La estupefacción de los Osos no es menor y el resto de los clientes, que obviamente no entienden nada de lo que está ocurriendo, miran y remiran a don Simón no tanto para averiguar si tiene monos en la cara como para intentar descubrir en él algún indicio que les permita reconocerlo como un actor famoso, un vicepresidente del Gobierno o el mismísimo Papa, aunque muy pronto lo descartan porque les parece que Woytila es algo más joven y que suele ir vestido de blanco, al menos por lo que han visto en la televisión. La sensación general es, se mire por donde se mire, extraña. La sana atmósfera del local, tan relajada por lo común, se ha enrarecido de repente, y no hay constancia de que nadie haya hecho estallar un arsenal de bombas fétidas bajo las mesas, sobre todo si consideramos que don Justo Mayo Florido, el más capacitado para ello, estaba hasta ese momento en una actitud que en absoluto dejaba traslucir el buen humor necesario para este tipo de bromas.

Don Simón, tras el impacto inicial, y todavía azorado por la impresión que su presencia causa en el local, camina despacio hacia las mesas del fondo trastabilleando un poco porque desde hacía muchos años no experimentaba la emoción de sentirse protagonista único en una comparecencia pública, y la situación le desconcierta. Sentirse observado o juzgado o admirado es una emoción demasiado fuerte para su deseo de pasar desapercibido, más aún cuando no podía esperarlo: los hechos le sorprenden completamente. Avanza despacio hacia las mesas, como lo haría un pistolero famoso en un *saloon* del viejo Texas recién llegado a la ciudad en busca de Perfido Joe y sus tres

hermanos aún peores, en uno de esos western de serie B norteamericana que bien podría llamarse *El valle de las colinas rojas* o *La venganza de Billy Silver*. Camina despacio, con la lentitud propia de la edad pero con una altivez pareja con la grandeza del papel protagonista que está representando. Hasta el pianista de la película hubiese dejado de tocar en un momento como este. Los ojos fijos en sus contertulios, los andares bamboleantes, el rumbo derecho, los labios serios, el gesto severo, las manos crispadas... Don Simón está interpretando a Clint Eastwood en *Por un puñado de dólares*" y lo sabe perfectamente, aunque no sepa por qué lo está haciendo.

En su eterno viaje que nunca acaba, don Simón tiene tiempo para pensar que algo está pasando esta tarde en el Café, pero como no alcanza a comprender en su totalidad las causas exactas se asusta pensando que tal vez su cerebro necesite una reparación a fondo, porque pensar en que son "todos los demás" quienes la necesitan, que también lo ha hecho, le parece demasiado atrevido. Así es que continúa su larga travesía por aquel desierto poblado de curiosos, pierde poco a poco la intimidación y logra culminar el viaje con una energía y seguridad que causa admiración en todos cuantos le conocen.

- ¿Pero se puede saber qué demonios está pasando aquí?

Don Vicente Pavón ha cerrado la guía telefónica de golpe produciendo un ruido seco que hace apenas audible su colérica expresión dirigida al público en general mediante la que les increpa por no saber el número de teléfono del 091; su sobrino Fidel se reclina en el mostrador respirando hondo, como si volviese del entierro de su tío, o al menos de un sanatorio en donde le ha internado para una larga temporada de reposo; Pancho enciende con parsimonia otro cigarrillo y Ezequiel corre hasta la mesa para interrogar al recién llegado si desea consumir; el público, como debe ser, capta con gran intuición que la función ha llegado a su fin y, como nadie está dispuesto ni a aplaudir ni a patear, en realidad la escena no se ha merecido ni lo uno ni lo

otro, deciden retomar sus cuitas y devolver al local su tradicional murmullo sordo de voces superpuestas. Don Jacinto vuelve del teléfono tan rápido como puede (es más que posible que transcurra casi un minuto hasta que alcance la mesa y pueda abrazar a su maestro) y a don Severino se le han olvidado las ganas de orinar porque ya ha regresado al seno del Club. Todos, en este momento, están mirando a don Simón sin que ninguno de ellos atine con la frase exacta que defina con brevedad, precisión y concisión lo que están sintiendo. Y eso que don Simón, más enérgico aún, repite:

- ¿Se puede saber qué está pasando, señores? ¿Alguien puede explicármelo?

- ¿Pero no se había muerto usted? -pregunta Goyito con la delicadeza que puede comprobarse, aunque de inmediato se arrepienta-. Quiero decir que como don Jacinto nos lo había puesto tan mal...

- Ay, Goyito, Goyito... -suspira don Simón, arqueando las cejas.- ¡Siempre tan radical! No me he muerto, no, usted mismo puede comprobarlo. ¿O es que le parezco un fantasma?

- ¡Por el amor de Dios y por lo que más quiera, don Simón! -don Ismael está al borde de una apoplejía.- ¡No gaste usted este tipo de bromas, por la Santísima Virgen y Todos los Santos de la Corte Celestial!

- Pero enfermo sí que estaba, ¿o tampoco? -quiere saber don Práxedes, que está empezando a reaccionar.

- Nada, hombre. ¡Una lipotimia de nada! -le quita importancia el presidente-. Se ve que no me ha sentado bien la comida, o las preocupaciones, o vaya usted a saber... El caso es que parece ser que he sufrido una brusca bajada de tensión y en casa se han asustado. Han llamado a una ambulancia y tres minutos después ya estaba camino del hospital. En el vehículo he recobrado el conocimiento, claro, y con una par de gotitas de *efortil* todo resuelto. Pero ya saben ustedes lo que pasa: los médicos, en cuanto están ante una persona mayor, piensan que lo mejor es llamar al cura y

que le den a uno la extremaunción. Yo ya estaba como una rosa, figúrense, y les he dicho que de Santos Óleos nada, que, por muy santos que sean, los óleos son para los pintores, y que yo lo que en realidad quería era irme antes de que mis hijos empezasen a pelearse por la herencia. Por fin he consentido en quedarme un par de horas en observación (quiero decir que era yo el que observaba lo que pasaba por allí, porque a mí ni me han mirado la garganta, pueden imaginárselo ustedes) y cuando me he cansado de estar sentado en aquella sala de espera, pensando además en lo divertido que se lo estarían pasando ustedes, le he dicho a la primera enfermera que ha pasado por el pasillo que yo me iba, que adiós muy buenas, y me ha dicho que hiciese lo que quisiera, que ya era mayorcito para saber lo que hacía. Después, más amable, ha añadido que si me encontraba bien podía irme y que estaba la tarde metida en agua, así es que si quería podía pedirme un taxi. Y aquí estoy. Ya lo ven.

- Pero en su casa estarán preocupados... -dice don José.

- ¡Pues que se preocupen! Bueno, no me hagan caso. Ya he hablado con mi hija y me ha dicho que estaban muy tranquilos, que Dreik estaba jugueteando como si nada. ¿Ya saben lo de Dreik?

Los niños cantores de Viena gritando a una orden precisa de su director del coro no hubiesen logrado ajustar un "síííí" más unísono. El presidente no comprende la reacción levemente encrespada de su auditorio, pero sospecha que la tarde no ha sido especialmente brillante en el Club y decide no pedir explicaciones. Por eso hace como que no ha oído nada y continúa:

- Así es que...

- ¡Un abrazo, maestro! ¡Qué alegría!

Es don Jacinto quien llega en este momento desde el teléfono (1'43"12 décimas, nuevo record) y da un susto de muerte a su presidente y amigo. Don Simón, efectuando un brinco espectacular de la impresión (29,5 centímetros, hoy están cayendo muchas marcas), se deja abrazar por su compañero, que le

farfulla bienvenidas sin cuento y le pone la cara perdida de perdigonazos de saliva. Pero está tan alegre don Jacinto, tan sinceramente emocionado, que nadie se atreve a despegarle de don Simón ni a rogarle que se siente y que se calle.

- ¡Me alegro tanto! ¡Es fffantástico, fffantástico! ¡Qué alegrón! ¡Pero qué alegrón!

- Gracias, Jacinto, muchas gracias -don Simón se lo aparta como puede-. Ande, ande, siéntese. Que les quiero contar...

- Y luego yo.

Ha sido don Severino. Sí, sin duda, ha tenido que ser él. Seguro porque si no hubiera sido él, a santo de qué todos los tertulianos estarían ahora mirándole de esa manera, de esa forma en que se mira una enorme cucaracha negra cuando a media noche se enciende la luz de la cocina y se la encuentra allí, en medio de las baldosas, dispuesta a salir corriendo a esconderse debajo de la nevera. Ha sido él y todos, menos don Simón, sospechan por qué lo ha dicho.

- ¿Y luego usted? -se interesa don Simón.- Luego usted, ¿qué?

- Bueno -se amedrenta el ex-sargento-. Es que quisiera contarles a ustedes una historia de una gaviota que...

- ¿Una gaviota? ¿Ha dicho usted una gaviota?

- Sí, bueno. No se trata exactamente de una gaviota, sino de una pardela. Cenicienta. La historia de Cenicienta.

- Que no, por Dios, hombre, no se confunda -le dice en un tono paternal y comprensivo don Simón-. Hay que ver, don Severino, ¡cómo se le nota a usted la edad! No, hombre: La Cenicienta es un cuento infantil de una niña, un baile, un príncipe, doce campanadas y un zapatito de cristal.

- Que no, don Simón, que no. Se lo juro. Es una pardela, ¿verdad amigos? Díganse los ustedes, díganse los.

- Sí, presidente, sí -suspira don Camilo-. Don Severino lleva toda la tarde intentando narrarnos una historia sobre una gaviota llamada Cenicienta. Con poco éxito, todo hay que decirlo, porque por una cosa o por otra...

- Bien, bien -corta don Simón-. Luego hablaremos de ello. Ahora quiero contarles...

- ¿Seguro que luego podré? -abre con gran alegría sus ojos don Severino.

- ¡Seguro! -vuelve a resultar cortante don Simón, ahora con un tono de voz bastante más enojado por las continuas interrupciones-. Decía que quiero contarles algo que he estado leyendo en una revista mientras esperaba en esa deprimente sala a que me permitieran irme del hospital. Algo muy gratificante, sin duda, y tremendamente esperanzador. Por cierto, percibo la ausencia de don Timoteo...

- Ya no está entre nosotros... -informa don Secundino con voz temblorosa.

- Dios le acoja en su seno -se resigna don Simón-. ¿De qué ha sido? ¿Un infarto? ¿Una trombosis?

- No, no -replica don Severino-. No es lo que usted piensa. Vamos, que de cadáver nada. Lo que estaba queriendo decir es que ya no está entre nosotros, que lo hemos expulsado, vamos, que lo hemos echado por acuerdo unánime.

- Ah, bien. Sus motivos habrán tenido. Bueno, como iba diciéndoles, he leído esta tarde...

- ¿No le interesa conocer los motivos? -se asombra Goyito de la indiferencia de don Simón.

- ¿Motivos? Yo mismo hubiese encontrado unos cuarenta y cinco motivos para haberle expulsado hace quince años. Además, tratándose de don Timoteo, ¿a quién le pueden importar los motivos? ¡Todo él es un motivo! Vamos, vamos, no me interrumpen ustedes más y déjenme contarles...

- Es que...

- Pero, ¿quieren dejarme hablar? ¿Sí o no? Porque esta tarde están ustedes un poco díscolos, ¿eh? Y me parece que un poco de respeto no nos vendría nada mal a todos. ¡Por favor! ¡Qué ya he cumplido los noventa y un años! ¡Un respeto a la edad, caramba, por lo que más quieran!

Los Osos, aceptando la regañina con discreta sordina pero sin manifestar oposición alguna, se acomodan en sus sillas con la mejor de las intenciones y se disponen a escuchar a su recién recobrado presidente, regocijados doblemente porque de nuevo un amigo ha vuelto con ellos y porque la interinidad presidencial de don Secundino no había resultado finalmente una experiencia del todo satisfactoria. Hasta el mismísimo don Ismael, que ya no está para nada, está visiblemente relajado, ni se toma las pulsaciones ni nada: es como si la vuelta de don Simón le hubiera supuesto una concepción tranquilizadora de que las cosas están de nuevo como siempre, como si el mundo estuviese bajo control y ya no tuviese que temer sobresaltos ni escaramuzas imprevistas de esas que tanto le desasosiegan. Goyito encuentra en el regreso del presidente una paz interior indescriptible, explicable porque, así las cosas, no tendrá que vivir la tensión de una campaña electoral hacia la presidencia y sus conspiraciones naturales podrán seguir discurriendo con calma a través de los plácidos días que se avecinan. Todos, en fin, han decidido olvidar sus agrias manifestaciones y, dispuestos como están a escuchar lo que su presidente desee contarles, sorben agua fresca, se alisan el chaleco, se mesan las barbas grises o mueven la posición del sombrero por si don Simón repara en que es nuevo y hace algún comentario al respecto.

- He leído en la revista *Life*, no sé si la conocen ustedes, una inglesa muy buena, muy gruesa, de buen papel, así como de tapas en papel couché, una buenísima revista, sin duda, bien escrita, con muchos temas de interés, ¿la conocen?, es, ¿cómo decirles?, una revista muy importante, debe de costar una fortuna hacerla, importante, con corresponsales en todas partes, y unas

fotos buenísimas, algunas en blanco y negro, muy pocas, y casi todas en color, muy bien hechas...

La paciencia de los miembros del Club de los Osos Traviesos es grande, inagotable podríamos decir, pero las últimas horas han puesto a prueba en repetidas ocasiones sus equilibrios nerviosos y hay que reconocer que todos ellos están con unas cifras en sus tensiones arteriales superiores a lo que cualquier médico de cabecera aconsejaría si su paciente le solicitase opinión para invitar a comer a casa a un yerno que acaba de decidir correr el rallye París-Dakar dejándose a la familia en el paro. Sus semblantes no dejan traslucir estas leves sensaciones pretrombóticas, pero por cada uno de ellos la sangre fluye a un ritmo excesivo, como si desde el hígado se hubiese corrido la voz de que los hematíes y los leucocitos son yeguas de dos años y estuviesen en la recta final del Hipódromo de la Zarzuela disputándose el Gran Premio de la ONCE, de dotación suculenta. Se comprendería, en tal caso, que tanto los glóbulos blancos como los glóbulos rojos fuesen y viniesen de aquí para allá a toda prisa, pero al ser cosa puramente interna, sin manifestación exterior alguna, no hay motivo para que nuestros amigos muevan siquiera un músculo de la cara. De igual manera que tampoco hay motivo para creer que no están al borde de un ataque de histeria y dispuestos a soltar un bufido a don Simón que, esta vez sí, le envíe por algo serio al hospital, sobre todo cuando don Simón, tras unos instantes de silencio, dice:

- Una gran revista... En fin, ya no sé por qué les contaba todo esto. No sé lo que les iba a decir...

- Revista *Life* -don Manuel se afloja el nudo de la corbata.

- Algo que ha leído... -don Amadeo se pasa el pañuelo por la frente aliviándose de las inexistentes gotas de sudor que siente.

- Esta tarde en el sanatorio... - don Jacinto le sopla, un poco avergonzado por la torpeza de su maestro y amigo.

- Quería contarnos... -don José empieza a decir.

- ¡Ah, sí! ¡Ya sé! -don Simón se incorpora en su silla-. Ya recuerdo. Les iba diciendo que esta tarde, mientras permanecía en esa peculiar posición de observación en la sala de espera del sanatorio, me he puesto a hojear la revista *Life*, más que nada por entretenerme, ya saben ustedes lo largas que se hacen las esperas en los hospitales, y allí he podido leer un informe muy documentado, muy serio, escrito por..., por..., bueno, no lo recuerdo pero para el caso es lo mismo, un reportaje en el que se aseguraba, ¡asómbrense ustedes!, que en el futuro el hombre podrá vivir cuatrocientos años, ¡cuatrocientos años! Imagínense, el hombre (supongo que incluiría también a la mujer, pero de eso no me acuerdo), y sólo a través de unas nuevas técnicas de manipulación genética que por ahora están en estudio, pero que ya empiezan a dar resultados positivos. Y añadía el informe que, aunque está en fase experimental, ya se ha conseguido un conjunto de fórmulas para que el hombre pueda vivir, ya mismo, entre diez y treinta años más, sí, sí, sólo con los adelantos de la medicina que ya existen. Así es que creo que hay motivos para sentirse felices, digo yo, que de moribundos nada: somos jovencitos a los que nos quedan por vivir un porrón de años, y a nada que tengamos un poco de paciencia, llegaremos a tiempo de conocer esa maravilla de los cuatrocientos años. ¿Se imaginan ustedes? ¿Pueden imaginárselo? A ver, díganme: ¿qué piensan hacer ustedes con los más de trescientos años que les quedan de vida? ¿Qué piensan hacer?

- Pero eso es imposible -dice el doctor Trompeta, nada impresionado por lo que está contando don Simón-. Si es por manipulación genética, eso quiere decir que los tratamientos hay que hacerlos en el momento de la fecundación o aún antes, a nosotros ya no nos sirve de nada, y por lo que respecta a la edad, esos diez a treinta años que usted dice, ya los estamos disfrutando, ¿o qué cree? ¿Que la edad media de la gente es la edad media de esta mesa? No, don Simón. La esperanza de vida en estos tiempos, en los países

desarrollados, es de setenta y cinco años, y aquí ya nadie nos acordamos de cuándo los cumplimos.

- ¿Sabe lo que le digo, doctor? -le enfrenta la mirada don Camilo-. Que es usted un aguafiestas.

- Y de una ordinariez insufrible –añade don Amadeo.

- Con la ilusión que nos estaban haciendo a todos las palabras de don Simón -rezonga don Secundino.

- Es usted un amargado, *Retrompeta* -espetea don Eduardo en un tono muy cercano al de un insulto.

- Yo sólo estoy dando mi opinión -se excusa don José.

- ¿Y usted sabe más que el *Life*? Ande, díganos -le reta Goyito-. ¿Más que el *Life*?

- Si yo, en realidad... -don José hubiese preferido guardar silencio-. Si ese informe lo dice...

- Entonces -tiembla don Ismael-, ¿de verdad cree que puede haber alguna esperanza, doctor?

- Para usted, todas -se desentiende don José.

- Bien, bien -recupera el turno oratorio don Simón-. Yo les he informado de cuanto he leído, que me parece muy interesante. Supongo que luego, eso de vivir más o menos, dependerá de cada uno, de lo que cada cual se cuide. Pero los datos son esos, y a mí me alegra haberlos conocido y el haber tenido la oportunidad de transmitírselos a ustedes.

- Ha hecho usted muy bien -sonríe don Jacinto.

- Claro que sí -añade don Manuel.

- Por supuesto, por supuesto, faltaría más -afirma don Secundino.

- ¿Ya me toca a mí? -pregunta don Severino.

El silencio con que acompañan sus miradas inquisitoriales no sólo le han dejado a don Severino en carne viva, sino que además están rociando sobre la

herida unas gotas de limón y un chorrito de vinagre. Y es que hay días, piensa don Severino, en los que uno no está para nada.

- Está bien, comprendido -concluye-.

Existen algunos atardeceres de invierno desapacibles, esas tardes oscuras en las que desde muy temprano es ya noche cerrada: ha llovido, el ambiente parece contener una humedad relativa del aire superior al cien por cien, aunque ello no sea científicamente posible, y sopla en las calles un viento frío del norte que obliga a los transeúntes a caminar encogidos y tensos, a una velocidad media muy susceptible de invitar a los agentes de la autoridad a realizarles la prueba de alcoholemia. Días en que los vecinos corren enloquecidos para llegar cuanto antes a sus casas o para resguardarse en su bar favorito a comentar el caríz perruno que ha adoptado la tarde o la combinación ganadora del último sorteo de la lotería. Tardes que antes de las ocho ya son demasiado tristes, solitarias y viejas y en las que no apetece andar zascandileando por ahí ni perder el tiempo en busca de un árbol en el que ahorcarse, dado el humor general que se observa. Tardes, en fin, en las que no compensa salir de casa salvo que anuncie su visita un pariente cercano. Pues bien, ésta es una de esas tardes y desde el interior del Café Principal también se siente que es así, desafortunadamente.

El Club de los Osos Traviesos, que hoy ha estado más revolucionado que nunca, permanece en su lugar de costumbre cuando ya han sonado las siete y media de la tarde en el reloj de la Plaza Vieja y, quien más y quien menos, todos sus miembros tienen la sensación de que empieza a llegar la hora de ir pensando en marcharse. Es cierto que, como quien dice, don Simón

acaba de llegar y estaría muy mal visto dejarle con la palabra en la boca e iniciar un mutis, pero aunque ninguno de ellos tenga hoy demasiada prisa por volver a casa, después de tantas emociones, también es cierto que a alguno de ellos le espera una señora de regular carácter que si por costumbre suele recibirlo con un discurso cuidadosamente elaborado en el que nunca faltan los particulares conceptos que tiene de “amigotes”, “llegar cada día más tarde” y “a saber de dónde vendrás a estas horas, porque tú me dices que del Café, pero sólo Dios sabe dónde te habrás metido”, la pieza oratoria preparada para esta noche no tiene por qué variar mucho salvo que el retraso sea mayor, en cuyo caso aparecerán nuevos conceptos como “un día de éstos me vas a matar a disgustos” y “te importa un comino que yo esté aquí, hecha una esclava, preocupada por ti”.

Esta cruz que los casados del Club cargan cada tarde con una sordina avalada por la rutina, va a ver considerablemente aumentada sus dimensiones en el caso de don Eduardo, por ese asuntillo de la veinteañera secreta, aunque ahora está pensando que tiene que confiar en la intermediación del doctor porque de lo contrario se va a armar la gorda y él ya no está para esos trotes.

Los solteros y los viudos, quién lo iba a decir, suelen echar de menos encontrarse con un discurso así cuando regresan a la soledad de sus hogares, sobre todo don Camilo, que siempre anda fanfarroneando de que cuantas menos mujeres mejor y cada noche le vuelve a la memoria Trinidad, esa mujer que él dice que dejó en Caracas pero que en realidad fue ella quien le echó de su lado y le dejó con lo puesto. Para ella fueron los muebles, la casa, las cuentas corrientes y hasta los discos y los libros, y si pudo llevarse cuatro mudas y dos trajes se debió a un descuido de ella, no a una predisposición femenina de hora tonta. Trinidad: una mujer a la que quiso menos de lo que quiere ahora y a la que sabe que nunca volverá a ver, pero a la que siempre anda mirando, en secreto, cuando abre la cartera y repasa su fotografía cuarteada de color sepia, la única realidad que conserva de ella y a la que se

aferra para no sangrar en exceso por la intercesión de la aorta con el ventrículo que corresponda. Don Camilo es de los que más sufre en silencio la ausencia de alguien que le espere a la hora de la cena para reñirle, como más o menos les ocurre a todos los demás, salvo a don Amadeo, como es natural, que si, con lo que ya tiene, encima hubiese de sufrir a una mujer en la casa, sin duda se hubiese apuntado a las esquelas del periódico local hace ya mucho tiempo. Y por lo que respecta a don Simón, que como quien dice ha vuelto de nuevo a la vida esta tarde, sólo puede decirse que no tiene la más mínima apetencia por encerrarse en casa, que a lo único que aspira es a compartir un buen rato de amistosa charla con los amigos y que todo lo demás hoy le sale por una friolera.

La tarde es fea, sin ánimo de ofender. La expresión de don Severino, sin llegar a tanto, también es sombría, tirando a lúgubre, y refleja en su cara una composición gestual levemente parecida a la que pudo verse en la de Arancha Sánchez-Vicario después de perder la final de Roland Garros con Mónica Seles el año pasado. Está mirando por la cristalera y recordando Santa Cruz, al otro lado de la gran bahía de La Coruña, el hotel Porto Cobo y la pardela “Cenicienta” y no le cabe en la cabeza que sus amigos sean tan insensibles como para negarse a conocer una historia tan sorprendente y emotiva. Mientras ve pasar sus recuerdos con la mirada perdida, con el labio inferior desprendido y pesado y con los brazos desplomados sobre la mesa, intenta comparar esa historia con cualquiera otra de las maravillosas que le sucedieron durante sus hazañas bélicas, y sólo alcanza a compararla en belleza y carga emotiva con la que sucedió en la guerra de Africa, apenas cumplidos los diecisiete años, cuando en el asalto de una monumental duna tropezó con algo, cayó de bruces al suelo y se llenó la boca de arena y algo duro, que conservó sin escupir el resto del combate hasta que la acción resultó victoriosa. Y al sacar de la boca aquel objeto pequeño y redondo que le acompañó en el asalto y le puso a salvo de las balas enemigas, su sorpresa

fue descomunal porque se trataba de una medallita de plata con la imagen de san Juan de Capristano en el anverso y una inscripción en el reverso que decía “bienaventurados los que hacen de la paciencia un tesoro”, un descubrimiento que a punto estuvo de hacerle llorar de felicidad. Desde entonces don Severino tiene una fé enorme en san Juan de Capristano, aunque continúe sin tener la más remota idea de quién fue el susodicho señor, y aquella leyenda que guarda en su corazón le reconforta ahora que se vuelve a mirar a sus amigos y les descubre en silencio, mirando a los lejos y con el semblante indiferente de los jugadores consumados de pócker, en una actitud parecida a la que suelen recomendar que adopten los actores cuando tienen que interpretar una adaptación cinematográfica de una novela de Simenon, concretamente el momento en el que el inspector Maigret tiene reunidos en el salón a los veintiocho sospechosos del crimen, mayordomo incluido, y está intentando llegar a la conclusión definitiva sobre quién es el asesino.

- Así que de don Timoteo ya no hay que preocuparse más, ¿eh? -dice con una mueca de felicidad don Simón-. Les aseguro que me hubiese encantado presenciar el despido. ¡Ha debido de ser magnífico!

- No lo crea -mueve la cabeza don Práxedes, apesadumbrado-. La escena ha sido terrible. Un despido terrible.

- Y el pobre don Eduardo va a costear él sólo la indemnización -arquea las cejas don Manuel.

- Espero que no llegue la sangre al río -intenta consolarse el propio don Eduardo-. Pero, desde luego, la cosa ha sido tremenda. ¡Tremenda!

- Bueno, bueno -ataja don Simón el largo rosario de lamentaciones que teme avecinarse-. ¿Y de qué se ha estado hablando esta tarde por aquí, si puede saberse?

- De esto y de lo otro, ya sabe -don Secundino está en plena forma expresiva-. Un poco de esto, un poco de lo de más allá, en fin, como siempre. Qué le vamos a contar.

- De usted también hemos hablado un ratito -se adelanta don Jacinto, intentando que quede claro a su presidente el afecto común que les une-. Su caso nos tenía un poco preocupados, ¿verdad señores?

- A unos más que a otros, sí -opina don Severino sin demasiada oportunidad.

- A todos, a todos -intenta remediarlo don Jacinto, desconcertado-. Nos tenía muy preocupados a todos.

- A don Timoteo no, seguro -dice Goyito.

- Ni a mí -insiste don Severino, pertinaz-. Cada cual tiene su hora y cuando llega, no hay nada que hacer. Yo, para estas cosas, soy tan cartesiano por lo menos como don Manuel.

- Pero yo sí estaba preocupado -toma la palabra el matemático-. Seguramente mucho más que Goyito, por ejemplo, que lo que más le preocupaba era saber quién iba a presidir la tertulia si usted faltase. Parece que a él le interesaba el puesto.

- ¡No es verdad, acusica! -exclama Goyito-. Aquí, el único que ha manifestado su interés por la presidencia ha sido don José.

- Es verdad -dice el doctor-. He comunicado a mis compañeros, cuando pensábamos que su ausencia podía ser duradera, e incluso irreversible, que me hacía ilusión presidirles a todos ustedes, que para mí representaría un triunfo sobre mí mismo, una victoria definitiva sobre mi carácter acobardado que tantos problemas me ha causado toda la vida. Y no creo que nadie puede malinterpretar lo que quiero decir con ello. Para mí, presidir el Club de los Osos Traviesos no es un signo externo de poder, ni una demostración de evidencia de que valgo más o menos que ninguno de ustedes. Es, tan sólo, la culminación de una guerra ganada contra mi propio destino. Si yo fuese ambicioso y pretendiese el puesto para presumir de él o imponer mi voluntad a alguien, como sospecho que le sucede a nuestro benjamín, el bueno de Goyito, mis aspiraciones se hubiesen dirigido a presidir otro tipo de

institución con algo más de enjundia, señores, no sé, algo así como el Real Madrid, la Fundación Tissen o la agrupación de ex-alumnos del Colegio del Pilar, que creo que entre ellos y el Opus se llevan repartiendo el cocido desde hace dos décadas. O incluso hubiese podido ser más ambicioso aún, presidir la comunidad judía de Manhattan o ser jefe de la secretaría particular de un banquero de buen ver, de esos que procuran llevar a juego el color de la corbata con la brillantina para el cabello. Pero mis aspiraciones son mucho más modestas. Así es, don Simón: he comunicado a los amigos mi ilusión por presidir este Club y no tengo nada que ocultar al respecto. Será pecado leer los horóscopos, jugar al bingo o drogarse con pegamento Imedio, pero de presidir este Club no ha dicho nada el nuevo catecismo de la iglesia católica. O al menos yo no lo he leído.

- No se excuse, amigo doctor, no se excuse -acude don Simón a recoger las palabras sinceras de don José-. Comprendo muy bien que le ilusione y estoy seguro de que todos lo comprendemos también. Pero si desea mi opinión...

- En realidad no la deseo -desprecia el doctor con los ojos y las manos.

- De todas formas se la daré. Mi opinión, como le decía, es que presidir esta tertulia no representa nada especial, sino que supone una mera cuestión logística para evitar, en alguna ocasión, que llevados por nuestras pasiones, por nuestros excesos verbales, puedan llegar a producirse malentendidos que, con un poco de orden, son evitables. Es un puro papel moderador, y por eso creo que nunca se ha cuestionado que la presidencia se corresponda con el decanato biológico. Le aseguro que, si por mí fuese, la cambiaría encantado por tener la edad de usted y, más aún, la de Goyito, que es un niño, así es que no se lo tome como una cuestión de salud, sino como una mera razón de edad. Y su batalla, su guerra contra usted mismo como la ha denominado, olvídela porque ya la ha ganado, no lo dude. Entre nosotros usted es imprescindible, doctor Trompeta, y eso es lo único que debe tener presente,

porque por lo que respecta a la presidencia, si un día faltó yo, debería ser don Secundino el que les modere a ustedes, y después don Amadeo, ¿no les parece?

- Por mí, sí -asiente don José, evidentemente conformado.

Los demás también asienten sin grandes manifestaciones de júbilo porque son muy pocos a los que les interesa este asunto. Don Secundino está encantado porque él quiere llegar a la presidencia un día, si la naturaleza le permite sobrevivir a su amigo, y por lo que respecta a Goyito, que está tan serio que no hubiese esbozado una sonrisa ni por cortesía si ahora le estuviesen presentando a la Reina de Inglaterra, la aceptación es meramente formal porque comprende que la tarde ha estado suficientemente caldeada y sabe que ya llegará el momento de reiterar su reivindicación sucesoria cuando pueda esbozar una adecuada estrategia.

- En todo caso, nos encontramos con un problema de cierta envergadura -dice don Amadeo.

- Que yo no dispongo de suficiente atención para contarles la historia de “Cenicienta” -se aventura a sondear los fondos marinos don Severino.

- Que somos trece -aclara don Amadeo.

- Ah, ya -don Severino descubre que acaba de estropearse su radar.

- ¡Trece! -grita don Ismael.

- ¿Qué pasa? -se sobresalta don Eduardo-. ¿Por qué grita de esa manera?

- ¡Trece! ¡Somos trece! -don Ismael está histérico-. ¡Tiene razón don Amadeo! ¡Trece!

- Basta, basta, don Ismael -le intenta apaciguar don Amadeo-. Está bien. Yo he dicho que es un problema de cierta envergadura porque ustedes saben que soy muy supersticioso, pero ahora me doy cuenta de que, comparado con don Ismael, para mí un gato negro es sólo un dibujo animado y que se caiga el salero derramando un poco de sal en la mesa un simple ruido. No he dicho nada. Me callo.

- ¿Cómo que no ha dicho nada? -don Ismael se aferra otra vez al brazo del doctor-. ¡Por favor, don José, diga algo! ¡Esto no puede seguir así!

- ¿Que diga algo? ¿Algo como qué? -el doctor intenta despegar las garras del autor de “*A un olmo no tan seco, no tan seco...*” de su manga-. ¿Se puede saber qué diablos quiere usted que diga? Y además, usted es un hipocondríaco, no un supersticioso. ¿O también?

- También -baja los ojos don Ismael, soltando a su presa.

- Una alhaja... -rezonga el doctor.

- Pues vaya cosa, trece -ríe don Justo, el general, que llevaba un rato callado porque no encontraba ninguna gracia que le pareciese adecuada al momento. Pero ahora cree haber encontrado una-. Trece. Nada más sencillo de resolver: usted se muere, don Ismael, y todo arreglado.

- ¡Muérase usted! ¡Lagarto, lagarto! -don Ismael frota las patas de la silla con fruicción, dispuesto a obtener un poco de energía eléctrica con el frotamiento-. No me hacen ninguna gracia sus bromas, don Justo, para que lo sepa.

- No hablaba en broma -insiste don Justo.

- Bueno, está bien -dice don Simón-. Somos trece y hay por lo menos dos señores que no se encuentran felices con esta situación...

- Tres -confiesa don Secundino-. A mí tampoco.

- Ni a mí -suscribe el manifiesto don José-. Los españoles somos supersticiosos, ya se sabe, y el número trece...

- Bien, bien -acepta don Simón-. De acuerdo. ¿A alguien se le ocurre algo?

- Mientras que no sea que regrese don Timoteo... -dice don Amadeo.

- Hasta ahí podíamos llegar -se indigna don Jacinto-. Antes que eso prefiero dimitir yo.

- No se trata de dimisiones, sino de nuevas incorporaciones -señala don Simón-. Claro que, pensándolo bien...

- Eso es. Tiene usted razón, presidente -se ríe el general-. Opino como usted.

- Pero..., ¿cómo puede saber lo que iba a decir?

- Porque yo estaba pensando en lo mismo -son risueños los ojos del general.- Usted iba a decir que, siendo catorce, estaremos cada dos por tres en esta situación próxima al trece. Que por eso lo mejor es quedar en doce, ¿no es verdad?

- Bueno, sí... Algo así iba a decir. Pero como no es posible quedar en doce sin una tragedia de por medio, y yo no quiero ni pensar en ello, habrá que invitar a algún señor de confianza para que, si lo desea...

- ¿Me llamaba usted, don Simón? -la voz de Ezequiel surge como una aparición por detrás de los hombros del presidente-. ¿Me llamaba usted?

- No -se esfuerza don Simón en interpretar la pregunta del camarero, sin conseguirlo-. ¿Alguno de ustedes ha llamado a Ezequiel?

Los ojos de todos los miembros del Club de los Osos Traviesos se quedan fijos en la trastienda suplicante de la mirada del camarero. Todos, menos don Simón, parecen haber comprendido en toda su extensión el significado exacto la oportuna aparición de Ezequiel. Una lágrima está a punto de desbordarse de los ojos húmedos de este hombrecillo de chaqueta blanca impoluta y gafas antiguas que no sabe qué hacer, desconcertado por las miradas tiernas de unos viejecitos que por primera vez en más de veinte años han descubierto en el extremo final de una bandeja a un hombre tan anciano como ellos, callado y servicial, que tiembla como una hoja, ahí de pie, a la espalda de don Simón, dispuesto a dejarlo todo si en aquel momento le dicen que tome una silla, se sienta junto a ellos y piense que su única obligación, desde hoy hasta el día de su muerte, es estar allí de cinco a ocho todas las tardes, hablando si lo cree oportuno, permaneciendo en silencio si lo prefiere. Todos parecen comprenderlo, todos menos don Simón, y es tanta la perplejidad del presidente ante lo que observa en sus compañeros que no es

difícil entender que, en semejante estado de confusión, don Simón aparezca como incapaz de remontarse de forma súbita a las más altas cimas de la elocuencia. Balbucea un poco, mira y remira a sus contertulios y finalmente pregunta:

- ¿Le han llamado ustedes? A él..., quiero decir.

Todos están mirando a Ezequiel, y Ezequiel está mirando el suelo con la cara roja y la nariz haciendo esfuerzos de contención. Por fin se pasa un pañuelo por ella, aprovecha para meterlo bajo sus gafas y limpiar algo que debe habersele metido en los ojos, y dice en un susurro:

- Perdón. Si me necesitan, estaré ahí mismo.

Ahora los Osos están mirando a don Simón. En cuanto Ezequiel se ha dado la vuelta y se ha alejado un poco, todos se han puesto silenciosamente a especular en torno a las pupilas de don Simón, con esa expresión tan característica que se ha visto en ocasiones en la línea defensiva del Racing de Santander contra el árbitro cuando el delantero del Sporting de Gijón ha simulado un penalty con toda la desfachatez del mundo y el señor de negro ha señalado sin dudarle el punto de los nueve metros. Don Simón, a qué negarlo, se siente un poco intimidado por las protestas visuales de sus compañeros, sobre todo porque no comprende nada; y mientras, su falta de perspicacia y la ausencia de comprensión que ha demostrado ante el acercamiento suplicante del camarero hieren a sus compañeros de orquesta como no puede imaginarse. La situación, llamémosla delicada por no echar más leña al fuego, se extiende unos largos segundos por la tertulia, pero en todo caso no puede ser eterna, como es lógico, y después de alcanzar una dosis importante de intensidad en el cruce de miradas, alguna breve pero con la reciedumbre de la llama de un soplete de soldador, vuelve poco a poco a la normalidad, declive que don Simón aprovecha para rascarse reiteradamente la calva en busca de alguna clave que le permita hacerse una idea de lo que está ocurriendo, porque de lo

único que está seguro es de que algo ocurre, por mucho que sus amigos no parezcan muy dispuestos a ayudarlo en su investigación.

- ¿Sería extraordinariamente gravoso para ustedes echar una mano al clero y poner en práctica la obligación del buen cristiano que ordena “enseñar al que no sabe”? -se atreve a preguntar al fin el presidente-. Porque tengo la impresión de que ustedes saben algo que yo ignoro y no sólo me acusan de mi ignorancia sino que están dispuestos a que permanezca en ella, a saber si con alguna intención inconfesable.

- No es eso, don Simón -se adelanta don Jacinto, su ayudante y amigo-. Es que parece mentira que usted no se haya dado cuenta.

- Ha sido de una insensibilidad hiriente -afirma don Manuel.

- Y totalmente incomprensible -añade don Camilo.

- De un pésimo tacto -comenta don José-. No olvidemos lo del pésimo tacto.

- Pero..., ¿se puede saber...? -don Simón no alcanza a comprender la complejidad de cuanto sucede en su tertulia-. Me están creando ustedes un complejo de idiota de no te menées. Por el amor de Dios, señores. Que alguien me lo explique. Me miran ustedes como si hubiese hecho algo horrible, como si hubiesen descubierto que fui miembro del club de fans de Ronald Reagan o algo así.

- No, no es eso, presidente -aclara con suficiencia don Práxedes, que le apetece hablar y para ello arquea pomposamente sus brazos-. No se alarme. Yo se lo explicaré enseguida. No es que pensemos que usted perteneció a ese club de fans, ni siquiera algo peor, como..., como..., bueno, no se me ocurre nada peor... Pero es igual. No, no es eso, sino que nos ha sorprendido que usted no se haya dado cuenta de que Ezequiel ha suplicado, de una manera lastimosa, su deseo de incorporarse a nuestra tertulia, y usted, en vez de considerarlo y darle alguna esperanza, le ha tratado con la misma delicadeza con la que Hitler trató a los judíos polacos. No, no se ofenda... Sabemos que

esta tarde ha pasado por un mal trance y usted no puede estar en todo, por no mencionar el hecho de que él estaba a su espalda y usted carecía de una buena perspectiva visual, pero si me permite que diga algo, creo que recogiendo el sentir unánime de mis compañeros, no puede decirse que hoy haya conseguido usted añadir a su currículum una nueva estrella para entrar a formar parte del escogido grupo de miembros del Club de Gentelmen de Saint James, Cambridge. No es que con su actitud merezca tampoco ser incluido en los libros de microzoología como una especie catalogada en la escala biológica entre la ladilla y el piojo, tampoco es eso, pero debe comprender nuestra extrañeza y sorpresa porque nos tenía usted acostumbrados a unas dotes de observador dignas de don Ramón y Cajal y ahora se ha comportado con las que sus más generosos seguidores le atribuían a Julio César cuando miraba a Bruto con una simpatía sin límites. En resumidas cuentas, que nos ha decepcionado por un instante.

- Yo... No tenía ni idea que Ezequiel... -se excusa aturdido don Simón.

- ¡Ah, amigo mío! -se hace el asombrado don Práxedes-. En este mundo, quien más y quien menos... Ya se sabe.

- Pues les advierto que por lo que a mí respecta, Ezequiel podría ser una buena solución al problema que se nos ha presentado -dice don Amadeo-. Es un hombre muy correcto, de una discreción reconocida, muy respetuoso y sobre todo joven, muy joven. No me parece mal que se le inyecte a esta sociedad de vejestorios un poco de savia nueva. Y además Goyito pasaría a ser llamado don Gregorio, claro está, una vez abandonada su posición en el furgón de cola de nuestro conciliábulo. Supongo que ello no puede desagradarle, ¿cierto, Goyito?

- Perdone usted, don Amadeo, pero a mí eso ni me importa ni me deja de importar. Se trata de Ezequiel, sólo de él mismo y de sus cualidades. No creo que sea la pieza más adecuada para mantener el nivel cultural medio de nuestro grupo, pero para que quede perfectamente clara mi opinión al

respecto les diré que a mí me parece más importante la educación que la cultura, en el supuesto caso de que ambas puedan caminar por separado, y en concreto don Ezequiel, quiero decir Ezequiel, siempre me ha parecido un hombre extremadamente cortés. A mí, señores, me gusta que me llamen Goyito, supongo que porque ello me distancia de la solemnidad que siempre he repudiado, así es que prefiero que continúen dirigiéndose a mí de esta manera porque a lo que no creo que pueda acostumbrarme es a llamar a nuestro nuevo amigo Ezequielito, si saben lo que quiero decir.

- ¿Nuevo amigo? -pregunta don Simón-. ¿Pero es que ya hemos tomado una decisión al respecto?

- ¡Es que somos trece, don Simón! -se inquieta don Ismael-. Yo creo que es preciso poner fin a esta situación a la mayor brevedad posible.

- Una cosa es la brevedad y otra la precipitación, señores -responde el presidente dirigiéndose al grupo-. No niego que este camarero no me es desagradable del todo, pero cualquier incorporación a nuestro Club necesita de una sosegada toma de conciencia, que luego pasa lo que pasa. Y que conste que no estoy descartando nada, simplemente encuentro la decisión un poco precipitada. De hecho, ni siquiera se ha producido por parte del interesado una manifestación explícita en este sentido. Y no me digan ustedes que una pregunta del tipo “¿Me ha llamado usted, don Simón?” tiene el alcance de una solicitud formal. Por no hacer referencia al hecho de que este señor está aún trabajando, lo pueden comprobar ustedes por el modelo de chaquetilla que luce y esa frecuencia en portar una bandeja plateada de aquí para allá. No sé qué decirles, señores, pero en cualquier caso opino que una cosa es considerar su candidatura y otra muy distinta imponerle la Gran Cruz de Tertuliano de Honor sin saber cuáles son sus verdaderas intenciones.

- Sus intenciones serían evidentes hasta para Dreik -dice don Jacinto-. Pregúntele a su perro y él le sacará de dudas.

- Es posible, es posible... -medita don Simón-. Puede que lo haga.

- Vamos a hacer una prueba si les parece -propone don Secundino-. ¿Me permiten ustedes?

- Adelante, adelante -invita don José.

- ¡Ezequiel! -le llama don Secundino-. ¿Quiere hacer el favor de acercarse?

- Diga usted, don Secundino -se acerca el camarero, atemorizado.

- Mire, Ezequiel -empieza don Secundino-. En estos momentos estamos sopesando algunos acontecimientos recientes que han ocurrido en nuestra tertulia y de los que sin duda está usted al cabo de la calle.

- Creo que sí..., es decir, supongo a qué se refiere...

- Pues bien -continúa don Secundino mirando al camarero con fijeza desde el fondo de los gruesos cristales de sus gafas. Su mirada, amable, es seguramente la más entrañable que han transpasado esos vidrios en mucho tiempo-. El caso es que hemos considerado la posibilidad de abrir el plazo de solicitudes de nuevas afiliaciones al Club, desde luego por un breve espacio de tiempo. Se trata, como usted puede suponer, de una especie de ampliación de capital en nuestra sociedad, capital humano, se entiende, y lo que queríamos decirle es que si usted supiese de algún señor que pudiese estar interesado en rellenar su solicitud de ingreso, nosotros la estudiaríamos con todo cariño, sobre todo si viene recomendado por usted, que sabe del aprecio que se le tiene en nuestro grupo. No es que corra prisa, claro, ni que le pidamos que efectúe usted grandes esfuerzos de memoria al respecto. Sencillamente se trata de que, si usted cree saber de alguien, no dude en comunicárnoslo. Porque, ¿no sabrá usted de nadie, no?

- Yo..., don Secundino... -a Ezequiel le tiemblan los labios, está a punto de explotar pero no se atreve. La tortura a que se le está sometiendo es a todas luces innecesaria. Tiembla, titubea, se muerde el labio inferior y, finalmente, tomando aire, declara-: No, don Secundino. No sé de nadie.

- ¿De nadie? -insiste don Manuel, invitándole con los ojos a decidirse.

- De nadie -el camarero no se atreve, definitivamente, y con una premura impropia de su natural parsimonia se aleja de las mesas a toda prisa y se desploma sobre la barra del Café, desolado, incapaz de resolver sus contradicciones entre los anhelos de su sueño y su complejo de inferioridad.

- ¿Se han dado cuenta, señores? -respira hondo don Simón Estébanez de Villajocundia-. Si hubiese querido, más fácil no ha podido ponérselo don Secundino.

- Nunca pensé que llegaría el día en que tuviese que decir de usted que no entiende nada -se lamenta don Jacinto-. Qué decepción, maestro, qué gran decepción.

- Un caracol comprendería mejor el mecanismo de un motor de dieciséis válvulas -comenta don Camilo.

- ¿Un caracol? -pregunta don Eduardo-. Querrá usted decir el bacilo de Koch.

- Por supuesto, por supuesto. Era una manera de hablar, nada más.

- Pues a mí me parece que lo de la bajada de tensión de nuestro presidente no le ha dejado tan indemne como nos había hecho creer -sonríe don Justo-. Ayer mismo don Simón hubiese descubierto sin dificultad en la actitud de Ezequiel que estaba ocultando algo, que había participado en el asalto a la sucursal del Banco de Comercio Exterior de Villarejo de Salvanes o que se había enredado con la mismísima hija de alguno de nosotros. Hoy, sin embargo, es incapaz de comprender que ha tenido que irse a toda prisa porque no se ha atrevido a entonar el *Aleluya* ni un sencillo canto gregoriano en agradecimiento al Cielo por la oportunidad que se le ha brindado. Está usted muy mayor, don Simón, y como siga así le advierto que voy a postular que Goyito nos presida la tertulia.

- ¿De verdad? -Goyito ha dado un brinco que definitivamente ha batido todas las marcas registradas hasta ahora en dos kilómetros a la redonda del

Café Principal, y ha abierto sus ojos como si estuviese ante el oculista mientras le observa la dilatación de la pupila.

- Era una expresión sin más, Goyito -le detiene en el aire don Justo-. Parece mentira que no sepa usted distinguir entre una cruel advertencia a don Simón y la supina estupidez del contenido del ejemplo. Podía haber amenazado igualmente con Don Gil de las Calzas Verdes, pongamos por caso.

- Pues vaya.

- Bueno, señores -se incomoda el presidente-. Hoy noto en ustedes una cierta predisposición contra mí y me parece que ha llegado el momento de decir basta. Hasta aquí hemos llegado. Si lo que les ocurre es que están decepcionados porque no me he muerto...

- Qué cosas dice usted, don Simón -interrumpe don Jacinto, su discípulo.

- ¡Digo lo que me da la gana, Jacinto! ¡Y usted hace el favor de callarse cuando yo hablo! Decía que si están decepcionados por mi presencia en el mundo de los vivos, no saben cómo lo siento, pero no tengo la menor intención de sentirlo yo, que quede claro. Y por lo que respecta a Ezequiel, si están ustedes tan seguros, pues adelante, venga, hagan ustedes lo que les plazca. A mí, como comprenderán, si he podido soportar durante tantos años a don Timoteo Malo de Barriga, con lo que me hizo, no voy a sufrir ahora porque Ezequiel se siente entre nosotros, que además me parece una buenísima persona. Así que ya lo saben. Invítenle y que él haga lo que desee.

- ¿Don Timoteo? ¿A usted también se la jugó el pérfido de don Timoteo? -se asombra don Jacinto, que ya tuvo que sufrir de él aquella denuncia por su opúsculo sobre Araquistain-. No tenía ni idea, presidente.

- Sí, bueno... En fin, otro día se lo contaré a ustedes.

- No, no, por favor -suplica don Eduardo-. Cuéntenoslo ahora. No olvide que yo preciso una buena batería de argumentos ante el más que posible proceso de pesquisas interrogatorias de mi señora...

- Sí, hombre, cuéntenoslo -solicita también don Amadeo.- Y bienvenido al clan de damnificados de ese individuo.

- Bueno -suspira don Simón-, tampoco es que sea ningún privilegio pertenecer a ese clan. Creo que somos tantos que si nos decidiésemos a veranear todos en el mismo sitio, la Delegación de Turismo se vería en dificultades para encontrar el suficiente espacio abierto... No sé si optaría por el desierto del Sáhara o por un lugar un poco más amplio, el planeta Marte, por ejemplo. Pero sí, se lo voy a contar a ustedes.

- ¿Y a mí, cuándo me toca? -la pregunta de don Severino, carente ya de todo énfasis, apenas si se ha oído-. Porque digo yo que...

- Luego, luego -le aplaca don Simón, prestando la misma atención a su intervención que la que decidió conceder Sadam Husein a George Bush el día anterior a invadir Kuwait-. Ahora se lo contaré. Sí, señores. A no ser que dado lo avanzado de la hora, alguno de ustedes considere lo más conveniente dejarlo para mañana.

- ¿Qué hora es ya? -pregunta en voz alta don Secundino Malparto Yqué mientras se acerca la esfera del reloj hasta situarla a centímetro y medio de los cristales de sus gafas.- ¡Las ocho menos veinte! ¡Qué barbaridad! Se está haciendo tardísimo para mí.

- Por mi reloj son menos cuarto.

- Menos veinte pasadas, menos veinte pasadas... Yo voy por Radio Nacional.

- Menos diez, señores. Sus relojes atrasan.

- ¡Qué van a ser menos diez! ¡Cómprase un buen reloj, hombre!

- ¡Longines de oro! Lo compré hace más de treinta y cinco años y funciona como el primer día. Ya quisiera usted tener un reloj así. Ya no se hacen tan soberbios, no señor.

- Soberbio, pero adelantado.

- Se retrasará el suyo.

- Usted si que es un retrasado...

- ¡Pero bueno! -vocifera don Simón.- ¿Es que vamos a empezar otra vez? ¡Son ustedes incorregibles! ¡Incorregibles! ¡Ya están dispuestos a discutir hasta por un vaso de agua! ¡Vaya tropa!

- Ha sido Goyito el que ha empezado.

- ¡No es verdad! ¡Ha sido usted, don Justo! ¡No puede negarlo!

- Vamos hombre, no me haga reír. Todo el mundo ha visto que ha sido don José.

- ¿Qué? ¿Cómo se atreve?

- ¡Basta he dicho! -se impone don Simón-. Observo que hoy están ustedes insoportables, así es que lo mejor es que cada uno se vaya por donde ha venido.

- Pues yo no tengo ninguna prisa -indica don Amadeo acariciando con infinito amor su sombrero nuevo-. Además nos quedan algunos puntos por decidir. Por ejemplo, ¿qué hacemos con nuestro número trece? ¿Qué respuesta significa Ezequiel en nuestra tribulación al respecto? ¿En dónde se queda la referencia histórica a las relaciones entre don Simón y don Timoteo en su momento menos cordial? Es más, ¿sabremos o no sabremos si don Eduardo ha preparado alguna estrategia defensiva frente a un posible desencadenamiento de un conflicto bélico en su hogar? Y en tal caso, ¿conoceremos el contenido de la estrategia? Más cosas: ¿Tiene o no tiene una cita esta tarde don Eduardo con su veinteañera? ¿Acudir a la misma o, en un alarde de prudencia encomiable, pondrá en peligro su ocio para evitarse males mayores? ¿Existe tal veinteañera? ¿No existe nada más que en sus fantasías? Sigamos: ¿Existe Dios? ¿Se valora suficientemente a los pintores posrealistas? ¿Hay vida después de la vida? ¿Es sano el bicarbonato? ¿Es cierto que somos polvo y en polvo nos convertiremos? Y en ese más que probable caso, ¿hacemos bien preocupándonos por gastar una fortuna en una alfombra nueva para el salón? Señores, una última cuestión: ¿Van a

permanecer ustedes mucho tiempo con esa cara de idiotas mientras continúo con esta relación de preguntas estúpidas que no tienen ni lógica ni sentido? No sé, no sé... A veces me pregunto, parafraseando al difunto Groucho Marx, si aceptaría ser miembro de un Club que admitiese como socios a tipos como nosotros...

Tras unos segundos de comprensible silencio en las mesas del fondo del Café, don Justo Mayo Florido es el primero que sale de su sombría y absorta expresión para decir:

- Perdone, don Amadeo. No he entendido algo que usted ha dicho...

- Diga, diga.

- Sí, eso que ha dicho usted después de que no tenía ninguna prisa. ¿Puede repetírmelo?

Ahora sí son las ocho menos cuarto en punto. No se ha podido oír la campanada en el reloj de la Plaza porque el sarcasmo de don Justo ha provocado una sincera e incontenible carcajada en todos ellos, incluido el propio don Amadeo. Por frases como ésta es por lo que el general se tiene ganada la fama de guasón y divertido, y por lo que se le perdonan otras muchas salidas de tono que a veces pueden llegar a ser irritantes. Con una salida así, la tertulia ha dejado de discurrir por las peligrosas aguas de los rápidos del Amazonas y retoma la calma chicha de los tramos finales del ancho Nilo, cerca de su desembocadura.

- ¡Muy bien traído, general, muy bien traído! -se limpia los lagrimones don José.

- Ahí ha estado usted chévere, ¿lo ve, don Justo? -se regocija don Camilo-. ¡Macanudo!

- Es que ha estado usted de lo más oportuno -se ríe con ganas don Amadeo-. Observo que todavía nos quedan unos cuantos buenos momentos en esta vida. Gracias, don Justo.

- Perdonen... Pero yo no he alcanzado a comprender...

- ¡Calle usted, don Ismael! ¡Y tómese el pulso un ratito! -algunos Osos no quieren que venga nadie a estropearles la fiesta.

- Y si no ha entendido la broma, ¿por qué se reía usted tanto? -pregunta desconcertado don Simón-. Porque yo he observado cómo reía...

- No sé... Como se reían ustedes... El contagio, supongo...

- Bueno, es igual -continúa don Simón-. Y ahora que estamos todos más relajados, voy a contarles a ustedes el encontronazo que tuve con don Timoteo hace más de treinta años. Se lo voy a contar porque ya se sabe que la crítica une mucho, lo que siempre es bueno. Escuchen -dice don Simón tomando aire y sonriendo levemente sin mirar ni por un momento a don Jacinto-: Hace treinta años yo tuve que realizar algunos trabajos extra para librar a un buen amigo de una situación algo embarazosa relacionada con la publicación de un magnífico libro sobre Luis Araquistain y con la denuncia que hizo don Timoteo, a pesar de que le tenía por buen amigo, un error que muchos hemos cometido con semejante sujeto. Mis gestiones salieron bien, por fortuna, y todo quedó en agua de borrajas, un buen susto y nada más, pero he aquí que don Timoteo nunca me perdonó mi intervención y, por lo tanto, el hecho de que él quedase como un auténtico idiota. Y hasta tal punto no me lo perdonó que se puso a darle vueltas al asunto y a investigar mi vida, hasta que por una indiscreción bienintencionada llena de ingenuidad por mi parte, lo reconozco, tuvo conocimiento de que por las tardes organizaba algunos encuentros con mis alumnos en la cafetería del Instituto de Cultura Hispánica, ese que está donde empieza la carretera de La Coruña...

- ¡A eso iba yo! -don Severino salta como si hubiese estado durmiendo y en su pesadilla una avispa estuviese a punto de picarle en un ojo-. ¡La Coruña!

- No interrumpa, hombre -le regaña don Camilo, que no soporta las interrupciones-. Luego hablará usted. Siga, siga, don Simón.

- Perdón...

- Sí, sí... Bien, decía que don Timoteo descubrió que no sólo me reunía con algunos alumnos y profesores ayudantes en aquella cafetería sino que aquellos encuentros tenían un objeto, que por lo demás no era otro que completarles su formación explicándoles el funcionamiento de los sistemas electorales en Francia, Alemania, Gran Bretaña o Estados Unidos; les hablaba de lo que era un proceso constituyente, de las bases de la democracia, de las diferentes teorías económicas, del materialismo histórico, el materialismo dialéctico, los bloques militares, el sistema constitucional de la extinta Unión Soviética y cosas así. En fin, sólo un poco de ciencia para completar el deficiente Derecho Político del que tenían conocimiento en las aulas. No digo que en aquellos seminarios informales no se debatiera en ocasiones en torno a Gramsci, o se prolongasen las reuniones porque se profundizase en el pensamiento de Althusser, de Marcuse, o del mismo Mao Tse Tung, pero los objetivos se limitaban, como les digo, a conversar con los alumnos y a completar una formación que a mí me parecía insuficiente. También reconozco que la asistencia a aquellas reuniones no era tan abierta como pueda serlo un concierto de ese chico lavado con lejía, ya saben a quién me refiero, Jackson creo recordar, que con sacar una entrada basta; pero que el acceso no fuese libre y los alumnos los seleccionase yo mismo de acuerdo a ciertas indicaciones de otros alumnos de confianza no justifica que don Timoteo, al tener conocimiento de aquellas inocentes clases particulares, se tomase las libertades que se tomó. Yo, que le consideraba amigo porque ya digo que soy un ingenuo, vamos, que yo creo que mi madre estaba pensando en hacer torrijas aquella tarde y cambió de opinión en el último momento y nació yo, no tuve mejor ocurrencia que comentarle lo que hacíamos por si creía oportuno asistir alguna vez, porque el hombre trabajaba en Aduanas, sólo por las mañanas, y se aburría por las tardes. Yo le invité con la mejor intención para que aprendiese algo, que por otra parte a nadie le viene mal, y el canalla aceptó, claro que aceptó. Vino un día, otro más y al tercero se

presentó con “unos amigos suyos que también querían aprender”. ¡Pobres muchachos!, me refiero a mis alumnos. Aquellos compañeros de don Timoteo lo eran también de un cuerpo policial que se llamaba la Brigada Político-Social, ustedes la recordarán, y todos ellos fueron expulsados de la Universidad. A mí, dados mis antecedentes, me iniciaron un expediente de expulsión, pero tuve suerte y en el interín se dictó uno de aquellos indultos que el régimen espolvoreaba de vez en cuando sobre el país, debió de ser porque llegaba de visita algún presidente norteamericano o algo así, no recuerdo, y la amenaza que se cernía sobre mí remontó el vuelo y nunca más se habló de aquéllo. Me salvé por la campana, como habrán observado, y una vez que pasó el alboroto se me ocurrió preguntarle a don Timoteo por la razón de su deplorable acción y el hombre, con un cinismo muy superior al de Humprey Bogart en *Casablanca*, va y dice que él no sabía nada y que a él qué le contaba, que era mi problema por meterme en lo que nadie me llamaba. Añadiendo, para que vean ustedes la pasta de la que está hecho Malo de Barriga, si no necesitaría un ayudante en mi cátedra, para por las tardes, que con su compañía y consejos seguro que sus amigos no me volverían a molestar. Huelga decir que mi mirada debió dañarle seriamente los ojos porque poco después tuve que operarme de un desprendimiento de retina, si se la tiraría con fuerza...

- Don Timoteo... ¡Vaya personaje! -suspira don Práxedes.

- Un amigo. Lo que se dice un amigo -comenta don José.

- Bueno, olvidémosle -se pasa la mano por la frente don Simón, borrando la suciedad que en ella ha dejado el recuerdo de don Timoteo-. Por fortuna ya no volverá con nosotros y podremos seguir disfrutando de nuestra sana camaradería los trece.

- ¡Los trece! -grita don Ismael-. ¡Lo había olvidado! ¡Es verdad, somos trece! ¿Qué podemos hacer? ¡Diga algo, doctor! ¡Diga usted algo!

- Como no quiera que diga Misa...

- ¡Pero tenemos que hacer algo! ¿Qué hay de lo de don Ezequiel? Yo estoy de acuerdo.

- ¿Y él? -pregunta don Simón.

- ¡Propongámoselo! -don Ismael está trastornado.

- Mi opinión es que lo más prudente es darnos un plazo hasta mañana por la tarde -propone don Secundino-. Hoy ya le hemos dicho que está abierto el plazo de inscripción para nuevas incorporaciones a la tertulia, así que ya sabe que puede echar la instancia.

- Pero seguro que pensaba que no nos estábamos refiriendo a él -solloza don Ismael-. No puede imaginárselo. Y yo les aseguro que si vamos a ser trece, yo mañana no vengo. Lo siento, no puedo evitarlo. A nuestras edades no podemos andar tentando a la mala suerte.

- ¡No sea usted pesado, don Ismael! -le riñe el doctor-. Hemos sido trece otras muchas veces y no ha pasado nada.

- ¿Trece? ¿Hemos sido trece? ¿Cuándo hemos sido trece?

- ¡Pues cuando yo me he ido a mear, coño, que es usted un histérico! ¡O cuando ha faltado alguien, o se ha ausentado, o ha llegado tarde o ha tenido que irse! ¡Mil veces! ¡O sea, que tranquilícese usted, por todos los diablos!

- Bueno, bueno... -don Ismael no se atreve a enfrentarse con el doctor y rebaja su tono hasta semejar el de una gatita enamorada-. Pero en el Club éramos catorce, aunque no estuviésemos todos. Y ahora somos trece. Es a eso a lo que me refería, caramba, y no se enfade usted, doctor, que sabe cuánto le aprecio.

- ¡Ezequiel! ¡Venga usted aquí! -ordena don Simón hartos ya de tanto escándalo y dispuesto a zanjar la cuestión de una vez por todas.

El camarero, atemorizado, se señala estúpidamente con su dedo índice el tercer botón de su chaquetilla como queriendo asegurarse de que le llaman a él, como si no lo supiera, y cruza muy despacio el Café hasta las mesas del

fondo, sintiendo en sus piernas algo que al fin le hace comprender la naturaleza de la estructura molecular del flan y su empecinamiento en mover las caderas de esa manera a la menor sacudida. Camina con la mirada sombría, la mente confusa, considerando a la vez las múltiples posibilidades que le abren aquella llamada y no queriendo hacerse ilusiones, pero incapaz de no hacérselas, descartando la idea de que le llaman para lo que él está deseando que le llamen. Llega a la altura de don Simón, le mira con aquella mirada que tan bien conocía en los alumnos torpes que iban a recibir la calificación de su exámen en el parcial de marzo, entre suplicante de conmiseración y terror reverencial, y le dice:

- Usted me manda, don Simón.

- ¡Ni yo le mando ni leches! -el tono del presidente no es ni mucho menos el que se utiliza con una hermosa muchacha cuando se le susurra al oído en la última fila de butacas de un cine de barrio si aceptaría salir a dar un paseo en coche por las afueras-. ¡Vamos a ver, Ezequiel! Por aquí se especula con la idea de que usted desea ser miembro del Club de los Osos Traviesos. Hay unas opiniones que lo aseguran y otras...

- ¡Otra!

- Bueno, otra que no comparte con convicción el parecer de esa amplia mayoría. No se trata de que tenga que contestar ahora mismo, puede usted pensárselo y decirlo después, no crea que nuestra intención es atosigarle ni nada por el estilo, pero comprenda que ya es mucha perorata en torno a si quiere o deja de querer, a si le agrada la idea o no, si va usted a solicitar sentarse entre nosotros o por el contrario va a permanecer ahí de pie con su maldita bandeja en las manos. O sea, que con toda la calma que precise, meditándolo bien, sin agobios ni nada, ¡tiene usted quince segundos exactos para decir alto y claro una simple palabra, sí o no, la que usted prefiera! ¡Pero quince segundos, por todos los demonios!

- ¡S-Sí! -un segundo siete décimas, y eso porque el berrido final de don Simón le ha hecho perder un poco el equilibrio para efectuar una buena salida.

- Así me gusta. ¿Lo ve usted? Ahora ya sabemos a qué atenernos. Puede usted retirarse y en breve le daremos nuestra respuesta. Gracias, don Ezequiel.

- Por favor... Gracias a usted. Bueno, quiero decir a todos ustedes. Y no me llamen don Ezequiel, por favor. Yo para ustedes siempre seré Ezequiel, su servidor.

- Vaya, vaya -le aleja don Simón gesticulando con una mano-. Pero le queda mucho por aprender. Lo primero que aquí a todo el mundo se le trata con el don por delante, que en este Club somos todos unos señores, no lo olvide, y en segundo lugar que si usted se incorpora lo hará de igual a igual, nada de servilismos ni modestias superfluas. Que bastante tenemos ya con lo que tenemos. Bien está: le daremos una respuesta en cuanto nos sea posible.

- Sí, sí... Muchísimas gracias. Muchísimas gracias.

¿Nos acordamos del alegre caminar de que hacía gala Caperucita Roja cuando trotaba por el bosque camino de la casa de su abuelita, canturreando mientras saltaba de flor en flor, oliéndolas todas, con la frente despejada, el ánimo exuberante, las piernas frescas y ligeras, el cuerpo liviano, el espíritu saltarín y una amplia sonrisa en los labios? ¿Tra-lará-larita, y todo eso? Pues una cosa así es como se dirige Ezequiel a la barra del Café Principal a las ocho menos siete minutos de la tarde.

- Al fin parece que estamos todos de acuerdo -dice don Manuel, como sabiendo que está quitando un peso de encima a quienes se sentían a disgusto con la cábala numerística-. ¿Cuándo se lo diremos?

- Por mí, cuando ustedes quieran -responde sin ninguna reserva don Simón.

- ¿Pero estamos todos de acuerdo? -insiste don Manuel-. Que luego ya no hay remedio...

- Sí, todos.

Un consenso de esa naturaleza no es frecuente encontrarlo en los grandes debates del Estado de la Nación o al presentar el gobierno un proyecto de ley que afecte de manera sensible a los intereses de un grupo de presión. Y sin embargo en el Club de los Osos Traviesos se ha alcanzado sin ningún trauma.

No se sabe si es un buen ejemplo para los más pequeños. Tal vez sí o tal vez no, pero lo cierto es que no parece muy prudente que a las ocho de la noche de un mes de febrero estén todavía fuera de casa, con el frío que hace. Y si todavía estuviesen corriéndose una juerga descomunal, al menos tendría alguna justificación, pero tampoco es así. Da la impresión de que podrían pasarse ahí durante días enteros, meses quizás, aunque no tengan de qué hablar ni encuentren palabras para decirse.

Sí. Están a punto de sonar las ocho campanadas en la torre de la Plaza Vieja y en el Café Principal el Club de los Osos Traviesos no muestra el menor resquicio que indique que la tertulia está a punto de disolverse. Podría decirse que ya lo han hecho todo esta tarde, los contertulios se han puesto de acuerdo en aceptar nuevo miembro, el clan se ha limpiado considerablemente con la expulsión de don Timoteo, el estado de salud de don Simón no inspira temores y don Eduardo está hecho a la idea de que en su casa va a representarse esta noche el tercer acto de “Otelo”. Así pues, si la normalidad es evidente, si las horas ya se han consumido, si, en definitiva, se está haciendo tardísimo y el objetivo del día se ha cumplido sobradamente, ¿se puede saber por qué no están puestos de pie ayudándose unos a otros a ponerse el gabán, se ajustan guantes y sombreros y se facilitan el paso hacia la puerta? Desde luego no hay quien les entienda.

Sería comprensible, sólo hasta cierto punto, si por ejemplo en estos momentos se pudiese contemplar con un somero vistazo a un entrañable grupo de amigos charlando animadamente sobre algún tema vivificador, acaso sobre las aplicaciones del láser en el tratamiento de algunos males del aparato urinario y óptico, o del desarrollo de la última jornada futbolística, incluso de la crisis económica en el seno de la Comunidad Europea o, en un alarde de imaginación, de las proporciones del paisaje femenino y el peaje a pagar por contemplar algunas sierras, vaguadas, gargantas y valles frondosos; pero lo que no acaba de entenderse muy bien es que, en lugar de apreciarse estampa tan florida y primaveral, lo que se represente sea un retrato al óleo de unos señores de aspecto solemne sumidos en el silencio, inmóviles en una posición más apta para ser fotografiada que para cualquier otra cosa y sin que demuestren con alguna credibilidad que todavía están vivos. Ya sabemos que lo están, por supuesto, porque tampoco es que se conozcan antecedentes de una defunción colectiva tan repentina y coincidente, si exceptuamos la jugarreta que le gastó Dios a Ramsés en Egipto para que dejase a Moisés tomar carretera y manta con sus hebreos, pero aún así el aspecto de la tertulia es tan sombrío, severo y apático que desde luego unos muertos se estarían más formalitos, pero tampoco mucho.

Y es que nadie sabe qué está pasando en estos momentos por la cabeza de estos ancianos. Don Amadeo está mirando su sombrero nuevo como si le hubiesen asegurado en la tienda que tiene patas y esperase que de un momento a otro echase a andar por encima de la mesa. Esa es la lectura fácil que haría de su inexpresivo semblante cualquier observador poco meticulado, y sin embargo lo que en realidad está pensando es si merece la pena comprarse un sombrero nuevo para reunirse con una pandilla de ignorantes que ni siquiera ha reparado en él. Si al menos don Simón le hubiese alabado su colorido, diseño o calidad, habría merecido la pena. ¡Con la magnífica

compra que ha hecho! Pero esperar alguna muestra de sensibilidad de aquella jauría es perder el tiempo. De ahí su inexpresividad y pesadumbre.

Don Manuel reposa en su silla y mira el vaso de agua que tiene ante sí. El agua no se mueve, como es natural, seguramente debido a que por su escasa cantidad no tiene oportunidad de comportarse como le gustaría y formar dentro del vaso torrentes, rápidos, turbulencias, cataratas y cosas así, pero a pesar de ello la mirada de don Manuel no es muy diferente a la que puede contemplarse en don Amadeo: ausente, inmóvil, indiferente, fija. Si un argentino aprendiz de psicoanalista, estudioso de Freud, tuviese que contestar en un exámen parcial liberatorio qué consecuencias pueden extraerse del cuadro, seguramente diría que don Manuel tiene un problema sexual traumático arrastrado desde la infancia que le está causando un estado de ansiedad contenido, y el vaso es para él el útero materno y el agua se convierte por tanto en una fijación subconsciente que le lleva a una angustia paralizadora porque significa todas las lágrimas que hubiese necesitado para dormir por la noche junto a su madre en vez de en la soledad de su cuna, sintiéndose culpable por no haber llorado lo suficiente. Pues nada, un suspenso como una casa. Porque lo que en realidad está pensando don Manuel es que si siguen así las cosas cada vez va a tener más difícil su ingreso en la Academia, que es lo único a lo que aspira, y que tal vez sería una buena solución echar unos pellizquitos de cianuro en el depósito de agua que alimenta el edificio de la Real Academia Española y así algunos académicos, en su inocente gesto de humedecer su boca en las reuniones de los jueves, sufrirían unos trastornos digestivos muy capaces de catapultarles al más allá, sin despertar sospechas, que es lo bueno.

Don Severino tiene los párpados entornados, la barbilla temblorosa, la espalda desplomada en el respaldo de la silla y su mano izquierda, depositada levemente en la mesa, acaricia el ticket en el que figura el importe de las consumiciones. Las yemas de sus dedos extendidos pasan una y otra vez por

la superficie rugosa del papel reciclado, pudiera pensarse que de manera casual, puramente mecánica. Los ojos miran distraídos el papel, semiencerrados por los párpados terciados. Nada más fácil de deducir que lo que don Severino piensa es que no hay forma de poder dirigirse a sus amigos y contarles con todo lujo de detalles la historia de una pardela llamada “Cenicienta”, esa historia tan entrañable con la que gozarían a poco que les quedase un ápice de espíritu sensible, a nada que en aquellos restos humanos sobreviviese una micra de apego a las emociones fuertes. Eso podría estar pensando, y sin embargo nada más lejano a la realidad. Porque lo que piensa don Severino, una vez que ha visto el importe de los cafés, es que los precios españoles son los más valientes del mundo, no retroceden jamás. Si nuestro país tuviese un ejército con tan aguerridos soldados, a él no le importaría mandar una división y lanzarse a la conquista del mundo. La nostalgia de las hazañas bélicas, las aventuras militares y la acción guerrillera nunca deja de estar presente en su pensamiento.

Y así, poco más o menos, todos. Don Ismael se está tomando el pulso, don José le está observando con una mirada a medio camino entre la compasión y la bofetada, don Eduardo intenta recordar la dirección de alguna pensión baratita por si esta noche se tuercen las cosas y Goyito calcula los años que aún le faltan para abordar con alguna posibilidad la larga carrera hacia el sillón presidencial. Que don Camilo piense en Trinidad, don Práxedes en el aspecto de las setas que dieron buena cuenta de su subsecretario y don Secundino en las colegialas que ha visto esta mañana a la puerta del colegio que hay enfrente de su casa no es novedad reseñable, al igual que don Simón conserve ese aspecto bobalicón que pone cuando piensa en Drake o que don Jacinto observe a su maestro y amigo en la convicción de que esa cara de felicidad mema y pasmada se debe a que no está del todo bien, porque desde luego ha visto muchas caras tontas en su vida, pero aquélla bate todos los records en lo que se refiere a papanatería y necesidad.

Don Justo Mayo Florido permanece ausente en el contexto de la algarabía de sus compañeros, por llamarla de alguna manera. Se siente cansado, la tarde ha sido larga y, sobre todo, intensa, y aunque recuerda aquel chiste del detective que informa a su cliente que su empleado ha salido de la oficina, ha ido a su casa, se ha metido en su cama y se ha acostado con su mujer, y a continuación le pide permiso al cliente para tutearle (“es que, mire usted: tu empleado ha salido de la oficina, ha ido a tu casa, se ha metido en tu cama y se ha acostado con tu mujer, ¿entiende ahora lo que le quiero decir?”), no tiene ninguna gana de contarlo, seguramente porque ya lo ha contado alguna vez o porque tal vez se lo hayan contado a él allí mismo, que bueno está de memoria para estar seguro de algo. En definitiva que, visto lo visto, toda conclusión diferente de que los Osos atraviesan por un breve periodo de letargo sería palmariamente errónea.

Un letargo que, dicho sea de paso, está a punto de finalizar. A las puertas acristaladas del Café Principal se está acercando en estos instantes, a paso vivo y con un semblante que haría dudar por unos momentos al mismísimo Stallone, doña Úrsula Purificación del Niño Jesús Atienza, señora de Pequeño Valle. Cualquier similitud entre su rostro y la campechanería de Frank Sinatra en la película de los marineros cantarines es pura coincidencia. En la mano lleva un papel blanco, concretamente de las dimensiones, color y formato de un sobre, con su sello y todo, y a veces lo agita y en otras se sirve de él para abanicarse, aunque podría sospecharse que el acaloramiento de la buena señora no tiene nada que ver ni con trastornos menopáusicos -a buenas horas-, ni con la temperatura ambiental, que debe rondar los cinco grados centígrados. Haríamos mejor pensando que algo no del todo gratificante debe contener el sobre de marras para que a doña Úrsula se le suban los colores de esa forma.

No es por alarmar, pero mucho es de temer que el letargo del Club de los Osos Traviesos está llegando a su fin, como se puso el fin a toda una época

histórica con la caída del Imperio Romano. Y tanto es así que en este preciso instante, cuando la doña abre la puerta con una energía que para sí hubiese querido Roma para evitar resbalar y finalmente caerse con todo su Imperio, cuando se planta a pasos grandes y sonoros ante los somnolientos tertulianos, y cuando por fin mira a su marido con una simpatía irreconocible por los usos sociales y la costumbre, a nadie puede extrañar que trece señores (doce) de talante pausado, relativa placidez y en momentos de relajación y sosiego como los que estaban viviendo, brinquen en un sobresalto rotundamente desaconsejable para su normal ritmo cardíaco, despierten a la realidad de una manera excesivamente brusca y, a falta de mejores recursos, los trece (doce) empiecen a deshacerse en halagos acerca de la gran alegría, encantadora sorpresa, belleza ornamental, delicadeza en el vestuario y formidable aspecto general que su visita y ella misma supone para todos ellos. Los trece (doce) contertulios se han puesto de pie rodeando a doña Úrsula y poco después, todo lo más un minuto, al fin don Ismael desciende de la lámpara del techo a la que se había subido del brinco y, más aliviado del susto, se suma al coro de halagos y delicadezas con que los trece (ahora sí) sin excepción están obsequiando a la señora.

- Buenas tardes, señores. Buenas tardes, don Simón. Sí, sí, muchas gracias, muchas gracias. Buenas tardes. Muchas gracias.

- Por favor, siéntese con nosotros, doña Úrsula -don Simón aproxima una silla con una cortesía desmedida-. No sabe el placer que representa para nosotros su visita. Una auténtica sorpresa, auténtica y deliciosa sorpresa por otra parte. Siéntese, por favor.

- No, gracias. Si es un momentito nada más. Hola Eduardo.

- Hola, Úrsula -don Eduardo no está seguro de nada pero sabe que en momentos como esos son en los que la opinión pública distingue a un bocazas de un hombre prudente, por lo que procura no hablar-. Vamos, siéntate. A mis amigos les encantará.

- Bien. Pero será un momento -doña Úrsula se sienta con cuidado, con una calma envidiable, sin soltar el sobre que lleva agarrado con fuerza en su mano izquierda, como si se tratase de su bolso-. He venido lo antes que he podido.

- Pero..., ¿por qué te has molestado, mujer? -Don Eduardo está demasiado cortés, y si hay algo que traicione a un marido cuando está ocultando alguna cosilla es el exceso de galantería-. Sea lo que sea, podrías haber esperado a que llegase a casa.

- ¿Esperar? -se indigna doña Úrsula-. ¿Cómo crees tú que puedo esperar tan tranquila en casa después de saber lo que he sabido? No me conoces nada, Eduardo, pero nada de nada. Yo no tengo sangre para esperar.

- Bueno, bueno, pero no te enfades -se achanta el marido.

- ¿Tomará alguna cosita, doña Úrsula? -le ofrece don Simón-. ¿Un cafetito?

- No, gracias. Un cafetito... Uy, qué cosas tiene usted, don Simón. Esta noche no podría pegar ojo.

- ¿Una copita? ¿Tal vez un poquito de Marie Brizard? Es muy bueno, muy dulce -se deshace don Práxedes-. Eso no le puede sentar mal...

- Tampoco, tampoco. El alcohol me marea.

- Pero el anís apenas tiene alcohol -sentencia don José-. Es como un caramelo.

- Parece mentira que pueda usted decir esas cosas, doctor. Le tenía por un hombre más juicioso. Que no tiene alcohol, dice... Qué cosas.

- Pues una tónica, ya está -dice don Justo-. No se hable más. ¡Ezequiel! Una tónica para doña Úrsula, volando.

- Hay que ver cómo se nota el uniforme, general -coquetea doña Úrsula-. Ustedes los militares siempre tan resolutivos, tan decididos, tan... ¡hombres! Ha acertado usted. Una tónica. Y ahora, antes que nada, permítanme que yo...

Si hasta hace un instante los contertulios estaban entregados en cuerpo y alma a doña Úrsula, aterrados por el motivo de su visita y sin saber cómo reaccionar si finalmente, como cabía suponer, se desencadenaba la erupción del Etna en medio de la Plaza Vieja, ahora todos ellos han contenido la respiración, han logrado separar los globos oculares por lo menos dos centímetros de sus órbitas hacia afuera, en un malabarismo irrepetible, y se han incorporado en sus sillas no saben si para respirar mejor o para salir corriendo en cuanto la lava empiece a quemarles los pies. Si el terremoto se produce, al día siguiente saldrá en los periódicos que el epicentro se localizó debajo de las mesas del fondo del Café Principal, a las veinte horas y siete minutos, y con una intensidad 7, por lo menos, en la escala de Richter. Ante tales probabilidades, como es lógico, nadie quiere perderse una coma de lo que puede ocurrir y por eso están así, tan tensos, sin saber si decidirse por la lipotimia o por la trombosis cerebral.

- ...permítanme que yo -continúa doña Úrsula- me interese lo primero por la salud de mi marido, pobrecillo, que menudo trago ha debido pasar con ese don Timoteo, que nunca he entendido cómo han podido aceptarle entre ustedes. Así que, díme, Eduardo, ¿cómo estás?

- Muy bien, cariñín. ¿Y tú?

¿Alguien recuerda la cara de imbécil que ha puesto don Simón al pensar en su perro y la preocupación que tanta simpleza y papanatismo ha producido en don Jacinto? ¿O la sonrisa que suelen poner las presentadoras del telediario cuando informan de los números que han conformado la combinación ganadora de la lotería primitiva? ¿Es imaginable, en resumidas cuentas, la cara que debió de poner Carlos II, “el hechizado”, el día que le comunicaron que le habían encontrado novia y al fin podría casarse? Pues nada en comparación con la que ha puesto don Eduardo mientras articulaba lo de “cariñín”. Y luego dicen que si las mujeres tienen un sexto sentido, si son unas brujas, si se dan cuenta de todo, si descubren a sus maridos con una

simple miradita cuando vuelven a casa después de alguna fechoría... Pero bueno, ¡es que con caras así, no es necesario tener dotes de observación mayores que las que pueda tener un pirata de doble parche! Don Eduardo no ha debido decir lo de “cariñín” -sobre todo teniendo en cuenta que no le decía nada parecido a su mujer desde 1949- ni mucho menos acompañar al despropósito una composición gestual tan alejada de la naturalidad como lo pueden estar los alimentos congelados. Si se habrá excedido don Eduardo que hasta don Severino, por lo común el menos preocupado de los contertulios por las florituras musculares faciales de sus compañeros, no ha tenido por menos que echarse las manos a la cabeza, desplomarse sin disimulo en su silla y musitar un recio y cuartelero “¡La ha cagado!” más propio en todo caso de don Justo que de su inveterada moderación. Doña Úrsula, que iba a responder a su marido que ella se encontraba bien, aunque un poco preocupada por él después de lo que el doctor le había comunicado por teléfono, y que por eso había ido a buscarle al Café, para llevarle a casa, se ha parado en seco como si lo de “cariñín” hubiese sido un muro imposible de atravesar, ha mirado a su marido con una extrañeza no exenta de desconfianza, duda, suspicacia y escama y ha guardado silencio en un reconcomio que le ha llenado de conjeturas.

- ¿”Cariñín”? ¿De verdad he oído bien, Eduardo? ¿Has sido tú el que ha dicho lo de “cariñín”? ¡Eduardo! ¡Tú me estás ocultando algo! ¡Te conozco de sobra, no me vengas con cuentos! ¿Qué significa eso de “cariñín”?

- Bueno, mujer..., no sé -las orejas de don Eduardo han decidido ponerse rojas por su cuenta, su lengua se ha empeñado en asistir a un baile de disfraces eligiendo el disfraz de estropajo y su reconocido dominio de las situaciones difíciles ha optado por salir a dar un paseo por los arrabales de la ciudad, a quince kilómetros del Café-. Quiero decir que no te preocupes por mí, que yo estoy bien, muy bien, sí, pero que muy bien, bien...

- Si tú lo dices... Pero no sé, te encuentro raro... No sé, supongo que serán los nervios... Y es que las discusiones no son nada buenas, Eduardo, te lo tengo dicho.

- Sí, mujer, sí. Tienes razón.

Don Eduardo nota que, gracias a Dios, su Reconocido-Dominio-De-Las-Situaciones-Difíciles ha debido de tener un mal encuentro en los barrios bajos y está regresado a toda prisa al lugar de donde nunca debió salir. Que el baile de disfraces ha debido de suspenderse y que sus orejas han dejado de tomar decisiones por su cuenta. Todo ello le hace recobrar un ánimo más parecido a la calma que al pánico, aunque aún navegue entre dos aguas, y se atreve a intentar un amago de contraataque para comprobar el estado real de las líneas defensivas del contrario. Nada, un balón largo, no vaya a pensarse, pero con la concretísima función de ejercer de globo sonda, de otear el horizonte y regresar de inmediato a informar del estado general del terreno.

- Ya te lo he dicho, Úrsula, me encuentro bien. Y ahora mucho mejor que antes, porque estaba preocupado por ti.

Los Osos Traviesos miran alternativamente a don Eduardo y a Doña Úrsula con interés, aunque en realidad el término expectación define mejor la situación, y si se antepone el adjetivo feroz tampoco sería una exageración. Miran a uno y otra ferozmente expectantes, intentando ir puntuando con objetividad los asaltos del combate para ir haciéndose una idea de quién de los dos ganará por puntos si antes no se produce un KO, lo que en absoluto es descartable, tal y como están las cosas. Parece que don Eduardo se está recuperando bien del primer derechazo al mentón que le ha propinado doña Úrsula, y que esa manera de contrarrestar con el amago de gancho al hígado (“Yo estaba preocupado por ti”) no ha sido mala idea, aunque ha dejado desguarnecida la defensa y a nada que doña Úrsula lance su izquierda a la mandíbula de su marido, el pobre va a caer desplomado como un fardo.

- ¿Preocupado? ¿Y por qué habrías de estar tú preocupado por mí? ¿A santo de qué? Eduardo, hijo... ¡Tú me estás ocultando algo!

- ¿Yo? ¿Ocultando yo? ¿Qué habría de ocultar yo? ¿Habéis oído a mi mujer, amigos? Ocultando yo... ¿Qué podría ocultar yo? ¿Ocultar? ¿Yo ocultando? No, no... Ocultar yo... ¡Lo que hay que oír!

Otros siete puntos para doña Úrsula. El contrario sigue aún en pie en el cuadrilátero, al menos no ha llegado a besar la lona, pero se está tambaleando peligrosamente. Don Simón, al quite, decide contarle hasta nueve para permitir que se recupere un poco.

- Así es que en casa todos bien...

- Muy bien, gracias. En la suya también, supongo.

- Oh, sí. Desde luego.

- Pues no sabe cómo me alegro. Pero ahora me gustaría saber si me estás ocultando algo, Eduardo, si...

- Su tónica, señora -Ezequiel no ha podido ser más oportuno. Este hombre se merece una silla en el mejor lugar de la tertulia-. Y además le he traído unas aceitunas como aperitivo, son riquísimas, ya verá. Aceitunas rellenas de anchoa. ¿Le gustan, verdad?

- Sí, sí... Muchas gracias. Tomaré una. Y ahora, Eduardo...

- ¿Sí, Úrsula? -don Eduardo la mira como si, en plena luna de miel, estuviese dispuesto a complacerla en lo que pidiese, fuera lo que fuera.

- ¿Me permite una aceitunita? -interrumpe don Práxedes-. Las tengo prohibidísimas, pero un día es un día. Celebraré la grata sorpresa de su visita.

- Y yo tomaré otra -mete sus dedos en el platillo don Manuel.

- Yo también -hace lo propio Goyito.

- Son deliciosas -dice don Camilo mientras mastica la suya-. Seguramente ustedes no sabrán el origen de la aceituna, pero yo voy a contársela. Ya en la época de los romanos...

- ¡Y luego yo les contaré el proceso de fabricación del aceite en Jaén!
-anuncia don Justo-. Es de lo más curioso.

- ¡Y don Severino tiene que contarnos lo de la “Cenicienta”! ¡Una pardela llamada “Cenicienta”! ¿Se imagina, doña Úrsula? -don José se dispara.

- ¡Sí señora! ¡Una pardela! Es una especie de gaviota, y los hechos ocurren cerca de La Coruña -don Severino está encantado.

Todos los Osos Traviesos se han dado cuenta de que han de acudir como un solo hombre en ayuda de don Eduardo, en estos delicados momentos; y unos a otros se van quitando la palabra proponiendo temas de conversación que, de llevarse a cabo, ofrecen material de sobra para permanecer allí sin regresar al tema central de “La Ocultación” por lo menos durante mes y medio o dos meses. Doña Úrsula les observa con un desconcierto notable; de repente ha descubierto que lo que parecía un tribunal popular juzgando al enemigo público número uno, atendiendo con solemnidad a lo que se decía y sin interrumpir el normal desarrollo de los interrogatorios, en un momento se ha convertido en una sesión de la Comisión Gestora de una Cooperativa de Viviendas eligiendo a la nueva Junta Directiva. Todos hablan a la vez, en voz alta, y sin perder de vista a cada frase ni a doña Úrsula ni a don Eduardo, que se ha dado cuenta del esfuerzo que están realizando sus amigos y lo agradece con una sonrisa que no le pasa desapercibida a su mujer. Ella, escapando de su desconcierto con la revelación de que algo no del todo normal está ocurriendo, levanta la mano, la deja caer sobre la mesa con un impulso en absoluto carente de energía y se incorpora para ponerse de pie. Los Osos han observado el gesto y callan de inmediato. Don Eduardo frunce el ceño sin explicarse el comportamiento de su mujer y don Simón, haciendo además de incorporarse también, solicita con los ojos a doña Úrsula una explicación a su llamada de atención.

- Perdonen, pero Eduardo y yo nos marchamos ya. Hoy ha tenido un día muy malo y le conviene descansar. Y por lo que veo, ustedes tienen todavía muchas cosas de qué hablar. ¿Vamos, Eduardo?

- Mujer, termina de beberte la tónica. Para una vez que vienes... Con mis amigos no puedes ser tan estricta. Quieren charlar contigo...

- Otro día, prometido. Todavía tengo que preparar la cena. Y miren qué horas son ya.

- Unos minutos más, por favor. Mujer, no seas así.

- Está bien. Unos minutos. Y por cierto, antes de que se me olvide, ¿a qué no sabes qué traigo aquí?

Doña Úrsula acaba de agitar en alto el sobre sin remite que traía en su mano. Directo, impacto y K.O. Don Eduardo finge ignorancia pero no lo hace muy bien. Entre el desmayo y el ataque opta por poner cara de concursante de televisión y balbucea:

- Tu pensión. La mía. El recibo de la luz. Una carta de Eduardito. Que me dan el Nobel. Tu demanda de divorcio. Del Banco, que no hemos pagado algo. ¡Y yo qué sé! ¿Cómo voy a saberlo?

- Nada de eso. Es un sobre sin remite. Supongo que será el anónimo con el que, como decía el doctor, pretende vengarse ese don Timoteo. ¿Quieres abrirlo tú?

- ¿Abrirlo? ¡Ni hablar! -don Eduardo reacciona de una manera un tanto histérica, descentrado, sin saber si abalanzarse sobre el sobre y romperlo o no tocarlo porque le abrasa en sus dedos. Y en su aturullamiento hace ambas cosas a la vez, acercando su mano y alejándola inmediatamente, un ejercicio muscular de brazos muy recomendable para la circulación sanguínea pero no del todo apropiado para un momento como este. Y se contradice:

- ¡Trae! ¡No! ¡Dame! ¡Rómpelo tú! ¡No, trae! ¡No, no, no quiero ni verlo!

Nuestros amigos asisten al derrumbamiento de don Eduardo con la misma angustia con la que asistirían a la de la Catedral de Burgos a manos de la piqueta, o al desmantelamiento piedra a piedra del acueducto de Segovia porque el Ayuntamiento ha decidido poner en su lugar un Centro Comercial, un *burger* y un bingo. Tan sólo el doctor Trompeta, rememorando los momentos estelares del ejercicio de su profesión médica, sabe que tiene que intervenir y lo hace de una manera pausada, profesional, serena y muy convincente:

- Deme usted, doña Úrsula.

Ella conservaba el sobre en el aire, al alcance de su marido, y el doctor es quien lo toma con suavidad, lo mira y remira por un lado y otro y lo abre con parsimonia. Ve el papel interior, aún sin sacarlo del todo del sobre, lo desdobra un poco para comprobar lo que contiene y, respirando hondo, vuelve a introducirlo en el sobre. Arquea las cejas, dobla el sobre y continúa, acompañándose de un suspiro muy ensayado:

- Como médico y amigo, doña úrsula, le recomiendo que destruya esta carta antes de leerla. Es, como ya nos imaginábamos, una manera mezquina de don Timoteo de continuar sembrando la cizaña entre sus amigos. Una nota anónima sin fundamento que sólo puede provenir de la mente enfermiza del hombre que hoy ha expulsado su marido de esta mesa. Permítame.

Y ante los ojos de asombro de todos, con una serenidad de dentista extrayendo una muela, sin el más mínimo movimiento brusco pero sin el menor titubeo ni duda, don José coge el mechero de don Camilo, acierta a encenderlo, aplica la llama a un extremo del sobre y, una vez bien envuelto en llamas, por un lado y por el otro, lo deja caer en un cenicero para que se consuma y purifique en la más hermosa hoguera jamás vista, ante los ojos de una mujer, trece ancianos y un camarero. Y una vez renegrido el papel, hecho ascuas y desaparecida la única prueba que estaba desmoronando al pobre don Eduardo, don José, con la misma parsimonia con que ha efectuado la

operación, devuelve el mechero a don Camilo y le dice, con una media sonrisa de satisfacción por el placer de lo bien hecho:

- Después de todo, el hábito de fumar tiene sus ventajas, don Camilo. Yo estaba equivocado.

Si a doña Úrsula le preguntasen ahora por qué esos hombretones aparentemente tan serios y formales han estallado en una estruendosa carcajada y se han puesto a aplaudir frenéticamente, como si acabase una actuación de Sarita Montiel con *strip-tease* incluido, no sabría qué responder. Y si además tuviese que explicar qué le está impulsando a su marido a besar las manos de don José sin el menor recato, tartamudearía un buen rato antes de confesar que no tiene la más remota idea. Claro que nuestros amigos, hombres al fin, desconocen casi todo respecto a las mujeres y ni por un momento se imaginan que doña Úrsula está esperando pacientemente a que acabe aquella muestra tribal de festejo pagano en torno al fuego para profundizar en su seriedad, elevar la voz y preguntar tajante con una inquietante suspicacia que no deja lugar a dudas con respecto a sus propias conclusiones:

- ¿Alguno de ustedes puede explicarme cómo es posible que si don Timoteo ha sido expulsado esta misma tarde, pongamos que a eso de las seís, para no discutir, media hora después el amable cartero haya podido dejar en nuestro buzón el sobre? ¿Es que desde las seís, digamos, a las seís y media alguien tiene tiempo para escribir una carta, echarla al buzón y conseguir que llegue a su destino? ¿Hay quien pueda explicármelo?

No ha sido mala la pregunta, no. Ni muchísimo menos. Incisiva, intencionada, concisa, concreta... Comprensible, pues, que por unos instantes se produzca una especie de catarsis colectiva, algo así como un impacto súbito ante la noticia de que El Vaticano ha decidido estudiar la beatificación de Julio Anguita, pero se trata de unos instantes tan sólo porque muy pronto

don Justo Mayo Florido reacciona con la agilidad intelectual que ya le conocemos para decir:

- -Es que usted no sabe lo que ha mejorado el servicio de Correos últimamente, doña Úrsula! ¡Una barbaridad!

- En efecto –añade Goyito-. Ya no es ni mucho menos lo que era. Ahora es formidable.

- Como flechas, son como flechas -confirma don Severino.

- La admiración de toda Europa, no le digo más -exagera don Secundino.

- Muy cierto, muy cierto -se salta todos los límites don Simón en su comentario-. No le digo más que ahora puede usted enviar una carta a Canarias y la reciben antes de que usted la eche al buzón. Como allí es una hora menos...

- ¿Nos vamos, Eduardo? -doña Úrsula da la impresión de que ya ha oído bastante y no le importa que se le note-. Es muy tarde y tienes que descansar. Porque mañana quiero que estés aquí a las cuatro y media en punto. Tienes unos amigos que, desde luego, no son fáciles de encontrar. ¡Qué ejemplo de lealtad y cariño, qué ejemplo! La Medalla de la Madre y Hacienda podrían tomar buena nota...

Don Eduardo se está yendo del brazo de doña Úrsula muy satisfecho, con una amplia sonrisa en todo su rostro y esforzándose en llevar la espalda erguida para mostrar su victoria frente a los nubarrones sombríos que amenazaban su futuro inmediato. Es cierto que antes de iniciar la marcha se ha encogido de hombros y ha hecho a sus amigos una seña bastante significativa de que no sabe en qué puede acabar todo aquello, pero lo cierto es que ahora se está alejando del Café y todo parece indicar que lo peor de la tormenta ya ha pasado. Cree, con un optimismo infundado basado en el desconocimiento habitual que los maridos tienen de sus mujeres, que al final escampará del todo.

- No quiero que pase ni un día más sin enterarme de qué hay de cierto en lo de esa jovencita de don Eduardo -comenta don Justo una vez que la pareja se ha alejado lo suficiente-. Mañana, sin falta, exigiré que me lo aclare o va a enterarse ese botarate de lo que es una batería de anónimos. Me tiene hartos. ¡Qué trago nos ha hecho pasar! ¡Qué trago!

- Pero al final ha salido todo muy bien, hombre, no se incomode -dice don Simón, respirando profundamente.

- Y además creo que está todo bien claro, general. Nada de nada. Fantasías de don Eduardo. ¿O usted cree que con semejante esposa un marido puede llegar a casa mucho después de la hora de finalización de nuestros encuentros? Nada, hombre, fantasías. Pues buena es esa señora.

- Bueno, yo me voy -se levanta don José-. Creo que el día ha sido más que movido. Dormiré como un lirón, ya les contaré.

- Suerte que tiene usted -exclama don Ismael-. Yo creo que después de todo lo que ha ocurrido esta tarde no voy a poder conciliar el sueño en una semana. ¿Le acompaño, doctor?

- Si no hay más remedio...

- Yo también levanto anclas -anuncia el general.

- ¿Se van a ir todos? ¿De verdad que se van todos? -se entristece don Severino mostrando una mirada suplicante que da lástima-. ¿Y lo de “Cenicienta”?

- Hay más días que longanizas, don Severino -le palmea cariñosamente la espalda don Justo-. Mañana nos lo contará usted.

- Pero es una historia tan hermosa...

Poco a poco los miembros del Club de los Osos Traviesos se van incorporando y distribuyendo sus abrigos, bufandas y guantes. Don Amadeo se coloca el sombrero con mimo, repitiendo la operación varias veces por ver si alguien repara en su novedad. Nadie le mira, nadie parece darse cuenta de que le cubre el más magnífico de los sombreros que jamás hayan asistido a las reuniones del Club y al fin, herido por la indiferencia general, decide tomar la iniciativa:

- ¿Qué le parece el sombrero, don Simón? ¿Le parece que he estado acertado en la compra? -solicita hipócritamente consejo para que, con la excusa, su vanidad no se ponga de evidencia.

- Oh, sí, desde luego. Ya me había fijado antes pero no estaba seguro de su novedad y por no incomodarle, no le he dicho nada. Es un gran sombrero. Espléndido, espléndido. Y le sienta a las mil maravillas.

- ¿De verdad lo cree así? -don Amadeo no puede evitar la pluma.

- Divinamente. Yo dijera que ni hecho a medida.

- Pues muchas gracias.

- Buenas noches, señores -se despide don Jacinto tomando del brazo a don Simón para caminar mejor y acompañarse mutuamente.

- Buenas noches -les despide también don Secundino.

Nadie repara en la más sangrante crueldad que en estos momentos se está viviendo en el Café. Ezequiel, herido de muerte, está ayudando a unos y otros a ponerse los abrigos, esperando en un estado agónico indescriptible que alguien le facilite información acerca de lo suyo. Quisiera saber si han tomado alguna decisión, si es su último día como camarero y mañana será el primero como contertulio o bien tendrá que esperar angustiado durante mucho tiempo la decisión de la asamblea. Mira a unos y otros, observa cómo van desfilando por parejas hacia la salida y con cada ausencia la herida se le abre un poco más. Muy pronto se va a desangrar del todo y cuando quieran darse cuenta van a encontrar sólo una chaquetilla rojiblanca al otro extremo de la bandeja. Don Eduardo se ha ido con su mujer; don Simón y don Jacinto caminan en estos momentos a través de la Plaza Vieja, acompañados por don Secundino, que también va del brazo de don Simón porque si para él, durante el día, todos los gatos son pardos, de noche es incapaz de distinguir un gato de una castañera; don Ismael persigue al doctor Trompeta por la acera sin el menor disimulo, ignorando que el doctor ya no le escucha ni aunque quisiera, y don Amadeo, más feliz que la Mona Lisa observando a un turista desde su cuadro, está abriendo las puertas del Café Principal con la gallardía precisa para que todos puedan admirar la altivez de su estampa impecable, el aspecto tan colosal que le confiere el nuevo sombrero. Don Justo charla con don Manuel de los inconvenientes que procuran las esposas y de la tranquilidad que acompaña en ciertos casos la viudez, y metidos en consideraciones del tipo de “es que cuando un hombre dice que se casa con una mujer para quererla durante toda su vida, lo hace con la esperanza de que sea toda la vida de ella, naturalmente”, se van alejando hacia la puerta de salida. Sólo quedan junto a las mesas, terminando de enfundarse en sus ropajes de abrigo, don

Camilo, don Práxedes y don Severino, porque Goyito, al igual que llega, con la misma velocidad se va, y ya ha iniciado el primer paso para poner en funcionamiento los cohetes y esfumarse como si llegara tarde a algún otro sitio.

Ezequiel no sabe qué puede hacer para llamar la atención acerca de “lo suyo”. De natural prudente, e incapaz de hacer algo que pueda molestar a alguien, no se le ocurre la manera de abordar la cuestión de manera tal que parezca casual y además le reporte alguna satisfacción a este impulso de curiosidad que le ha asaltado con una intensidad como no recuerda, a pesar de que ha perdido unos cuantos segundos en búsqueda de antecedentes. Si se dirigiese cara a cara a don Práxedes y le espetase sin miramientos una frase del tipo “¿Qué hay de lo mío, don Práxedes?”, podría resultar de una impertinencia sin precedentes y su mera enunciación trastocar el rumbo de una posible voluntad positiva cociéndose en la mente de estos señores. Al día siguiente don Práxedes podría comentar algo así como “hablando de impertinentes, miren ustedes lo que me espetó anoche Ezequiel, sin el menor comedimiento”, y ya se habría echado todo a perder. Tampoco sirve de mucho, piensa, hablar con don Severino, tan metido siempre en sus cosas, con ese aspecto tan introvertido y mohino, un hombre tan dispuesto a permanecer en el anonimato hasta el fin de sus días, como el inventor de los supositorios o el peluquero de Pinochet. Todo lo más podría preguntarle si se ha tratado su solicitud de ingreso en la reunión de hoy, pero lo más probable es que don Severino le mirase como si intentara descubrir cuántas pestañas se le han caído de ayer a hoy y ni se molestara en contestar. Y si fuese don Camilo el interpelado, a lo mejor no sólo no le contestaría sino que además le enseñaría otra vez la fotografía ajada de color sepia que lleva de doña Trinidad en la cartera, y tendría que volver a decirle eso de “muy bella, sí señor, qué gusto ha tenido usted siempre para las mujeres”. Maldita sea, cuánto se ha de sufrir siendo pobre, piensa mortificándose el camarero.

- Ah, Ezequiel, dispéñeme un breve apunte -don Práxedes se dirige a él con su natural predisposición oratoria-. Con tan descomunal alboroto y sucesión de acaeceres, no ha habido tiempo de comunicarle que nos es muy grato contar en el Club con un afiliado de tantas cualidades como las que usted atesora. Así es que, si lo estima oportuno, puede proceder sin más dilación a establecer las condiciones de finiquito y liquidación que sean menester entre usted y don Vicente para que pueda tomar asiento entre nosotros mañana mismo, si esa es su voluntad. La decisión ha sido adoptada por unanimidad tras la correspondiente ronda de consultas, lo que debe hacerle sentir satisfecho. Perdona usted esta manera tan poco solemne de comunicarle la nueva pero le aseguro que, en su primera comparecencia, y si el resto de mis compañeros no oponen objeción alguna, yo mismo pronunciaré el preceptivo discurso de bienvenida que voy a preparar con sumo cuidado, tal y como a usted corresponde y se merece. Por ahora, nada más. Bienvenido sea y que nuestra compañía no le defraude, don Ezequiel.

- Yo..., no sé que decir -Ezequiel ha entrado en éxtasis y no es descartable que corra a los servicios en los próximos minutos a deleitarse con un buen llanto tonificante. Después, más relajado, irá a entrevistarse con don Vicente Pavón, el dueño, le comunicará su decisión de acogerse a la jubilación anticipada y mañana por la mañana tramitará en los servicios oficiales correspondientes el pase a su nueva situación, al objeto de empezar a disfrutar la nueva vida que le espera para acompañarle de manera ininterrumpida hasta el umbral del fin natural, dentro de un montón de años.

Don Práxedes le da una palmadita en la espalda, muy cariñosa, acompañada de una sonrisa sincera. Don Camilo, aviado en su vestimenta, también le sonrío mientras desde las profundidades de su cavernosa voz le transmite una enhorabuena que el camarero agradece con una sonrisa boba imposible de dominar. Ezequiel es un manojito de nervios, está excitadísimo, y una curiosa gota de rocío se ha asomado a su lagrimal para no perderse ni un

detalle del momento y después poder contarlo. Es uno de esos raros instantes en la vida de un ser humano en los que se comprende el significado exacto del concepto de felicidad. Ezequiel podría reír, llorar, saltar o desplomarse en una silla, agotado después de la gran tensión que ha vivido. Un gran día, sin duda.

También han partido ya don Práxedes y don Camilo, juntos, alejándose lentamente del lugar que mañana les espera otra vez para continuar diciéndose a ellos mismos lo que nadie parece querer entender. Se alejan del único rincón en el que pueden demostrar con testarudez que los viejos también tienen vitalidad, que son seres útiles porque son sabios, y su experiencia y sabiduría se está desaprovechando todos los días en nombre de una paradoja teñida de imbecilidad, aquella que dicta que en una sociedad moderna no hay lugar para los inútiles, para los inservibles. Tienen sus manías, desde luego, pero tampoco son tan diferentes de las de los demás. Han encontrado en un rincón del Café Principal un lugar apartado, casi escondido, desde el que gritarse entre ellos que la vejez no es patética, sólo es biológica, porque si lo gritasen a los demás no sólo no les harían caso sino que más de uno encontraría en ello un buen argumento para acusarles de demencia senil y aparcarles en una cuneta hasta la hora en que pasa el camión de la basura. Ezequiel ha comprendido que merece la pena escucharlos, que despreciarlos es una necesidad, y por eso desea compartir con ellos silencios, quejidos y malhumores, ponerse en el lado de los inservibles, alistarse en el batallón de los sobrantes. Y ha comprendido también algo mucho más importante: que no importa la edad para sentir el miedo a la soledad, a la muerte y a la insensibilidad del mundo, con la diferencia de que si ocurre en otras edades se le llama enfermedad y en la vejez se le llama culpa.

Ezequiel se ha quedado solo, de pie, mirando alejarse a don Práxedes y a don Camilo. No ha reparado en que en la mesa, todavía sentado, don Severino está mirándolo con curiosidad, con una mirada especulativa,

reflexiva, juzgadora. Don Severino le está mirando a los ojos y considerando si él le escucharía en el caso de que se decidiese a contarle algo. Supone que sí, y no sólo por la cortesía natural del camarero, que podría confundirse con el servilismo y el complejo de inferioridad, sino porque en un día de fiesta uno puede soportar cualquier cosa, y para Ezequiel hoy es fiesta. Pero a don Severino no le gustaría que le escuchasen por cortesía ni por festividad, lo que desea es que “interese” la historia que se trae entre manos toda la tarde y que ha sido imposible colocársela a alguien. Por eso está mirando con curiosidad a Ezequiel, especulando con la posibilidad de que a su nuevo contertulio le pueda interesar conocer la prodigiosa historia de una pardela llamada “Cenicienta”, que desde hace unos años veranea en Santa Cruz, muy cerca de La Coruña.

Ezequiel, recobrando la movilidad y despertando apenas de un sueño con el que le va a costar lo suyo dormir esta noche, se da cuenta ahora de que don Severino aún no se ha ido. Su ademán de ir a recoger las tazas y los vasos para limpiar las mesas se interrumpe al enfrentar su mirada a la del ex-sargento y, todavía excitado, le dice:

- ¡No sabía que aún estuviese aquí, don Severino! ¡Qué imperdonable descuido!

- No se preocupe, don Ezequiel. A mí hace muchos años que nadie me ve. Estoy acostumbrado.

- Vamos, vamos -el camarero intenta suavizar la tristeza que se desprende de la queja de su nuevo amigo-. No diga usted esas cosas. De sobra sabe que aquí se le tiene en gran estima.

- ¿De veras? -pregunta escéptico sin, desde luego, esperar ninguna respuesta.

Don Severino se levanta al fin, toma su abrigo del perchero y, ayudado por Ezequiel, se lo pone y abotona. Guarda sus manos en los bolsillos y suspira:

- Bueno, ya me voy. Hoy se ha hecho muy tarde.

- Y abríguese bien, que no está la noche para meterse en juergas. Yo creo que volverá a llover.

- Siempre llueve en febrero, don Ezequiel. A nuestras edades siempre llueve, en la calle o en nuestro corazón.

- ¡Pues sí que está usted como para que le presten unas castañuelas, don Severino! ¡Hoy haría usted un magnífico dúo con don Ismael! Vamos, hombre, que es un día grande.

- Es verdad, no se lo he dicho. Enhorabuena y bienvenido al Club, don Ezequiel.

- Llámeme Ezequiel a secas, don Severino, que no me acostumbro -dice en tono suplicante el camarero.

- Pues debe acostumbrarse...

Don Severino se dirige hacia la puerta y Ezequiel le acompaña. Está dudando si decírselo o no. Le va a escuchar, por supuesto, pero no sabe si es abusar desde el primer día. Y el caso es que le da muchísima rabia volver a casa sin habérselo podido contar a nadie. Don Severino duda, camina despacio y se para. Da unos pasos, vuelve a pararse y echa otros dos pasitos.

- Oiga, don Ezequiel...

- Dígame.

- No, nada.

Don Severino vuelve a dar unos pasos, está ya junto a la puerta y en unos momentos se va a enfrentar al frío de la intemperie. Resignado, se vuelve a mirar por última vez a Ezequiel, le estrecha la mano y le sonríe a modo de despedida. Mañana, sin falta, les contará a todos su historia.

¿Habíamos dicho que hacía frío, que la humedad en el ambiente era desmesurada, que la tarde era fea, sin ánimo de ofender, y todo eso? Pues para don Severino, en este preciso momento, acaba de llegar la primavera. Es de noche pero luce un sol espléndido encima de él; hace frío pero a él le

parece que el día es de lo más apropiado para ponerse el bañador, coger la sombrilla y pasar el día en la playa; ha llovido pero el agua se ha limitado a vestir las calles de charol para que parezca que se las acaba de sacar de la tintorería. Y todo eso ha ocurrido en un instante, el instante necesario para que Ezequiel, mientras don Severino tiene su mano aferrada al tirador de la puerta, le diga:

- Ah, don Severino, por cierto. ¿Qué es esa historia de la gaviota que le he oído decir que iba a contar a sus amigos? No la he podido escuchar, lo siento, hoy había mucha faena, pero me ha dejado intrigado. ¿Le molestaría contármela?

- ¿Ahora?

- Bueno, si no tiene usted mucha prisa...

Un aire vivificador llena los pulmones de don Severino mientras esboza una amplia sonrisa, adopta después un convincente aire circunspecto, le pasa a Ezequiel su brazo por el hombro y empieza:

-Pues sí, amigo mío. Se trata de una pardela, de una simple pardela... Como es su costumbre desde hace casi diez años, un ave marina de la ilustre familia de las pardelas pasa sus vacaciones de primavera y verano en un hotel de tres estrellas de Santa Cruz, al otro lado de la bahía de La Coruña, el Porto Cobo. Hace un largo y solitario viaje desde las cálidas regiones africanas a primeros de abril y no se marcha hasta los últimos días de septiembre, cuando emigra nuevamente hacia el Atlántico Sur, tal vez a Centroáfrica o incluso hasta Sudáfrica, no se sabe. Y dése cuenta, don Ezequiel: “Cenicienta” es un ave oceánica del tamaño de una gaviota, tiene el vientre blanco y la cabeza y las alas muy grandes, de color gris parduzco. Un ave rara en aquella zona, don Ezequiel, muy rara, sólo se encuentran algunas en las Islas Cíes y con mucha dificultad.

El caso es que una noche, hace de esto unos diez años, llegó hasta el hotel, voló sobre él en círculo y se entretuvo en golpear puertas y ventanas

con el pico y las patas. Los empleados, después de unas cuantas noches, llegaron a intimar con la pardela, la dejaron entrar, la bautizaron así y, desde entonces, “Cenicienta” pasa los meses cálidos del año en el mostrador del hotel y pasea por salones y pasillos con sus andares torpes de palmípedo desacostumbrado. Le gusta mucho ver la televisión, sobre todo las películas, y si algún cliente la molesta, se esconde debajo de un sillón y no sale de allí hasta que no se le pasa el malhumor. Y si le acarician el papo durante un rato, acaba por dormirse, de puro mimosa.

Desde los primeros días se acostumbró a llamar a la puerta todas las noches, a eso de las once y media, y cuando le abren pasa al mostrador, se acurruca allí y se dedica a dormitar o a charlar con el conserje. A veces pasa a la cocina, en donde ha trabado amistad con el cocinero, pero no acepta comida, seguramente porque no podría permitirse pagarla, y alrededor de las ocho de la mañana, cuando le abren la puerta, inicia su vuelo en línea recta hacia la bahía, gira después noventa grados y se dirige a alta mar, a ras de agua, buscando algún pez para desayunarse. Alguna vez, los clientes nuevos del hotel se asustan al verla llegar y posarse, pero quienes ya la conocen no sólo la dejan en paz o la dispensan algunos mimos sino que, si se tercia, se dejan acompañar por su cháchara hasta la hora de dormir, allá en la terraza del hotel Porto Cobo, a la tenue luz de la luna, plácidamente.

¿Comprende, Ezequiel? “Cenicienta” es tan sólo una pardela, un simple ave, pero el año que no vuelva por primavera, en aquella casa la van a echar mucho de menos. ¿Se da cuenta don Ezequiel, se da cuenta...? Echarán de menos a una simple pardela. ¿Cree usted que a nosotros nos echará alguien de menos...?